

Páginas Escolares

REVISTA DE LOS ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS DEL COLEGIO DE LA INMACULADA

Año XXI.—2.^a Época.—Núm. 46.—Julio 1924

Suscripción 6 ptas. anuales.—Núm. suelto 0,50.—Con licencia eclesiástica.—Gijón, Apartado, 32

LAS VACACIONES

¿Qué corazón de estudiante no ha palpitado alguna vez de gozo al mágico sonido de esta palabra *vacaciones*? Y si sólo el nombre es tan agradable, ¿cuanto más lo será la realidad, contemplada de cerca y revestida con los poéticos nimbos y arreboles, que la ardiente imaginación del niño presta al ensueño dorado de sus deseos? La vacación

como emblema de paz y de cariño
en la mente del niño
mil recuerdos dulcísimos evoca;
el tierno abrazo del amante padre,
los besos de la madre
brotando entre plegarias de su boca.

Quédense a un lado los gratos recuerdos de los días de campo, la poesía de la campiña, el canto de las aves, el murmullo del arroyo, el despertar de la naturaleza en primavera, la hermosura de la noche estrellada, la armonía de la música mejor concertada, el perfume y vistosidad de las flores, y hasta la emoción de un día de partido de campeonato, aun contando con la gloria del triunfo y los aplausos; ¿qué vale todo eso y mucho más al lado de lo que significa la sólo palabra *vacaciones*?

Tanto es así que cuando pienso en otra vida,

no encuentro comparación más adecuada para distinguir la vida feliz de la vida del condenado, que la consideración de que este, además del conjunto de desgracias que sobre él pesan, está como si dijéramos en perpetuo trabajo; mientras que los bienaventurados, ¡oh! los bienaventurados disfrutaban de vacación perpetua.

Pero el punto está en pasarlas bien, amigos y compañeros, y algunos se figuran que no gozaremos en ellas si no probamos de todo aún de lo prohibido. Quiá no cambio por todos los que me ofrezcan, lo que gozo con una vida ordenada, que empiece el día con

ayudar la misa diaria del Sr. Cura. Así lo hice el año pasado y no me pesa de ello. Sólo así encuentra uno la dicha, claro que relativa, no sólo en lo que trae de suyo placer, sino también en el mismo sufrimiento, de que no podemos prescindir. Algo así como se arregla la abeja para sacar miel de la misma flor de que saca veneno la víbora.

No es el placer seductor quien da delicias divinas; es la corona de espinas con que nos brinda el Señor.

Mientras llega el próximo curso aprovechemos el descanso, y entonces con D. Eduardo Quintana el himno a



D. Francisco Vicen, profesor de inglés en el colegio autor del artículo «El desierto africano».

"LAS VACACIONES"

Venid, llegad, risueñas vacaciones,
mensajeras de gratas alegrías;
henchid los infantiles corazones
con el solaz de veraniegos días.

Después de los trabajos y los sustos
que en el curso nos llenan de congojas,
os esperamos ya cual los arbustos
impacientes esperan nuevas hojas.

Al fin llega el descanso apetecido;
comenzará al albor de la mañana
el recreo, jamás interrumpido
por el severo son de la campana.

Ya no hay clase, ni estudio ni lecciones,
ni habrá que examinarse; ¡qué alegría!
¡quién pudiera trocar en vacaciones
todas las horas de la vida mía!

Alma inocente de ilusiones llena,
las vacaciones avarienta explota,
con la esperanza de tocar la vena
de una felicidad que no se agota.

¡Ah! pobre alma, llegará la hora
de volver al estudio paso a paso;
¡sueñas feliz en brazos de la aurora
sin volver la mirada hacia el ocaso!

Pajaritos que cantan en las ramas,
elevando al criador sus armonías;
floreillas que visten sus tempranas
coroñas, rebosando lozanías.

Nubes ligeras que cruzando el cielo
marchan veloces a lejanos lares;
claros arroyos que bañando el suelo
van a morir a los inmensos mares.

Empezáis a vivir; nada os detiene,
tras el placer el vuelo habéis tendido;
¡pobrecitos! la dicha nunca viene;
dicen que más allá tiene su nido.

Pájaros, flores, nubes, arroyuelos
que la dicha anheláis con impaciencia
esos sueños, trabajos y desvelos
vanos esfuerzos son; ¡inexperiencia!

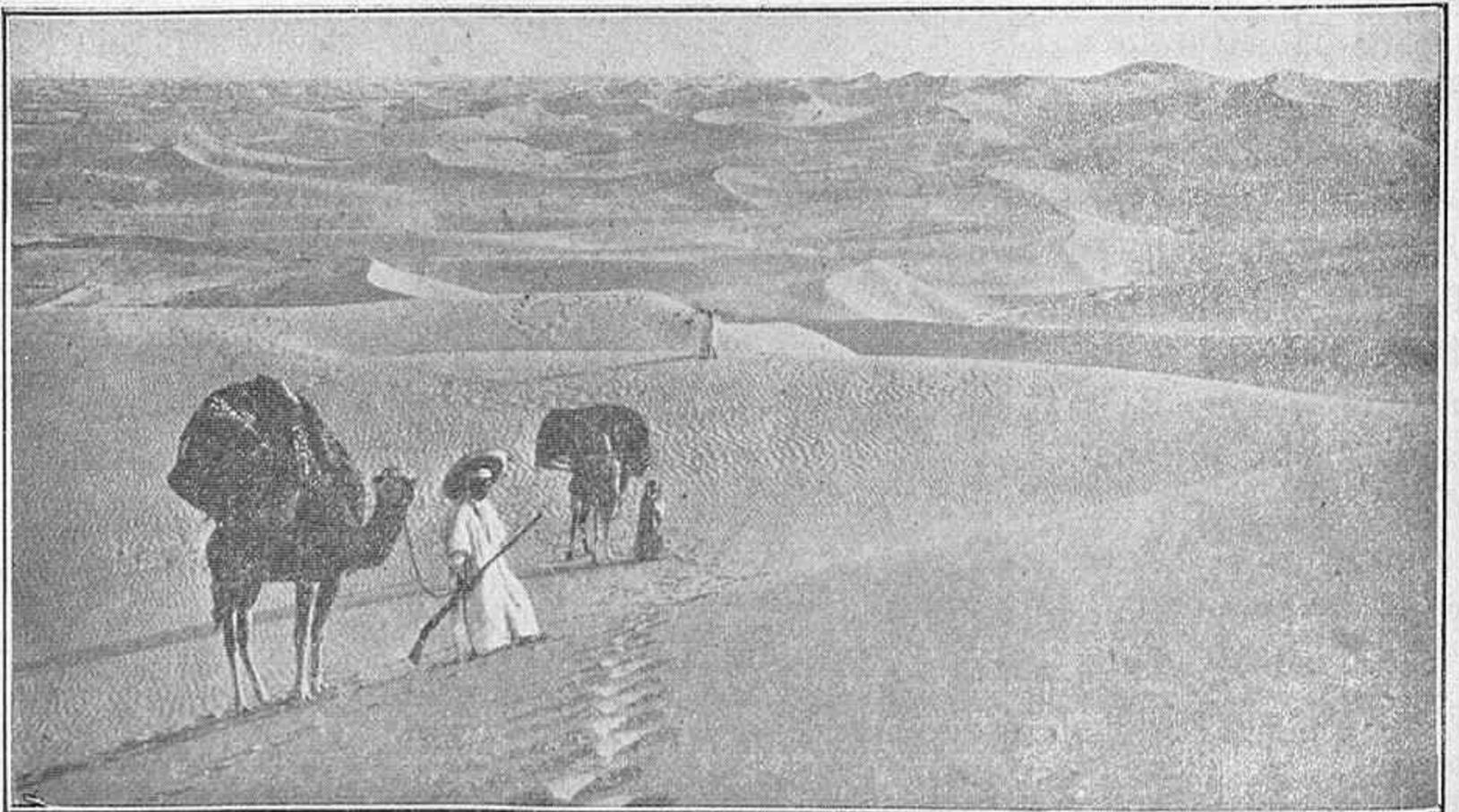
No penséis que en los goces de la tierra
la dicha encontraréis, está más alta.
El disfrutar de cuanto el mundo encierra
no la da al alma, no, lo que la falta.

Volad, volad, alegres pajarillos,
difundid vuestro aroma, bellas flores;
nubecillas, pasad con vuestros brillos;
arroyuelos, cantad vuestros amores.

Venid, llegad, risueñas vacaciones,
mensajeras de gratas alegrías,
henchid los infantiles corazones
con el solaz de veraniegos días.

Queremos descansar; mas no esperamos
hallar la dicha que en el mundo falta;
esa dicha que todos anhelamos,
lo sabemos muy bien, está más alta.

Gijón.—Un alumno del 5.º año.



En el Sahara.—Viajando a través del desierto africano

El desierto africano y la civilización

El desierto de Sahara se encuentra a la orden del día; se atraviesa en la actualidad a pie, en camello, en aeroplano y en automóvil. Los literatos le eligen como cuadro de conmovedoras aventuras; la pantalla nos hace familiares sus paisajes y el ferrocarril Biskra Touggourt facilita a los turistas la adquisición a poco coste de la aureola de viajeros para los que el Gran Desierto no tiene ya secretos.

El Sahara tal y como es

Sahara es femenino de una palabra árabe *askar* que significaba en su origen blanco mezclado de rojo y después significó espacio sin cultivar. Se designa con este nombre la inmensa zona desierta de una extensión de 8 a 10 millones de km.² que se extiende desde el Atlas al Sudán. A pesar de estar limitando con regiones las más antiguamente civilizadas del mundo (Egipto y países mediterráneos) el Sahara ha continuado siendo la tierra incógnita hasta mediados del siglo último.

Su aspecto geográfico

El Sahara no es ni mucho menos una inmensa llanura uniforme de arena; presenta una estructura más variada que otras regiones del globo de igual extensión. Tiene importantes cordilleras entre otras las de Ahagar, Tibesti, Air, que llegan a 3.000 metros de altura, siendo sus dos relieves principales el Hamada o Tassili, planicies pedregosas, monótonas y áridas y el Erg o región de las dunas donde se encuentra el Bahar-bla-el-ma, el mar sin agua, prodigiosa aglomeración de arenas, donde el hombre lucha contra esta naturaleza hostil, creando oasis.

Cómo se ha formado el desierto

No siempre la naturaleza ha condenado al Sahara a la esterilidad que le caracteriza en la actualidad; antiguamente tuvo sus lluvias abundantes, sus grandes lagos de agua dulce y sus ríos; pero no se sabe porqué su clima fué modificándose poco a poco; las lluvias desaparecieron, los lagos se llenaron de arena y los ríos no subsisten más que desecados. Con la casi desaparición de las lluvias, su clima acentúa los rasgos esenciales de su carácter continental; calor intenso durante el día y vientos frescos durante la noche; violentos contrastes entre las estaciones, tempestades de viento y arena, maravillosa transparencia de la atmósfera que da a las noches del Sahara gran seducción.

Al mismo tiempo se enrarece la vegetación, reduciéndose esta, en los lugares más favorecidos a algunas espesuras de zarzas espinosas.

Sus oasis

El suelo del Sahara no es infecundo. Cuando por uno u otro medio y especialmente por la perforación de pozos se lleva a la superficie el agua, el oasis aparece en su exuberante vegetación de palmeras, legumbres, cebada etc.

Sus habitantes

Debido al oasis, a la vegetación, el desierto no está deshabitado, tiene sedentarios que se ocupan de los diversos trabajos que exigen el cuidado de las palmeras, también le habitan pastores de ganado, conductores de caravanas, salteadores de caminos.

Los más numerosos pertenecen a la raza berberisca y son conocidos bajo el nombre de Touareg. De alta estatura, delgados, muy sobrios y resistentes, se dividen en tribus, dedicadas exclusivamente al pastoreo y otras encargadas con esclavos negros de los trabajos manuales. Los demás provienen de emigraciones árabes del siglo XI. Todos ellos son musulmanes.

La aurora de la civilización

Estos nómadas, reyes del desierto, pudieron llevar durante muchos siglos la existencia que mejor les convenía, viviendo de sus rebaños, de los productos del oasis y sacando provecho de la organización o de la protección o del pillaje de las caravanas que circulaban. Las grandes caravanas van desapareciendo poco a poco, debido a la supresión de la esclavitud (puesto que el esclavo negro era el principal objeto del cambio) y también a que el aprovisionamiento de los países sudaneses se hace directamente por los puertos y vías férreas de Senegal o de Guinea y Nigeria.

Las fructíferas piraterías son ya difíciles desde que los militares franceses se han adueñado de los oasis. El Sahara se va pacificando poco a poco y al nómada no le va quedando otro recurso que hacerse soldado de la mehalla francesa o bien transformarse en pacífico pastor, pagando el impuesto correspondiente.

Las riquezas problemáticas del Sahara

Los franceses han comenzado la explotación de las minas de sal gema en la parte sur y la recolección de dátiles en los oasis del sur de Argelia y Túnez.

LA MEDALLA

En el Colegio de San Ignacio, sito en la Ciudad de X había terminado el curso. Los tránsitos de la portería se hallaban atestados de baules, que hacían el paso casi imposible, y por entre ellos iban y venían multitudes de colegiales que se agitaban afanosos en el arreglo de sus equipajes, sazonzando su ajetreo con pintorescos comentarios sobre los exámenes.

Entre todos ellos merece especial mención un muchacho alto, de porte distinguido y esquisita corrección en sus modales. Llamábase Juan del Castillo, era el primogénito de una hidalga familia castellana, y había terminado aquel año el grado de bachiller. Tenía Juan un carácter vehemente y apasionado y en el momento en que le presentamos, rebosaba alegría todo su cuerpo por haber aprobado la asignatura de Derecho, última de que había sufrido exámen.

Cuando penetró en la portería era una tromba que por poco arrolla al Hermano portero, a quien por toda excusa dijo:—Hermano, aprobé el Derecho, soy bachiller. Y sin esperar contestación siguió su camino hacia las camarillas, donde se arregló el traje un tanto descompuesto por los tirones que al felicitarle le dieron sus compañeros.

Ya en la camarilla monologuaba alegremente, *¡oh, dentro de poco veré a mis padres, a mis hermanitos, les enseñaré las notas... Diablo, ¿donde andarán los cuellos? Ah, sí, debajo de aquel paraguas ¡que cabeza!... Una gorra, unas botas, corbatas, mi pañuelo: ¡oh sorpresa, dos pesetas atadas en el cabo del pañuelo!; ¡pero cuando las habré dejado aquí? ¿a qué las destinaremos? a cigarrillos? no; a... cuentos de Calleja?, tampoco, que bastantes he leído esta semana en el estudio. Pero hombre no me acordaba de mis hermanitos Pepín y Luis; las emplearé en caramelos para ellos.*

En estas reflexiones se hallaba cuando se le presentó Miguel, alumno de cuarto, que le dijo:—*¿que hay Castillo, te aprobaron en Derecho?*

—*Sí, chico, qué quieres, me preguntaron aquello de testamentos ológrafos, y como lo sabía al dedillo, pues pensaba hacer uno disponiendo de mis libros en cuanto terminase mis estudios de bachillerato, no te digo lo que solté;*

figúrate que me mandaron parar. Y tú qué, ¿Cuándo terminas?

—*Terminaré dentro de tres o cuatro días, se han retrasado mucho los exámenes a causa de don Acisclo, el profesor de preceptiva, que viene hecho una fiera.*

—*Yo me marcho hoy mismo, así que si quieres algo para tu familia, dímelo, la saludaré al detenerme en Madrid.*

Poco después salieron de las camarillas para el patio donde fueron recibidos con grandes muestras de alegría, lloviendo palmadas amistosas sobre las espaldas de los amigos. A poco, el P. Aznar, Inspector de aquellos chicos, tocó la campanilla y el orden quedó inmediatamente establecido.

Juan y alguno de sus camaradas se fijaron en el rostro del Padre que iba triste y cuyos ojos enrojecidos denotaban que había llorado. Todos los años ocurría lo mismo; la gran pena que experimentaba el Padre Aznar al desprenderse de los alumnos que terminaban sus estudios, se desbordaba en llanto.

Entraban las filas en el comedor, todos los alumnos iban con caras risueñas y alegres. ¡Qué diferencia más notable entre el Inspector y los inspeccionados! Ya en el comedor, los muchachos ocuparon sus respectivos puestos; el *Deo gratias* surgió y los gritos alegres se oyeron por todo el local. El P. Prefecto iba de mesa en mesa repartiendo sonrisas y despedidas a los colegiales. A los postres el mismo Padre permitió brindis, oyéndose algunos muy originales. De repente se levanta un chico abundante en carnes con una copa en alta, y con voz pastosa dijo: «*Brindo por los hombres del porvenir, por los abogados ilustres, por los literatos insignes, por los que conquistaréis las cátedras, por... Y antes que termine exclamó un guasón: —Cállese Vd. don Bola y brinde por los gastrónomos delicados.*

El efecto fué fulminante y entre generales carcajadas el aludido calló, se revolvió en su sitio; sus rojos mofletes se hincharon para lanzar un bufido; sus ojos brillaron, y sus narices respingonas aspiraron con fuerza como si quisiesen sorberse a su interruptor. Su aspecto era imponente, iba sin duda a contestar con algún exabrupto, cuando un campanillazo cortó el más leve rumor quedándole embotellada al gordo su réplica.

Juan iba a marcharse, después de despedir-



se de todos los Padres, dejaba, quizá para siempre, aquel Colegio donde había pasado los seis mejores años de su vida. Iba camino del estudio, cuando se encontró de manos a boca con el P. Aznar, que con dulce acento le dijo:

— *Adiós Juanito, ¿cuando volveremos a verte por aquí? Y cogiéndole por un brazo le condujo hasta el salón de estudio, y una vez allí, el Padre le dijo con voz conmovida. Juan, espero que en adelante practicarás lo que aprendiste en el colegio. Nunca te avergüences de obrar el bien, ni dejes la devoción de nuestra Señora. Para que no olvides estas últimas exhortaciones que como colegial de San Ignacio recibes, toma con mi bendición esta medalla de la Congregación que hice grabar con tus iniciales.*

Inútil será decir que Juan salió conmovido por las pruebas de afecto recibidas del P. Aznar; tanto que más de una lágrima rodó por sus mejillas, pero luego reaccionó pensando que el llanto no era propio de quién como él se tenía ya por un hombrecito y para darse ánimos, al marchar, comenzó a silbar una cancioncilla y se encaminó en busca del Hermano que había de conducirlo a la estación.

En la portería aún volvió a recibir la recomendación del P. Aznar de que no se quitase jamás del cuello la medalla de la Congregación; besó la mano del P. y entró con el Hermano, que le acompañaba a la estación, en el coche que le esperaba a la puerta.

En la estación recibió la agradable sorpresa de encontrarse con un tío suyo que le venía a buscar, quien dándole un abrazo apretadísimo le dijo:— *Bien muchacho, ya eres don Juan del Castillo*—y le daba cariñosas palmadas en los hombros.

Subieron al convoy, pitó la locomotora y entre el ruido de las bielas y el chirriante sonido del vapor que se escapaba por las válvulas, empezó el convoy a caminar, lentamente al principio, en vertiginosa y desenfrenada carrera después.

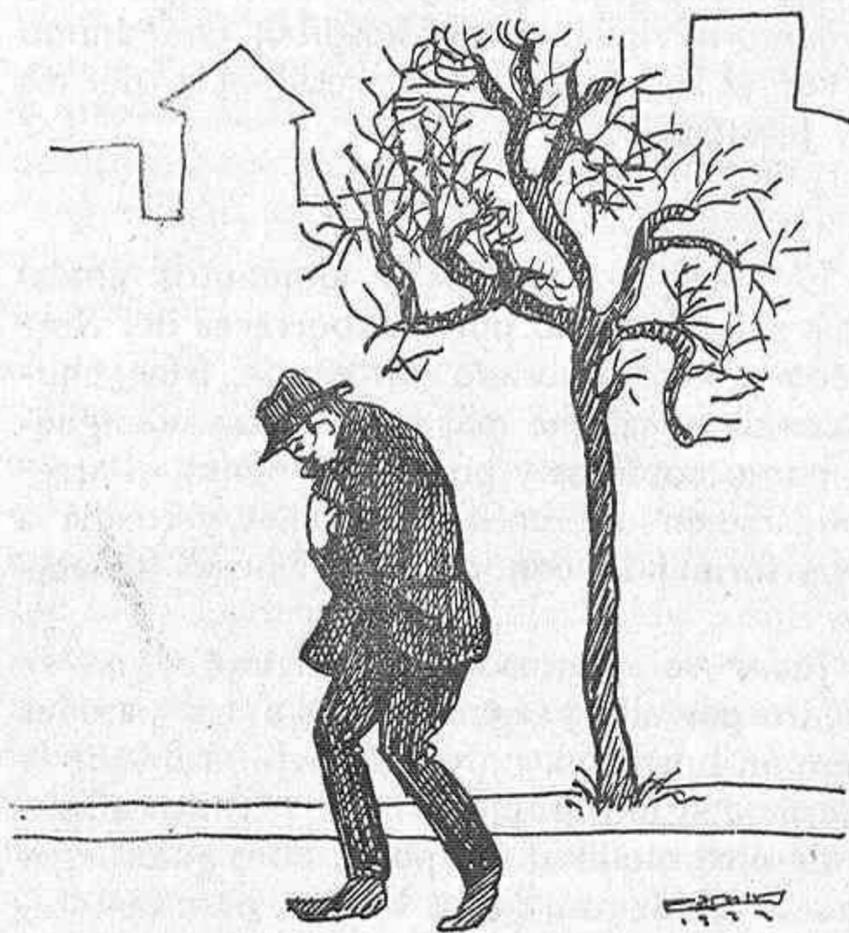
Anocheecía, ya hacía tiempo que un sol sin fuerza ni calor se había ocultado allá lejos, muy lejos, tras las montañas que cerraban el horizonte por Occidente; el cielo se cubrió de nubes y la lluvia comenzó a golpear los cristales de las ventanillas del vagón.

Juan se puso a reflexionar en lo que le había dicho el P. Aznar, hasta que por fin cansado de las emociones del día y el traqueteo del tren se durmió plácidamente, soñando que había llegado a casa y sus hermanitos le abrazaban diciéndole; «nito... nito... ¿nos traes algo?»

Pasaron los años. En la ciudad de X y en la portería de la residencia de los Padres Jesuitas el Hermano portero paseaba, cuando un relámpago hirió sus ojos, se asomó a la ventana a contemplar el cielo y vió que estaba de aspecto de tormenta, amenazando lluvia y que reinaba un viento de bochorno, que hacía agostarse las flores del jardín.

En esta contemplación se hallaba, cuando fué interrumpido por un Padre viejecillo y canoso, que entró en la portería apoyado en un bastón. Era el P. Aznar que lleno de méritos había sido retirado a aquella mansión dulce y apacible; preguntó este al Hermano por el Rector, contestándole aquel que estaba en el Hospital de San Lázaro visitando los atacados de fiebre.

Mientras esto ocurría en la portería, el Padre Rector conversaba en el hospital con el médico, cuando hirieron sus oídos los gritos de



¡Padre García!, ¡Padre García! Era Juan del Castillo, quién después de doctorarse en abogacía, había llevado una vida miserable, ennegado en los vicios, en los que gastó su patrimonio; y empujado por el hambre había recurrido a la estafa, manchando el nombre inmaculado que le legaron sus mayores. Rodando cada vez más por la pendiente acabó por dar con sus huesos, enfermo de alma y de cuerpo, en el hospital de San Lázaro.

El P. García había sido Prefecto suyo el último año de Colegio ¡qué recuerdos se agolparon en la agitada cabeza de Juan! Preguntó por sus compañeros con quienes había pasado los felices años de su inocencia, dándole el Padre razón de todos con gran calma, que con-

trastaba con la febril agitación del desgraciado enfermo.

Cuando preguntó por el P. Aznar su voz era más débil, efecto de la emoción que le producía la evocación de su nombre y cogiendo un guiñapo del que pendía una medalla mugrienta, la mostró al P. García y le dijo:—*Ay Padre, a pesar de haber caído en la sima insoldable a que mi desatentada conducta me arrojó, siempre quedó en el fondo de mi conciencia una chispa de fe, alimentada quizá por esta medalla, regalo del P. Aznar y que tuve la suerte de conservar en medio de la borrasca.*

Como la hora de la visita había terminado, el Rector se despidió de Juan prometiéndole que diría al P. Aznar que le viniese a ver, si sus achaques se lo permitían.

Juan no queriendo ocasionar tamaña molestia a quien tanto había hecho por encaminarle por la senda del bien, se levantó de la cama, se vistió con gran sigilo y se lanzó a la calle burlando la vigilancia del hospital, con ánimo de ver al P. Aznar en la residencia de los PP. Jesuítas.

El ábrego que reinaba momentos antes, había sido arrollado por una borrasca del Norte con su acostumbrado cortejo de fríos chubascos de agua, que más asemejaban mangueras por lo copiosos y porque el viento, al arremolinarse en los cruces de las calles, volteaba la lluvia formando con ella caprichosas columnas.

Juan, voluntarioso como siempre, no se arredró por ello y agarrándose a las paredes como un borracho, porque la debilidad que la enfermedad le produjera, no le permitía afrontar de otro modo el temporal, consiguió llegar hasta la residencia de los Padres, pero tan desfallecido, que tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta del zaguán. Llamó y el Hermano portero interrumpió su rezo para abrir la puerta, encontrándose ante una figura alta, astrosa, de cara flaca y pálida, granujenta y roja nariz y ojos brillantados por la fiebre. Sus cabellos y ropas chorreaban y su voz era tan desfallecida que al Hermano portero le costó trabajo enterarse de que el intruso quería a toda costa ver al P. Aznar, para que le aliviase del peso de sus pecados.

Aunque al Hermano le intranquilizaba el aspecto extraño de aquel hombre, no vaciló, en vista de su lamentable estado en conducirlo casi en volandas a una salita, y al entrar en ella, quizá por que el desconocido se llevaba con frecuencia las manos al cuello, como para qui-

tarse la angustia que le oprimía la garganta, haciéndole difícil la respiración, se rompió la cinta que sostenía la medalla que llevaba al cuello, cayendo esta al suelo a la puerta de la sala. Instalado el visitante en esta, salió presuroso el Hermano en busca del P. Aznar, el cual se devanaba los sesos para adivinar quién sería el extraño visitante, mientras se dirigía a la sala donde este le esperaba.

Al transponer sus umbrales, el regatón del bastón del Padre tropezó con un objeto metálico. Inclínose el Padre a recogerlo y vió con asombro que se trataba de una vieja medalla de congregante y al adivinar a quién pertenecía por las iniciales grabadas en ella, J. C., que le recordaron el regalo que había hecho años atrás a Juan del Castillo, la alegría que experimentó se reflejó en sus ojos, que adquirieron brillo de juventud, cual si de un sólo salto hubiese vuelto a vivir los años mozos, cuyo recuerdo le traía el santo emblema hallado.

Penetró en la salita y vió a Juan tendido en un sofá presa de convulsiones y de un ronquido agitado. Estaba agonizando; el frío y mojadura cogidos habían agravado su fiebre y esta y las muchas privaciones que había sufrido le habían debilitado en grado extraordinario apresurando su muerte.

Juan levantó la cabeza, su cuerpo se agitó y tendiendo sus huesudas manos hacía el Padre Aznar, con voz enronquecida dijo: *¡Padre!... ¡Padre!, no conoce a Juan? a Juanito Castillo?, no, verdad?* y continuó con amargura—*¡Qué poco me parezco al Juan de entonces!*

El Padre se abalanzó hacia él al oír esto y estrechándole entre sus brazos, empezó a prodigarle palabras de consuelo.

Juan pidió los sacramentos, pues veía que su vida se acababa por momentos; los recibió con gran fervor y muestras de sincero arrepentimiento. Dios fué con él tan misericordioso que le conservó en pleno uso de sus facultades hasta ser admitido en su seno por medio del Santísimo Sacramento y una vez recibida la Sagrada Forma, la fiebre le asaltó de tal manera que deliraba en los amorosos brazos de su antiguo Inspector.

Sonaba en el reloj de la torre la última campanada señalando las tres de la mañana cuando expiró Juan. El P. Aznar cerró piadoso sus ojos, cruzó sus manos y cayó de rodillas elevando hacía el Cielo ferviente oración pidiendo por el alma de aquella oveja extraviada, vuelta al redil por la Penitencia.



Esbozo biográfico de un antiguo alumno del colegio de Carrión

(DE VALLISOLETANA)

Es por el año de 1884. Mi salud, bastante quebrantada al terminar mis estudios de filosofía, no me permitía dedicarme a intensos trabajos mentales en el colegio de Carrión de los Condes, a donde fui destinado por mis superiores. Comprendiendo yo cuán escasas eran mis fuerzas, pedí una de las clases de preparatoria, para hacer algo, y al mismo tiempo distraerme.

Inaugúrase el curso y me entregan un lote de 25 a 30 chiquillos, que cuál más cuál menos, pudiera recibir sin gran inexactitud el calificativo, parte honorífico, parte denigrante, de *ángel diabólico* o de *diablo angélico*. Era uno de estos un asturianito de unos 8 años, cuyo nombre nos le dirá él más adelante al extenderse a sí mismo la partida extraoficial de bautismo en la autobiografía que escribió para perpetua memoria de las edades venideras, y de la cual entresacaré algún que otro fragmento que permita reconstruir los más salientes rasgos de su fisonomía síquica, moral y aun algo de la física, si bien de esta última y para principiar, tendré yo que suministrar los principales datos.

Era pues el tal rapacín, como dicen sus coterráneos, un chiquillo menudito, pero bien formado, de carita sonrosada y unos ojillos con un poquitín de estrabismo convergente, que daban al conjunto de su agradable rostro una expresión dulce y picarilla al mismo tiempo, aunque predominando siempre la primera.

Desde el día que puso los pies en el colegio, dejándose llevar de su carácter dócil y cariñoso, fácilmente se acomodó a las prácticas usuales y a conversar con los demás niños, inspectores y profesores como si siempre hubiera convivido con ellos; nada de esquivéz, nada de retraimiento, antes por el contrario, la naturalidad y la jovialidad más espontánea parece que le movían a estar pegado como una mosquita (nunca impertinente) a los Padres y Hermanos encargados de la inspección o de la enseñanza, para acosarlos, con una interminable multitud de preguntas, para muchas de las cuales no hubiera tenido contestación adecuada el más encopetado sabio de nuestros tiempos. Ciencias y artes, filosofía y teología, astronomía, física y química, ciencias naturales, etc. etc., música, pintura y aún creo que guerra, eran los campos de sus investigaciones

y de los cuales extraía miles de preguntas, si bien candorosas e infantiles, agudas y que acusaban una curiosidad tan fina como extraña en un niño de tan pocos años y que más de una vez, al no poder contestarle, me puso en la precisión de repetirle lo que en una ocasión análoga me dijo un pobre cantero gallego, quien siendo yo estudiante, y no sabiendo contestar a una pregunta que me hizo, relacionada con mis estudios, y viéndome avergonzado, exclamó, compadecido de mi ignorancia: «*Non s' apure señuritu, que mais pode preguntar un burro que responder un sabio*».

Tal a grandes rasgos era mi inolvidable asturianillo, del cual pude formar un concepto bastante exacto, gracias a su continuo trato con él y gracias también a las ingenuas confianzas que de su vida y costumbres solía hacerme con su viveza peculiar y su sencillez encantadora. Como muchas veces me había dado a conocer muchos pequeños detalles de su vida íntima que bien a las claras revelaban su agudo ingenio y el espíritu de orden y observación, sin perder nada del matiz de inocencia infantil que brillaba siempre en su conversación alegre y regocijada, le dí el encargo, extraordinario para un niño de tan pocos años, de escribir su biografía.

Y quién lo creería? No habían transcurrido 15 días, cuando el pobrecito, dócil y obediente, como si se tratara de un serio mandato, se me presenta con un folletito como de unas 40 páginas, en el cual efectivamente había consignado lo más saliente de su corta vida. Tomo el folleto, y cuál no sería mi asombro, cuando al hojearlo me encuentro con que no solo estaba perfectamente escrito, sin manchas ni tachaduras, sino dividido en capítulos cuyos epígrafes escritos en letra redondilla sugestionaban por su originalidad y humorístico gracejo.

Han transcurrido 37 años; soy un viejo, y desgraciadamente no tengo a mi disposición esa autobiografía, porque un eminente literato el P. Luis Martín de santa memoria, encantado de las muchas bellezas originales en que abundaba el folletito, que yo había conservado durante unos tres años, me le pidió para saborearle a su gusto: luego con la ausencia del Padre, no sé donde iría a parar. ¡Qué lástima! Hoy daría por aquellas páginas 1.000 pesetas si las tuviera, en la seguridad de que publicándolas, tal y como las escribió su infantil autor, quintuplicaría el capital empleado en editarlas. Mas... ¡ay! ni tengo el folleto, ni mucho menos he podido conservar en mi memoria después de tan largo lapso de tiempo, ni aun aquellas narraciones más importantes y que tan delicio-

esos ratos su lectura proporcionó no solo a mí, sino a varias personas del más exquisito y depurado gusto literario.

Mas ya que otra cosa no recuerde, apuntaré alguna que otra sin orden ni concierto, como me vengan a la memoria. El capítulo I.º estaba redactado en estos términos: *Dónde nació y lo que hacía en aquellos días*. Y entrando ya en materia, decía: «Jesús Robés y Menéndez de Luarca nació en una villa muy bonita de Asturias, llamada Avilés. Al otro día le llevaron a bautizar en la iglesia de San Pedro y le pusieron por nombre Jesús... y otros muchos nombres además. Por aquellos días no hacía más que *mamar, llorar y dormir*»; y previendo ya los sinsabores y disgustos que habrían de sobrevenirle en el transcurso de los años, termina el párrafo con este elocuente epifonema que le sugiere la añoranza de la felicidad pasada: «y se pasaba entonces la gran vida».

Omitiendo muchísimos pormenores de los que apenas conservo un vago recuerdo, indicaré los epígrafes de algunos otros capítulos: por ejemplo este: *Capítulo 3.º De lo que hacía en los días de labor*. Donde refiere cómo a los 4 o 5 años le enviaron a un colegio de párvulos dirigido por una maestra a la que daba no poco que hacer con sus inocentes travesuras. Poco después le llevaron a otra escuela de niños mayorcitos; y a este propósito da cuenta de cómo engañaba a la criada que le acompañaba entrando muy formalito, al parecer en la escuela, y escondiéndose luego detrás de una puerta, para luego ir a corretear con otros niños de su edad, volviendo a casa muy fresco y mintiendo con el mayor aplomo, al asegurar que se había sabido admirablemente sus lecciones.

Aparte estas y otras travesuras de que se ocupa en el capítulo 4.º era eso sí, sinceramente religioso. Tenía su altarcito y todos los días celebraba su misita ayudándole en la ceremonia una hermanita suya a falta de otro monaguillo. Muy fervorosamente cumplían sus respectivos oficios de sacerdote y sacristana los dos niños en perfecta concordia, hasta que el diablo de la heregía vino a perturbar la paz religiosa. Y fué el caso que la niña observaba no sin cierta envidia que el celebrante si bien se prestaba a administrarla la comunión del pan, obstinadamente se negaba a la del cáliz. Surge la disputa, y ella, ferviente discípula de Huss, reclama enérgicamente la participación del cáliz; niégase rotundamente el celoso sacerdote a concederla ni una gota del sabroso líquido, y ella entonces, ya que con razones teológicas no puede defender sus doctrinas, se desata en

denuestos contra el acérrimo defensor de la doctrina católica, llegando hasta la injuria personal de llamarle *bizco, bizcocho y vizcaya*, para recordarle el ligero defecto de estrabismo.

El capítulo 5.º tenía por título *De lo que hacía en los días de fiesta*. Solía santificar los días festivos con ritos y ceremonias especiales; la fiesta del Corpus la celebraba con toda solemnidad. Lo culminante de esta festividad era la pompa que desplegaba en la procesión. La concurrencia era enorme; él, su hermana, y tal cual muchacha que desde el hueco de la puerta de una habitación y mordiéndose los labios de risa, presenciaba el paso de la religiosa comitiva, integrada por los dos minúsculos personajes. La procesión sin embargo era, al decir de nuestro héroe, verdaderamente solemne. ¿Que cómo podía ser eso? pues verá el curioso lector: «Yo, dice el protagonista, llevaba el palio, la custodia, la cruz y los ciriales, y además el acordeón (que tocaba maravillosamente) y cantaba al mismo tiempo; mi hermana iba delante con el incensario solamente». Y así y todo la procesión era lucidísima; lo único que no parecía muy litúrgico era lo del acordeón, si bien se haya hecho uso de él en ocasiones parecidas.

Capítulo VI. De algunas travesuras que hacía. En él exponía, no sin cierta picaresca complacencia, las tretas y burlas inofensivas de que hacía objeto a los criados y personas encargadas de cuidar de él. Entre otras, véase la noticia que él mismo nos da acerca del modo de procurarse las golosinas a que era, según él mismo confiesa, bastante aficionado. «Cuando tenía que ir la cocinera a la despensa, yo iba detrás de ella y mientras se entretenía en coger lo que la hacía falta, yo sin que me sintiese, me iba a las cajas de los dulces; cogía cuantos podía y ya llenos los bolsillos, me escapaba bonitamente.

Por este tenor seguían dos o tres capítulos más en que consignaba sus datos biográficos hasta que entró en el colegio de Carrión, cuyos recuerdos ha evocado él mismo en chispeantes artículos publicados en PAGINAS, y en uno de los cuales sale a relucir su pobre y viejo profesor, autor del presente.

Hasta aquí he presentado a mi querido Jesús Robés como autobiógrafo; ahora voy a recordar algunas de sus lucubraciones teológicas, del tratado que escribió a instancia mía sobre los novísimos.

«El infierno, decía el teólogo en ciernes, cuando le hicieron, que era nuevo, tendría paredes y tejado, pero ahora con tanto fuego, Dios sabe cómo estará aquello. A lo mejor un

día llueve mucho y puede que el agua le enfríe; y qué contentos estarían entonces los condenados! Estos están allí como sardinas en banasta de apretados, y sin embargo caen en él muchos miles cada día». Pero esta dificultad no le acobarda, pues nos da enseguida la solución añadiendo. «¡Si será de goma por fual!».

Al llegar al cielo, ve cual otro San Juan en su Apocalipsis, la Jerusalén celestial como una ciudad bellísima cercada de murallas de duros y brillantes jaspes y bruñidos mármoles. En su interior todo es alegría; los alimentos de los bienaventurados sólo son dulces golosinas; las fuentes arrojan almíbares y riquísimos licores, etc., etc. «Las puertas del cielo, dice, son todas de oro, diamantes y las más bonitas piedras preciosas. Y en medio de las puertas hay unos redondeles, y en cada redondel hay cinco *furacos* (aquí una llamada: *Nota*. Y por esos *furacos* asómase San Pedro)».

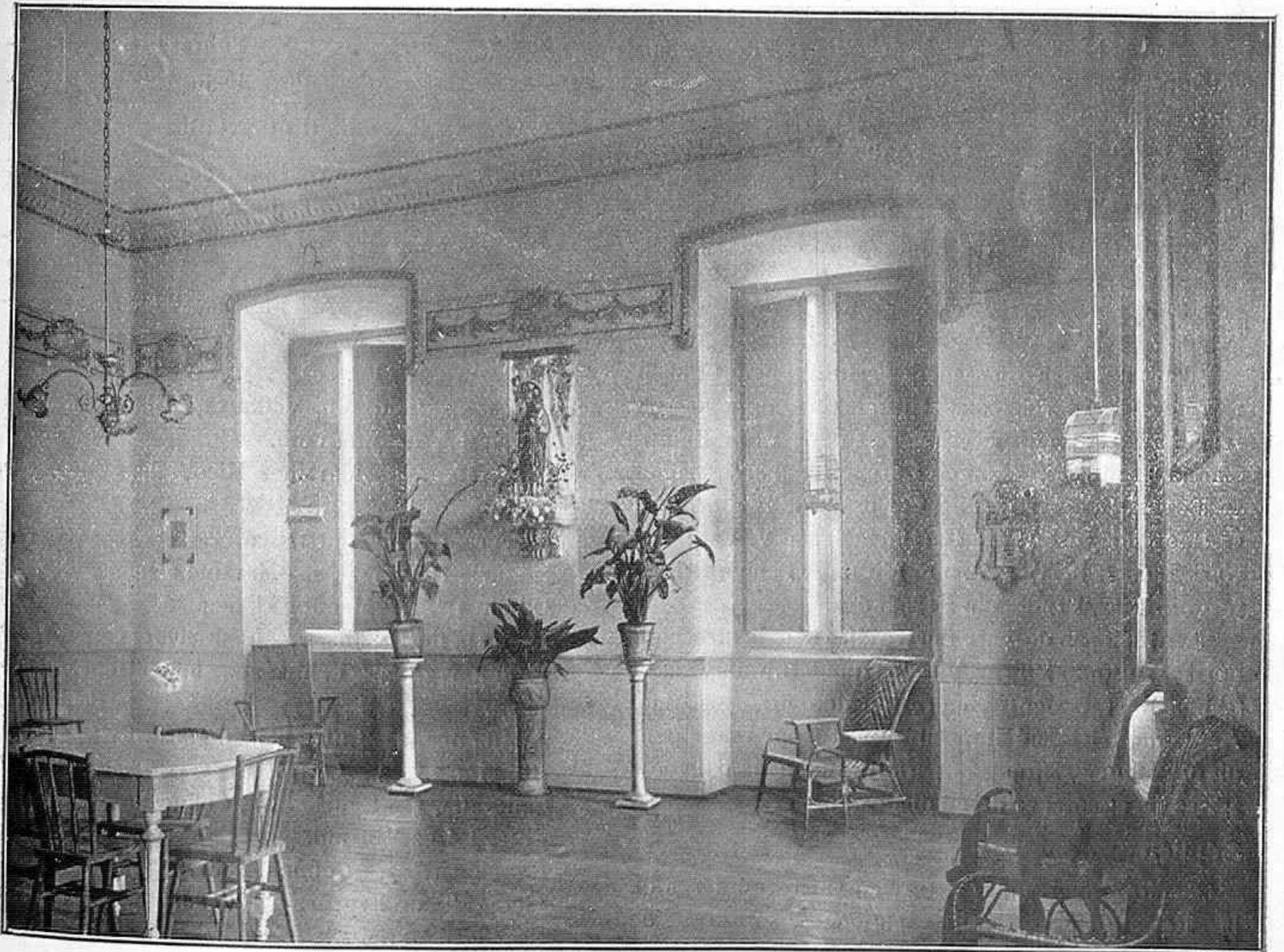
Nada recuerdo del purgatorio, y en cuanto al limbo de los niños, Jesus Robés se imaginaba los niños «así como un montón de *gusaninos* que siempre están dando vueltas unos encima de otros, *callaos*, *callaos* sin decir nada ni llorar porque no tienen pena ni gloria.

Todo esto es infantil, pero quien se fije un poco y estudie aunque someramente la sicología de los niños en general, ¿no adivina en Jesús Robes niño, al futuro observador, al hombre de agudo ingenio, de corazón hermoso, de imaginación brillante?

Sirvan estas líneas para contestar a una cariñosa carta y a las alusiones que el niño de entonces y hoy hombre de mundo ha dirigido al humilde religioso, autor de esta semblanza y antiguo profesor suyo.

P. Valderrábano, S. J.

Colegio de San José, Valladolid.



GIJÓN.—Colegio de la Inmaculada, sala de recreo en la enfermería.

BOLETIN DE LA A. A. A.

Una beca para el próximo curso

Además de las que costea la A. A. A. en beneficio de antiguos colegiales o de sus hijos para el próximo curso, concederá una nueva que podrán solicitar los hijos de exalumnos que reúnan las condiciones exigidas por el Reglamento de Becas y estudien bachillerato. Las solicitudes han de dirigirse al señor Presidente de la Asociación antes del 30 de agosto.

Bien venidos

Después de larga permanencia en las inhospitalarias tierras de Africa en defensa de la patria, han regresado felizmente a Gijón los antiguos alumnos D. Angel Peón del Peso, D. Benigno Domínguez Gil, D. Eloy Alvargonzález, D. Ramón Díaz Piñera, don Eugenio Díaz de Monasterioguren, D. Manuel Tuya y D. Joaquín Suárez.

Sean bien venidos.

Enhorabuena

Se la damos a los compañeros Mariano González Cutre que con el número uno ha ingresado en la Academia Militar de Caballería; a Julio Balbín Delor y Enrique Menéndez de la Granda, los cuales han obtenido plaza después de brillantísimos ejercicios y con envidiable puntuación en la Academia de Artillería. De enhorabuena está también Maximino Miyar por haber terminado su carrera de abogado en la Universidad Central con las brillantísimas calificaciones de matrícula de honor en todas las asignaturas.

Ejercicios en Celorio

Terminados los exámenes salieron para Celorio a hacer los Ejercicios espirituales los alumnos que terminan este año el colegio; Felipe Vega, Benito García Lambarri, Manuel García Lambarri, Angel A. Boves, Generoso Galán, Carlos G. de la Flor, José G. Moreno, José María García, Alfonso V. Escalera, José Luis Albert, Pedro F. Miranda, Pelayo Brime, Joaquín Díaz, Prudencio Fernández.

Los hicieron durante cuatro días bajo la dirección del P. Antonio Florez, y todos quedaron muy satisfechos y gratamente impresionados de esos días. A algunos les fué imposible asistir por tener pendiente alguna asignatura para las segundas convocatorias de exámenes de mediados de mes.

Súplica

Como en verano se extravían varios números de la Revista, por cambiar algunos suscritores de domicilio, y varios de ellos por este tiempo se nos quejan de no haber recibido la Revista a su tiempo, suplicamos a los interesados que nos pasen aviso del cambio de domicilio si ya no nos han enterado.

EL FIN DE CURSO EN EL COLEGIO

Finalizó mayo y nos apresuramos a aprovechar el tiempo para terminar con la preparación de las asignaturas, aun de las lecciones del programa que habíamos dejado por imposibles; sin embargo siempre hay quienes tienen sangre fría para ir a Dios y a ventura, y exponerse a que se les pregunte precisamente aquella materia que por negligencia de última hora dejaron de repasar.

Estos últimos días se vió el colegio honrado con la presencia de ilustres huéspedes que vinieron con motivo de la inauguración de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús; no me detengo en este punto, porque lo haremos en el próximo con más detención. Por lo que a nosotros hace, para nada intervenimos en las fiestas; buenos estaban los tiempos con los exámenes encima; tuvimos sin embargo el honor de celebrar en el salón de actos el de besalamano al Sr. Nuncio de S. S.

Y empieza el mes de junio con sus exámenes y sustos consiguientes; he aquí el resultado.

Exámenes, 769.—Matrículas, 43.—Sobresalientes, 131.—Notables, 252.—Aprobados, 282.—Suspensos, 61.

Por % Matrículas, 5,6.—Sobresalientes, 17,0.—Notables, 33,0.—Aprobados, 36,5.—Suspensos, 7,9.

Llevaron matrícula

- Ética, 2.—Prudencio y J. Moreno.
 Historia Natural, 2.—Prudencio, Jaureguizar F.
 Química, 3.—Prudencio, Díaz de la Vega, F. Jaureguizar.
 Lógica, 4.—Junquera, Foyaca, Vallaure, Hermenegildo.
 Literatura, 1.—Foyaca.
 Física, 3.—Junquera, Vallaure, F. Jaureguizar.
 Dibujo 2.º, 1.—Junquera.
 Preceptiva, 4.—Martínez Rico, Díaz F., Alvaré, Fuente J.
 Álgebra, 1.—Martínez Rico.
 Historia Universal, 1.—Martínez Rico.
 Dibujo 1.º, 1.—Manuel Llanos.
 Historia de España, 1.—José Alvarez Villanueva.
 Religión 3.º, 3.—E. Miranda, F. Quirós, J. A. Villanueva.
 Aritmética, 2.—Cutre y José María Patac.
 Religión 2.º, 3.—Cutre, Carvajal, E. Jaureguizar.
 Caligrafía, 5.—Eguiagaray, Cofiño, Julio F., R. Lavandera, Pérez Villamil.
 Religión 1.º, 3.—Cofiño, Aguirre J., M. Soto.
 Geografía de España, 3.—Venancio, Nachón, Jaureguizar José María.



El amor del Sagrado Corazón de Jesús

Sagittae tuae acutae; populi sub te cadent.
Tus satas son agudas; bajo tu dominio caerán las naciones. (Salmo 44, v. 7).

I

Tengo un arco y flechas de oro,
y al corazón que traspaso,
en vivas llamas le abraso
y de mi faz le enamoro:
de mi amor por el tesoro
deja riquezas y honores;
de los placeres las flores
pone rendido a mis pies,
ni quiere más interés
que disfrutar mis favores.

II

¿Veis a la pura doncella
que luce joyas y galas,
y que en espléndidas salas
cual una reina destella?
Pues si mi dardo la sella
el pecho con dulce herida,
dando eterna despedida
del mundo a las bellas redes,
del claustro entre las paredes
vendrá a inmolarme su vida.

III

Ved al joven militar
que entre armaduras y mallas
sueña en honrosas batallas
por la tierra y por el mar:
si le llego a traspasar
con mi dardo el corazón,
evangélica misión
le hará trasponer los mares,
para que me eleve altares
la más inculta nación.

IV

¿Veis a la mujer mundana
que yace hundida en el cieno,
y que el impúdico seno
con roja seda engalana?
Que mi diestra soberana
un sólo dardo la aseste,
y será blanca su veste,
puro el fuego de sus venas,
y aún se ceñirá azucenas
como aparición celeste.

V

Aquel rudo bandolero,
que con extraña fiereza,

del monte entre la maleza
roba el oro al pasajero;
dejad que un dardo certero
le encienda en mi caridad:
muerta su ferocidad
pasará días felices,
sustentado con raíces
del yermo en la soledad.

VI

Y esa reina en su nación,
¿porqué siente el trono estrecho?
es porque envié derecho
un dardo a su corazón.
Por eso en regio salón
baja del trono a la grada,
y de rodillas postrada,
y con maternales manos,
sirve a mendigos y ancianos,
sólo porque a mí me agrada.

VII

¿Y porqué hay emperador
que aunque sea un Carlos Quinto,
aborrece el laberinto
de este mundo engañoso?
Es que el dardo de mi amor
suavemente le destrona;
y él su palacio abandona,
y en un convento se encierra,
cuando admiraba la tierra
el brillo de su corona.

VIII

Mis flechas son tan seguras,
que los que en ellas se inflaman,
su sangre por mí derraman,
sufren cárceles oscuras,
sonríen en las torturas,
se arrojan en las hogueras;
y amansando hasta las fieras,
elevan mi regio solio
sobre el viejo capitolio
de mil ciudades guerreras.

IX

Yo en cambio doy un edén
a todos los que cautivo,
pues para ensalzarlos vivo,
y soy infinito bien:
soy en sus choques sostén,
en sus dudas claridad,
seré su felicidad,
pues tengo un reino y un trono,
y cual reyes los coronó
por toda la eternidad.

Las torrijas de mi tío

Oír el sonoro ¡Ave María purísima! con que D. Telesforo tenía inquebrantable costumbre de saludar siempre y cuando ponía el pie en cualquier morada de ser humano, y lanzarse todos los rapaces al encuentro de él, gritando: ¡hola, tío Telesforo! todo fué uno. Y el tío Telesforo era feliz en medio de las sinceras demostraciones de honda simpatía que le tributaba aquella diminuta plebe, cuyas voluntades él se había conquistado a fuerza de caramelos y bombones y merced a las divertidas al par que fantásticas historias con que cautivaba la atención de aquellos rapaces y rapazas durante las largas horas de la noche al amor de la lumbre.

Acalladas las primeras explosiones de entusiasmo con sendos caramelos, hubo unos momentos de sosiego; más pronto comenzaran de nuevo las exigencias de la plebe nunca satisfecha, siempre sedienta de nuevas impresiones.—Cuéntenos un cuento, tío Telesforo, dijo uno.—Sí una historia que nos haga reír, añadió otra;—de la guerra, apuntó un tercero;—no, de ladrones, corrigió un cuarto.—¡Un cuento! ¡Un cuento! corearon todos.

D. Telesforo acarició su lengua y nivea barba, pasóse luego la mano por la brillante calva—acciones ambas que alguno del auditorio interpretó como de mal agüero y aun diagnosticó de pronóstico reservado—, y dijo:

Lo de hoy será historia real y verdadera: me acaeció a mí mismo hace muchos años, y la recuerdo con placer.

El público dió pruebas de asentimiento.

Pues, señor, prosiguió D. Telesforo, siendo yo todavía muy niño...

—En un sector del auditorio se levantan rumores y un rapaz de cara redonda como un mazapán interrumpe diciendo: ¡tío Telesforo! que usted también ha sido niño?— ¡Calla, tonto que lo dice para despistar! respondió *incontinenti* una niña con aplomo de filósofo.

D. Telesforo prosiguió sin repetir la frase.

... Tuve la desgracia de perder a mis padres y con ellos todos los cariños y todas las ternuras que tan suave tornan la niñez.

Un tío mío, hermano de mi difunta madre, me tomó bajo su tutela, y... no suplió a mis padres, porque la acción paterna nadie

la suple; pero sí que él me educó y guió mis pasos por el camino del bien.

Una de mis principales debilidades en aquella edad eran las golosinas; ¡cómo me seducían! sobre todo las torrijas, cuyo solo olorcillo me hacía bailar sobre un pie.

Mas he aquí que cierto día, por mal de mis pecados, vino a mis manos un pitillo; y ¡claro! pensé que lo mejor que con él podía hacer era fumármelo. Pero aquí estaba el *busilis*; ¿cómo lograr mi intento sin que llegara a olerlo mi tío? La cuestión era capital, como quien dice, de vida o muerte. ¡Tate! me dije; hete aquí, Telesforo, que tu tío acaba de recibir una visita, la de aquel buen señor, panzudo por más señas, que siempre que viene a verle... ¡hay para rato! Así que no hay tiempo que perder. ¿Sitio? Pues... aquel *lugar* que por lo *común* es *excusado* nombrar... ¿Y los fósforos? Los fósforos... ¡en la cocina! Pero no, en la cocina está la criada, y... ¡buena es la criada para tales ocasiones!...

Y por un momento casi me hice el ánimo de quedarme sin pitillo por falta de un miserable fósforo. Discurre que discurrirás, por fin me vino la luminosa idea de que en la alcoba de mi tío, sobre una mesita, había una palmatoria y en ésta los indispensables fósforos. Pero ¡hum! ¡la alcoba! si precisamente en la sala es donde mi tío está con el señor gordo... Y de nuevo me pareció que el cigarrillo se esfumaba.

Pero ¡qué canastos! me dije; ser dueño de un pitillo y no echárselo, es intolerable, inconcebible. ¡Yo voy, añadí resuelto, a la alcoba y de allí saco cuantos fósforos sean necesario para encender un estanco entero!... ¡De cobardes no hay nada escrito!

A la alcoba daba acceso una puerta posterior; a ella me dirigí; empujéla con cuidado, abrióse ella sin mover ruido, y yo entré conteniendo hasta la respiración, con todo el sigilo que lo arriesgado de la empresa me aconsejaba.

Allí, al alcance de la mano, como quien dice, oí hablar a mi tío... sólo me ocultaba de su vista una entreabierta puerta de cristales esmerilados con caprichosos dibujos. ¡Sentí miedo! y la piel se me puso de gallina...

Adelanté, con todo, y dirigí mis pasos a la mesita donde debían de estar los suspirados fósforos; en efecto allí estaban; pero ¡oh inesperada y dulce sorpresa! Allí, junto a la palmatoria, apareció ante mis ojos una fuente colmada de riquísimas torrijas... ¡Qué tentadoras! ¡Cómo provocaban mi gula con

el suave y delicioso olorcillo que despedían!

Examiné la fuente con mayor interés y anhelo que un chiflado arqueólogo escudriña el trasto viejo que a varios metros de profundidad encuentra en prehistóricas ruinas. ¡Cuál de las torrijas podrá desaparecer, pensaba, con menos peligro de que su falta pueda ser advertida? ¿La de encima? ¿la de este lado? ¿aquella que parece que se va a caer?... y mi mano vagaba por encima de la fuente como ave de rapiña que merodea la presa... Pero cada vez que mis dedos nerviosos se arqueaban ya para sujetar alguna de las sugestivas torrijas, retrocedía mi mano sacudida por la impresión de una voz que me decía en lo interior: ¡ajo Telesforo, que te puede costar caro! Y yo no podía decidirme por dejarlas de probar, ni me atrevía a tocarlas... Por unos momentos estuve indeciso, luchando entre el apetito que me seducía y el temor que me repelía; entre el olorcillo que me hacía la boca agua, y el resquemor de lo que podría sobrevenir...

La *prudencia* triunfó, y me dije: ¡Vamos, que torrijas y cigarro no deben de saber bien a la vez! Despachemos este, y luego... ¡Dios dirá!

Sin apartar la vista de la fuente, alargué la mano para coger la caja de fósforos, pero con tan mala suerte que di un pequeño golpe a la palmatoria, la cual, naturalmente, movió un poco de ruido. Lo inesperado de este me hizo dar una sacudida en todo el cuerpo y al contraerse la mano di con ella en la palmatoria que rodó al suelo con el consiguiente estrépito...

—Oye, has oído ahí dentro ruido? Espera, que temo no sea el gato... dijo mi tío al señor gordo.

Fué para mí un momento de angustia atroz. Quiséme lanzar corriendo hacia la puerta, pero era inútil, mi tío llegaba antes. ¿Qué hacer? tiréme al suelo como una pelota, encogíme y medio rodando, medio a gatas, me agazapé debajo de la cama y algo así como quien se acoge en sagrado.

¡Zape! gritó mi tío dando una patada en el suelo. ¡Zape! repitió el señor gordo, que también entró en la alcoba, y asimismo dió su estrepitosa patada en el suelo. ¡Zape! decía uno, ¡zape! repetía el otro, y yo allí hecho un ovillo, temblando, sudando hasta por las rodillas, me decía para mis adentros: ¡zape! y lo que me aguarda si Dios no me saca de esta.

—Se habrá huído, dijo mi tío... Las

torrijas están intactas, ¡menos mal! cerremos la puerta...

Ambos huéspedes se alejaron. Yo daba gracias a Dios, a la Virgen y a toda la corte celestial, por cuya ayuda salía ileso de aquella amenazadora tormenta, lo cual para mí revestía la trascendencia de aquel milagro que yo había leído en la Historia Sagrada, de los tres jóvenes arrojados al horno encendido sin que las llamas chamuscasen ni un hilo de sus vestidos, ni un pelo de su cabeza. Y comencé a salir con lentitud de aquel providencial refugio sin acordarme ya de los fósforos, ni pensar en torrijas, suspirando sólo por verme fuera de aquella alcoba a donde había ido por lana, y sólo por milagro no salía trasquilado.

Ya estaba a punto de salir de debajo la cama, cuando queriendo apoyar la mano en el suelo, la fuí a poner sobre un balde o cubo o caldero o no sé qué diablos de trasto metálico que allí había visto. Aquello metió un ruido estridente que a mí me heló la sangre.

—¡Todavía está el gato ahí! ¡Diantre de gato!... ¡Lo que es de esta escarmienta!... refufuñó mi tío.

Por debajo de las colgaduras de la cama ví cómo se acercaban los pies de ambos interlocutores, esta vez con sendos bastones que se movían siniestramente... ¡Zape! ¡Zape! gritaron, y con el palo daban contra el suelo debajo de la cama, y hacían sonar el mismo cacharro metálico como si tocasen a rebato o a fuego. Retrocedí cuanto pude hasta achantarme junto a la pared y allí aguardé el desenlace de aquella aventura, renegando de las torrijas y de los fósforos, maldiciendo de todos los gatos y detestando de aquel maldito trasto que me había puesto de nuevo entre las astas del toro.

Agitaban la cama... y a mí me parecía que la fin del mundo había llegado. Daban de nuevo con los palos en el caldero... y a mí se me figuraba que estaba sonando la trompeta del juicio y que yo era un réprobo: porque creo que a los tales así les deberá sonar aquel día la que tocarán los ángeles llamando los muertos a juicio. Gritaban con nuevo y formidable enfado: ¡zape! ¡zape!... y yo creía que estaba oyendo las tremendas voces de ¡levantaos muertos y presentaos a juicio!...

Por fin levantaron las partes colgantes de la ropa de la cama y se inclinaron para escudriñar lo que debajo se pudiera ocultar... y ¡claro! allí me hallaron a mí hecho un

ovillo, temblando como un azogado, gimo-teando sin osar rebullirme...

—¡Mira, mira el gato! exclamó mi tío con voz burlona. Sal, hombre, sal... el olorcillo de las torrijas, eh?

Como reo convicto y confeso hube de comparecer ante mi tío y de aquel señor, quejándome de la tierra que en aquellos momentos angustiosos no me engullía; tanta era mi vergüenza y confusión... y el miedo de que mi tío tuviera la ocurrencia de medirme con el bastón que en su mano tan poca gracia me hacía en aquellas precisas y críticas circunstancias.

¡Ya arreglaremos las cuentas! me dijo tan sólo, mientras con el bastón me señalaba la puerta...

La hora de comer llegó sin que se registraran nuevos acontecimientos. La comida transcurrió tranquila sin que se sacara a relucir mi aventura. Más he aquí que a los postres me ví salir a la sirvienta con la fuente de las torrijas... Bajé los ojos; me puse más rojo que un moco de pavo y temí que la hora de las venganzas, o lo que era lo mismo, de «ajustar las cuentas», había sonado.

¡Telesforo! me dijo secamente mi tío: ¡ahí de rodillas, brazos en cruz!...

Y despacharon las torrijas colmándolas

de elogios por su exquisitez mientras a mí se me hacía la boca agua y los brazos perdían hasta la sensibilidad por el cansancio.

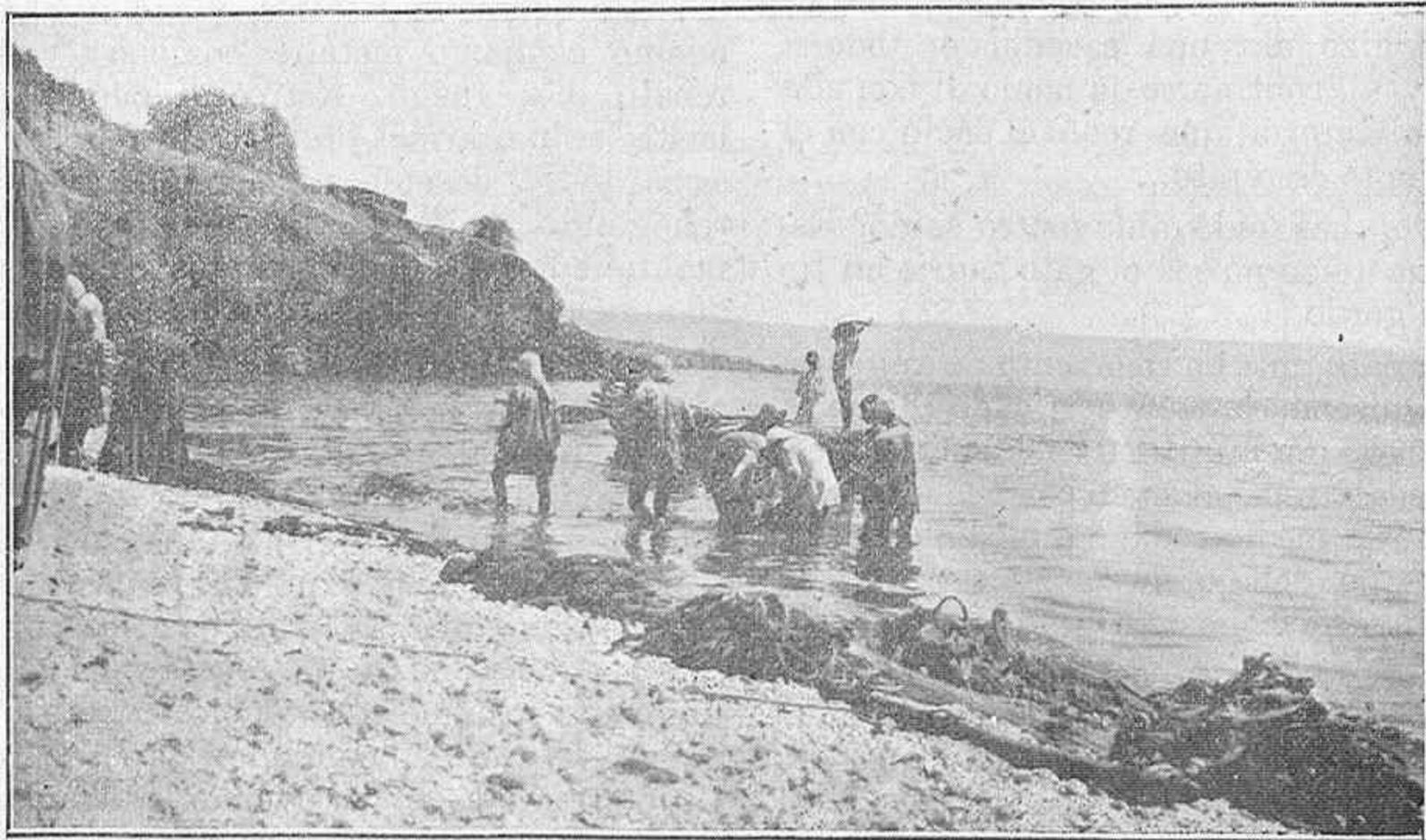
Ocho días a reo hubo torrijas para postre, los mismos que yo hube de presenciar cómo los demás las saboreaban, brazos en cruz y tragando saliva...



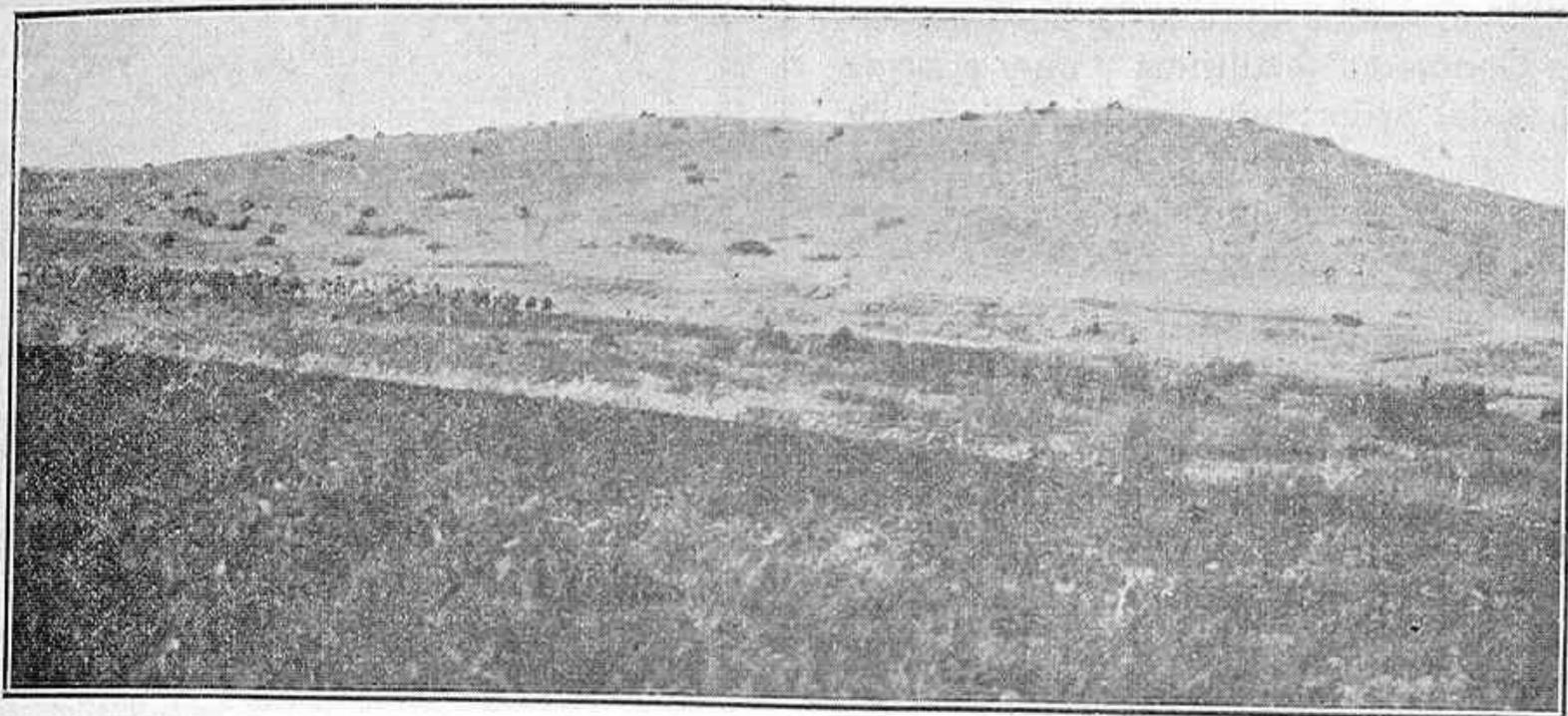
Muchos años han transcurrido desde el percance de las torrijas, prosiguió D. Telesforo en tono algo más elevado; ¡cuantas veces me he visto acariciado por seducciones no ya de torrijas ni de pitillos, sino de ese cortejo de concupiscencias que de continuo nos impelen a que traspasemos los preceptos de la Ley de Dios... Pero puedo levantar mi ya arrugada frente segura de que ningún vergonso estigma la mancilla.

En los rudos combates de la vida mucho me ha ayudado el recuerdo de las torrijas de mi tío, con el momentáneo placer a que brindaban y las amarguras que de hecho ocultaban. Dichosos los hijos que son corregidos por sus padres, y los padres y tíos que saben castigar a tiempo.

(De la Lectura Popular).



Tiberiades. — Pescadores escogiendo los peces buenos y tirando los malos.



Monte de las bienaventuranzas, junto al mar de Tiberiades.

CARTAS DE ORIENTE

Tiberiades, 21-24 Septiembre.

Queridos alumnos de Gijón.

¡Con qué dulce ilusión abandonamos Damasco el 21 de setiembre para dirigirnos por fin a Palestina! Era una mañana espléndida, bañada de corrientes de luz, cuando de nuevo atravesábamos el río Barada y dábamos el último adiós a aquella bellísima ciudad, perla del oriente, envuelta en los aromas de sus bosques y jardines.

El tren sale de aquel paraíso para internarse en un desierto triste y desolador, la antigua Traconítides, cubierto de piedra volcánica negruzca; sólo rompe la monotonía de esta llanura esteril, el Hermón, que se destaca altísimo a nuestra derecha, y a la izquierda las rocas incultas del Haurán, guarida de los drusos que llevan aún vida semisalvaje.

A las primeras horas de la tarde pasábamos la frontera de Palestina; un inglés coloradote y gordo en mangas de camisa nos revisa rápidamente los pasaportes. El panorama va cambiando por minutos, la bajada a la enorme depresión que forma el valle del Jordán, la hace el tren retorciéndose cual serpiente entre horribles desfiladeros, por los que se despeñan pequeños torrentes, formando graciosas cataratas.

A media tarde salíamos de las gargantas del Yarmouk y se presentaba inesperadamente ante nuestra vista tranquilo y azulado el simpático lago Tiberiades. Bajamos del tren en la estación de Samach en la parte meridional del lago; aquí había de empezar nuestra visita a tierra santa; en esta bendita región que oyó la suave voz del Maestro y presenció gran

parte de los milagros que hizo en los tres años que por aquí sembró su palabra.

En dos carretas primitivas, tiradas por flacos jamelgos, con paso lentísimo, comenzamos a caminar por la orilla del lago. ¡Qué viaje aquel tan delicioso! No hubiera cambiado por ningún auto nuestro destartado vehículo; aquel paso de tortuga me permitía observar el paisaje con todos sus pormenores. Atravesamos el Jordán junto a la misma salida del lago y dejando a nuestra izquierda una colonia de judíos, que con la protección inglesa construye allí su pueblo, llegamos al atardecer a Tiberias. Esta población, única digna de tal nombre, que existe al rededor del lago, fué fundada por Herodes Antipas en los años mismos en que vivía N. S. Jesucristo; sus habitantes eran paganos y esto explica el que a pesar de hallarse tan cerca del teatro donde el Redentor desarrolló su vida activa, no fuera favorecida con la predicación del evangelio. Su historia posterior durante la guerra judía primero y después durante las cruzadas es muy interesante, pero prescindiremos de ella porque queda mucho que recorrer.

Desde Tiberias por una carretera nueva que han hecho los judíos después de la guerra, caminamos hacia Magdala, pueblo natal de María Magdalena. Está a unos 5 km. de Tiberias, a la entrada de la llanura de Genesaret; fué en la antigüedad un famoso punto estratégico, como lo prueban las ruinas de una fortaleza y las cuevas que se abren en la escarpada roca de Arbele que la domina, refugio de guerreros en tiempo de los Macabeos y de bandidos en la época de Herodes. Hoy Magdala es un pequeño grupo de chozas pobrísimas, habitadas por beduinos que viven de la pesca y del ganado que apacientan por la llanura.

Desde Magdala, ya entre las penumbras de

la noche comenzamos a cruzar la hermosa comarca de Genesaret, fertilísima y muy poblada en tiempos del Señor; hoy día abandonada por estos incólentes musulmanes, a pesar de que los arroyos que la cruzan y los matorrales y yerbas que crecen por todas partes pregonan su fecundidad.

Una colina pedregosa limita por el norte la llanura y la separa de otra más pequeña, pero tan hermosa y rica en recuerdos como la anterior; es Ain Tabghah, corrupción del nombre griego Heptapegon, que sustituyó al bíblico Bersabee. Como estos nombres lo indican es la llanura de las siete fuentes, porque en efecto siete son los manantiales que la riegan. Aquí tienen una hermosa posesión los PP. Lazaristas alemanes, quienes con gran delicadeza y caridad nos ofrecieron hospitalidad durante tres días.

¡Y que días tan sabrosos los pasados en este rincón del mandol! ¡Qué consuelo daba pensar que veíamos los mismos montes y horizontes que vió tantas veces el Señor y la Virgen, que comíamos del mismo pan, bebíamos la misma agua, sufríamos los mismos calores!

Una mañana divisamos dos barcas que se disponían a pescar muy cerca de la orilla junto a la llanura de Genesaret; allá nos fuimos a presenciar la operación, tan rudimentaria, que no creo lo hiciera de otro modo San Pedro y sus compañeros; y los pescadores se vieron tan contentos de verse ante el objetivo de mi máquina, que terminada la faena, saltaron a tierra y se pusieron a mi disposición para que les sacara una fotografía.

Para recorrer con más rapidez las inmediaciones del lago, alquilamos una gasolinera que hicieron venir desde Tiberias; el lago estaba aquel día picadillo; los vuelcos que daba nuestra lancha nos hicieron comprender perfectamente las tempestades de que nos habla el evangelio y las zozobras de los apóstoles. Desembarcamos en Tell-Hum, la antigua Cafarnaum, y examinamos despacio las ruinas de la sinagoga, descubiertas no hace muchos años.



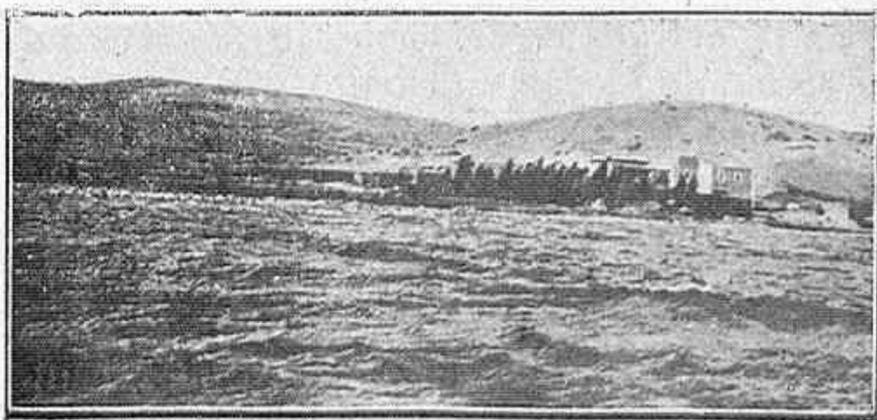
Tiberiades. En el fondo la montaña de Arbele a cuyo pie está Magdala.

¿Es la sinagoga en que predicó Jesucristo y obró tantos prodigios?

Hay quien ve en la ornamentación y columnas una arquitectura posterior al siglo 2.º, creen otros que es la sinagoga que el centurión hizo a los judíos; pero no entremos en disquisiciones científicas impropias de esta correspondencia. De Cafarnaum no busqueis más restos; y menos aún de Corozain y de Betsaida; sobre las cuales cayó tan de veras la maldición de Nuestro Señor; *vae tibi Corozain, vae tibi Betsaida!*, ni que los sitios que ocupaban podemos señalar con certeza. De Tell-Hum subimos hasta la entrada del Jordán en el lago y en la parte oriental visitamos aquel *locus desertus* del evangelio, pequeña llanura donde Cristo multiplicó la primera vez los panes.

La última tarde que habíamos de pasar junto al Tiberiades me subí sólo al monte de las bienaventuranzas; desde su cumbre se veía perfectamente todo el lago; en frente la tierra de los gerasenos, donde tuvo lugar el famoso milagro del endemoniado y de los puercos; a mi derecha la llanura de las siete fuentes, donde se sentaría la muchedumbre que acudía a oír al Salvador; más allá la graciosa llanura de Genesaret; que tantas veces recorría el Pastor buscando la oveja descarriada; a mi izquierda Tell-Hum, segunda patria de Nuestro Señor Jesucristo; allá en la estribación última del monte, bañada casi por las aguas del lago, hay una roca que se llama *mensa Christi*; dicese que aquí preparó a sus discípulos aquel almuerzo de que habla S. Juan en el último capítulo de su evangelio.

¡Qué hermoso sitio esta altura para leer y meditar los evangelios! Pero qué pena da verle tan abandonado: ni un santuario ni una señal que recuerde tantos y tan grandes misterios.



El lago Tiberiades. En el fondo el monte de las bienaventuranzas visto desde el lago.

El naufragio

Era una mañana del mes de mayo. Un gran barco de pasajeros surcaba las azules aguas del mediterráneo; en su cubierta reinaba la paz y la alegría; un hombre de mediana edad entonaba una canción andaluza, acompañado de la guitarra, y a su alrededor tumbados en sendas hamacas le escuchaban todas las personas que había en cubierta; sólo sin más compañía que un perrito que daba vueltas y más vueltas, como presintiendo algo grave, estaban unos niños; el mayor, Pedro, tendría unos 15 años, y la menor, María, unos 9.

Yo, decía el muchacho, vivía en Génova, pero las personas con quienes vivía no pudiendo mantenerme, me vendieron a un titiritero. Pasé con él varios meses, al cabo de los cuales yendo de pueblo en pueblo llegamos a España; yo había adelgazado bastante a causa de los malos tratos que me proporcionaba el titiritero, y decidido a escaparme me presenté al consul genovés de Barcelona, el cual al verme tan sucio y harapiento, me tuvo una semana entre sus hijos, tratándome como a ellos, al cabo de la cual me dijo que me iba a embarcar para Buenos Aires, donde había fundado un Instituto para huérfanos y donde yo debía educarme. Me despedí de él dándole las gracias y prometiéndole que en cuanto tuviera la edad suficiente vendría de secretario suyo a Barcelona.

Entre tanto el cielo se había cubierto de espesos nubarrones y las olas merced al impulso de los vientos se estrellaban furiosas contra el casco del buque. En esto pasó un marinero que tenía orden de asegurar los objetos de cubierta, y al pasar junto a los niños cantó: »A la Virgen de mi aldea—la pondré yo un cirio nuevo—si se pasa la tormenta—y llegamos bien al puerto».

El piloto pasó junto a los niños y no hubiera notado su presencia, si el perro que se había echado entre los dos no hubiera dado un ladrido que llamó su atención. Al punto los mandó bajar al camarote, pues la tormenta empezaba a desahogar su furia, descargando un fuerte chaparrón. Los niños bajaron al interior del buque, no sin dar varios tropezones. Allí la niña, una vez sentados, le contó a Pedro su historia. Yo decía, viví desde los 4 años sola con mis abuelitos, porque mi padre se fue a la Argentina, a ganar dinero para poder vivir; pero hace un mes murieron mis abuelos; y una tía mía dijo al Sr. Alvaro que me llevara a casa de mis padres. Entraré de puntillas y

les daré un susto. Oye ¿eh? y que contentos se pondrán.

El niño no respondió; había oído un golpe seco, y la gente gritando se precipitó por la escalera arriba; aquello fué un cuadro horroroso, las madres estrechaban a sus hijos, los amigos se despedían quizá hasta la otra vida, y el capitán, cumpliendo su deber procuraba restablecer el orden. Pero nadie se acordó de los niños. María al ver aquel alboroto con los ojos desencajados de terror se había abrazado a su amigo; éste con paternal cariño procuraba calmarla diciendo; pero tonta, si no es nada, no te asustes; por fin lograron salir a cubierta. Los botes salvavidas se habían echado al agua y quedaba un solo puesto para el capitán y los dos niños, en cuyas caras se había pintado el terror al saber esta noticia. Mas Pedro, sobreponiéndose al miedo de la muerte, dice; *vete tú, María.* La niña respondió; *no acepto.*—*Mira, tú tienes padre y yo no los tengo.*—*Echaremos a suertes.*—Durante este breve diálogo el barco se había ido hundiendo y solo quedaba la popa fuera del agua. La suerte cayó sobre Pedro, pero éste, levantando a María en alto la dejó caer en las manos del teniente de a bordo. Y luego el capitán y Pedro se abrazaron y dijeron adiós a las lanchas, que se alejaban para no ser tragados por el remolino que iba a dejar el barco en su hundimiento.

María, arrodillada en su asiento, no quitaba la vista del grupo del capitán y Pedro abrazados, y rezaba por sus almas. En esto vacila la lancha porque un fuerte golpe de mar la coge de lado y la niña está a punto de caer, pero un marinero la sostiene y hace sentarse. Cuando volvió la vista al lugar del naufragio, nada se veía, todo había desaparecido bajo la capa de agua salada para no salir hasta que resuene la trompeta del ángel el día del juicio final. Hermoso ejemplo de unos mártires del deber y de la caridad.

Ogenio Flor,
alumno de 3.º año.



Los misterios de la gran pirámide de Cheops

Revelaciones geográficas, matemáticas y astronómicas inexplicables.

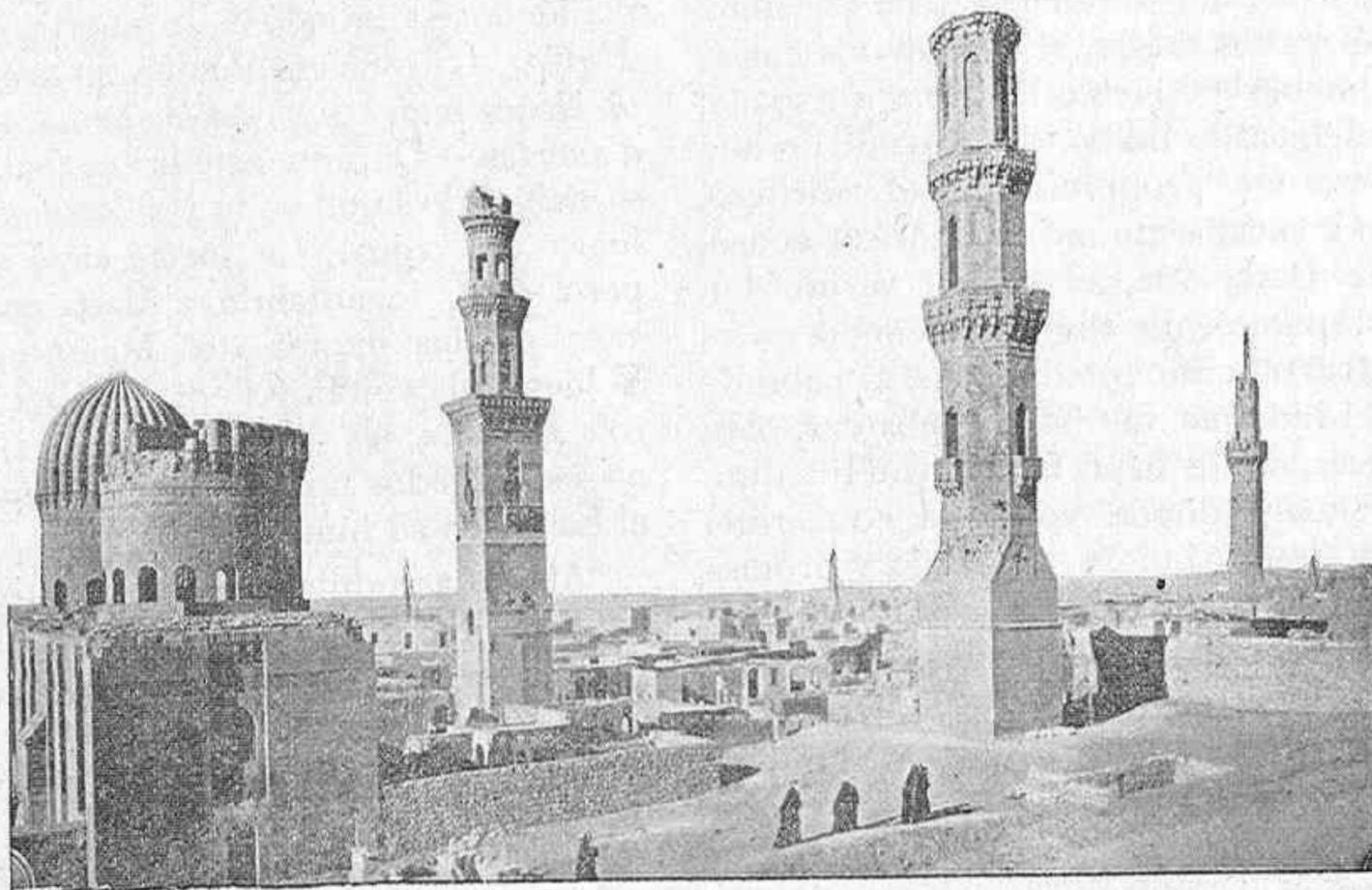
Rebuscando un día por las profundidades de mi cartera, me encontré con unos medio rotos papeles, que leyéndolos ví que eran unos apuntes tomados hacía ya años de una revista antigua, y que uniformándolos resultaron ser parte de las investigaciones sobre la pirámide de Cheops, llevadas a cabo hará unos trece años por el ilustre director del Observatorio de Bourges, P. Moreux. He aquí el resultado de tales investigaciones.

Empecemos por las geográficas y resultará que la célebre pirámide es el meridiano ideal

mente con aquella región del Bajo Egipto, donde se eleva la gigantesca mole. En teoría ese paralelo debía ser el grado 30° mientras que la latitud del vértice está representada por los $29^{\circ} 58' 51''$, diferencia que bien pudiera ser un error.

No es creíble sin embargo, porque si el arquitecto hubiese calculado la posición de modo que un observador viese el polo celeste, situándose en la base del monumento a una altura de 30° exactos, habría emplazado el edificio, teniendo en cuenta la refracción de la atmósfera en los $29^{\circ}, 58'$ y $22''$ de latitud, existiendo de esta manera un error de pocos segundos de un arco.

Dicho esto, levantemos otro poco el velo misterioso que cubre la gran pirámide; esta



Vista del Cairo desde los sepulcros de los califas.

tan buscado por la ciencia. Los geógrafos que acompañaron a Napoleón en 1799 triangularon la pirámide de Cheops, utilizando su posición como un meridiano con arreglo al cual calcularon la longitud de Egipto. Entonces se vió que dicho meridiano cortaba el punto más meridional del delta de Nilo, de tal modo, que trazando las diagonales desde la misma pirámide al NE. y NO. su prolongación no solo comprendía todo el delta sino que le dividía en dos sectores de igual área superficial. El tal meridiano es el único que atraviesa más tierra firme en un hemisferio, siendo exclusivamente oceánico desde el estrecho de Behring al sur. De esto se deduce que si se calcula correctamente la extensión de todas las tierras del globo, se verá que su centro coincide precisa-

pirámide puede ya ser considerada como la consagración material del misterioso número, expresado por la letra griega *pi* que es el número más importante de la ciencia matemática. Al construir los arquitectos egipcios la gigantesca pirámide calcularon precisamente la relación matemática existente entre la circunferencia y el diámetro.

En efecto el perímetro de la base (cada uno de cuyos lados medía primitivamente 232,85 m.) era de 931,22 m. Ahora bien, si multiplicamos la altura total del monumento, o sea 148,208 m. por el número 3, 14 16, se tendrá 931,22 m. o lo que es lo mismo el perímetro de la base. Por admirable que parezca todo lo dicho, sin que sea posible atribuirlo al azar no es nada comparado con la importancia que

tiene la gran pirámide desde el punto de vista astronómico. Basta, por ejemplo, multiplicar su altura por un millón, para hallar aproximadamente en km. la distancia que hay del sol a la tierra; la cifra obtenida, 148.208,000 km. es muy cercana a la que se cree comunemente, deducida con arreglo a la paralaje 8,86'.

Los griegos se imaginaban que el sol era un poco mayor que el Peloponeso (hoy península de Morea) y que se encontraba a la distancia de más de 3 leguas próximamente. Aristarco de Samos, Tolomeo, Copérnico y Ticho-Brahe le calcularon en una distancia de 8.000.000 km. cifra que se aumentó en el reinado de Luis XIV gracias a las observaciones de Lacalle a 125.000.000 km. Por último en 1864 se fijó esta distancia en una cifra aproximadísima a la que se obtiene con la medida de la gran pirámide de Cheops. Además es cosa ya averiguada que la extensión del semieje de rotación de la tierra es de 6.356.521 metros. Pues bien, si multiplicamos por 10.000.000 la medida lineal empleada en la construcción de la pirámide, que fué el codo igual a 0.635.621 m. nos da la misma cifra.

Si multiplicamos el codo por el número de días del año sideral, el resultado es la exacta longitud de uno de los lados en la base de la gran pirámide. Y si por último se multiplica la pulgada egipcia de aquella época por 100 mil millones, obtiéndose la distancia recorrida por la tierra en su órbita en 24 horas, con mucho más exactitud que calculando sobre la base decimal. Los egiptólogos creían datar este monumento de unos 4.000 años antes de J. C. Pero los astrónomos, y entre ellos el P. Moreaux aseguran al presente, basándose en cálculos, hechos con arreglo a la orientación que tiene la entrada del edificio (establecida teniendo en cuenta la sucesión de equinoccios) que la pirámide fué construída 2.170 años antes de la era cristiana.

Las pirámides de Gizeh, se deben a los Faraones de la IV dinastía. La gran pirámide está situada a 18 kilómetros del Cairo, cerca por lo tanto de la antigua Menfis, y se necesitó, (según Herodoto, que la visitó el año 470 a. C.) de 100.000 obreros durante 30 años para su construcción.

Sus dimensiones en la actualidad son 137,18 m. de altura, 233 m. de lado en la base cuadrada, que tiene de superficie 54.400 m², siendo su volúmen de 2.487,500 m.³.

Tales son los secretos hasta ahora revelados por la imponente obra arquitectónica que consideramos.

Francisco Díaz, alumno de historia.

COLMOS

El colmo de un labrador, Sembrar el pánico.—El de un arquitecto, Hacer castillos en el aire.—El de un recaudador, Cobrar miedo.—El de un centro, Estar en las afueras.—El de un empedrador, Empedrar las calles de piedra-hita.—El de un sastre, Echar embozos a las últimas capas sociales.—El de un cirujano, Hacer de tripas corazón.—El de un sastre, Hacer un abrigo para las tempestades.—El de un corbatero, Hacérsele un nudo en la garganta, estar con el agua al cuello.—El de una modista, Coser las faldas de los montes con el hilo de la existencia.—El de un camisero, Meter en un puño a la clientela.—El de un cerrajero, Arreglar el cierre dominical con el muelle del Musel;—El de un teñidor, Ponerse pálido.—El de un contador, Contar con la huéspedea.—El de un valiente, Llevar gemelos en el puño de la espada.—El de un confitero, Hablar dulcemente, vender pastas de libros.—El de un usurero, Dar gracias a Dios y pedirle recibo.—El de un banquero, Cobrar letras de imprenta.—El de un sombrerero, Hacer un sombrero para una cabeza de alfiler.—El de un hortelano, Poner las peras a cuarto, a sus parroquianos.—El de un vago, Esperar a que el correo le traiga un oficio.—El de un domador, Montar en cólera.—El de un bombero, Apagar un incendio con las mangas del chaleco.—El de un zapatero, Hacer zapatos a los pies de la cama y ponerse las botas.—El de un carpintero; Tener hijos listos e hijas traviesas.—El colmo de los colmos, Perder un imperdible.

Un medico distraído, habla por teléfono con el cliente.

—¿Qué tiene usted, caballero?

—Descomposición de vientre y náuseas.

—A ver, a ver... saque usted la lengua.

La señora.—Usted me dijo que sacara la lengua, doctor, pero no la ha mirado una sola vez.

Doctor.—No señora; quería tan solo tener tiempo para escribir la receta sin ser interrumpido.

—¿En qué se parece una casa que se incendia a otra deshabitada?

—En que en una salen llamas, y en la otra, llamas y no salen.



BIBLIOGRAFÍA

68.—El desfalcador de millones.—Novela traducida del alemán por E. Escalante.—Un tomo en 8.º, 212 páginas de letra pequeña.—En rústica 3 pesetas.—Gustavo Gili, Barcelona.

Peter Voss, cajero de la casa Stockes y Yarker salva a esta de la declaración de quiebra, simulando sustraer de la caja dos millones de dolares. Persigue al supuesto ladrón el famoso policía Bobby Dodd, y en los innumerables episodios de esta inútil persecución estriba el interés de la novela que culmina hacia la mitad del volumen con la entrevista de Peter Voss, con su tío Patsch, juez de Stienau (Silesia).

La estancia del perseguido en la cárcel de Strienau, y mucho más su viaje por Rusia, para parar en las minas de Sakalín condenado a trabajos forzados por haber sido confundido con el malhechor Iván Basarov, son episodios excesivamente largos en que decae algo el interés para volver a aparecer en la travesía de Yokohama a Valparaíso, por el modo ingenioso de hacer en connivencia con su esposa, que el perseguidor sea tomado por el capitán del barco, por el robador de millones perseguido por la policía.

Termina la acción en San Luis, con el descubrimiento del ardid inventado por Peter Voss para salvar a la casa Stockes y Yarker; dando con esto lugar a una moratoria de dos años, tiempo suficiente para que subieran con las acciones de las minas de cobre las de la casa Stockes que se salva de la quiebra.

Salvo alguna alusión acaso un poco libre, la novela no ofrece tropiezo alguno, y sí mucho interés.

69.—Héroes del apostolado católico.—De pastorcito a apóstol; por el P. Víctor Van Tricht. Es el volumen II de la colección que edita el «Siglo de las Misiones», titulada: «Héroes del Apostolado católico». Contiene las escenas más interesantes de la vida del Padre Constantino Lievens, entresacadas de la monografía escrita por el P. Víctor Van Tricht, S. J. que publicó el «Siglo de las Misiones».

La vida de este infatigable misionero, llena de interesantes episodios, y de incesante trabajo a impulso siempre del celo de la propagación del evangelio, es no solo muy entretenida, sino de gran provecho espiritual para todo cristiano que quiera hacer algo por Jesucristo. Forma el presente trabajo un tomo de 190 páginas de letra pequeña, abundante lectura y varios grabados.

70.—Lucio Flavio o la destrucción de Jerusalén por Tito.—Novela histórica en dos tomos por el P. José Spillmann S. J.—Tercera

edición—Herder Friburgo de Brisgovia. Elegante y encuadrada, con 12 ilustraciones y tres planos; precio 10,80 pesetas.

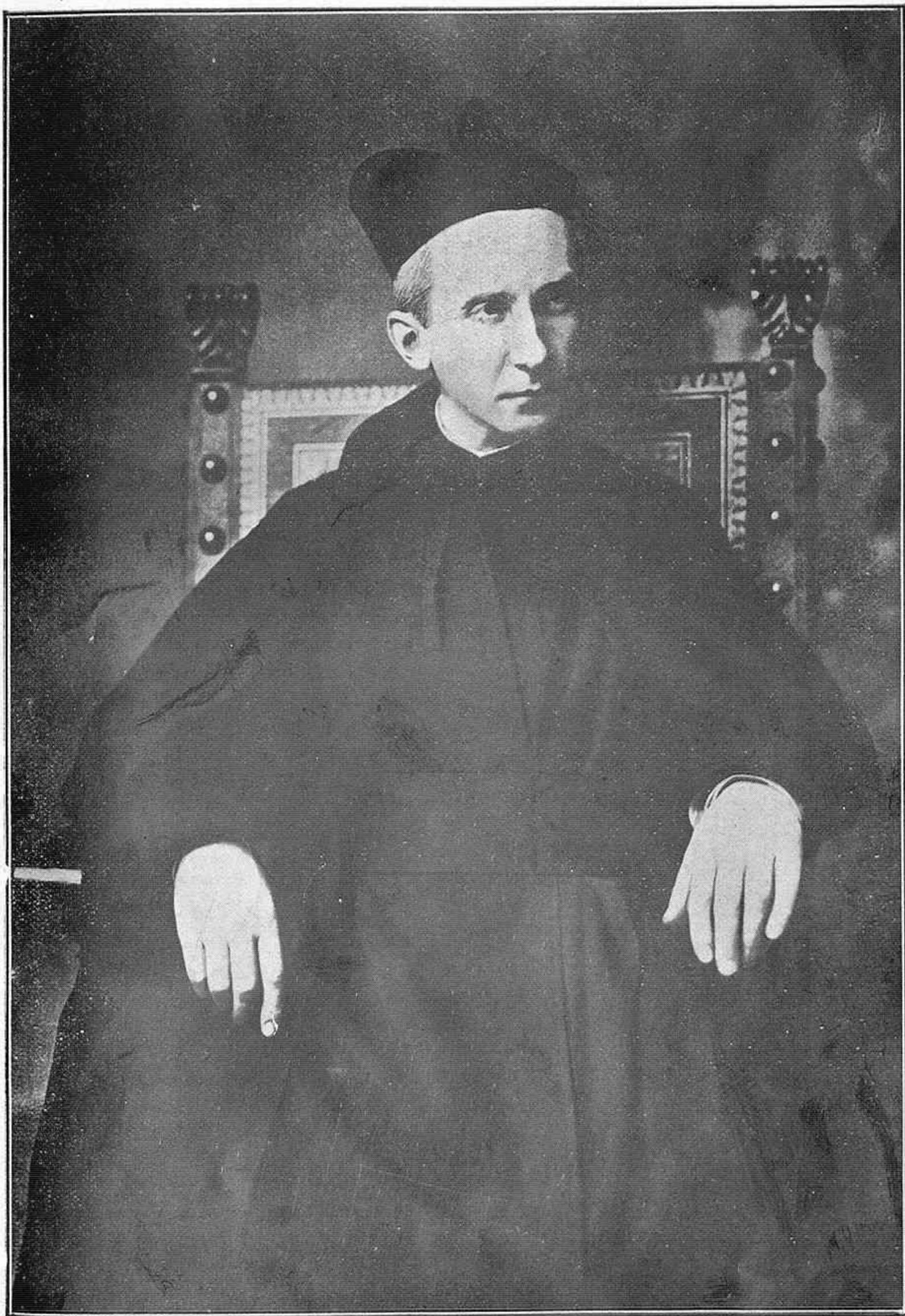
El tema elegido por el autor para esta novela es uno de los más grandiosos episodios de la historia; la suprema lucha de los judíos por conservar su templo, ciudad e independencia, y que terminó con la destrucción de Jerusalén por las legiones de Tito y la dispersión del pueblo israelita. El elogio de las cualidades del P. Spillmann como novelista, no está por hacerse. Su estilo se distingue por su tersura y claridad y en esta novela se eleva a veces hasta la verdadera elocuencia. No hay prolijas descripciones ni relatos fatigosos; unas cuantas líneas le bastan; y por eso no es posible dejar el libro de la mano cuando se ha comenzado su lectura. El interés va creciendo por momentos, mantenido por la doble intriga que el autor sabe llevar de frente; la lucha de los judíos y romanos por Jerusalén y su templo y la de Lucio por salvar a Tamar y los suyos de los peligros comunes al pueblo judío y de los especiales que amagaban a la joven. La novela se ha hecho con la historia de Josefo a la vista, de modo que quede avalorada por el elemento histórico.

71.—El mal paso.—Tomo XI de la «Colección Princesa» por Jacques des Gachons; traducción castellana de Felipe Villaverde.—Eugenio Subirana; Barcelona, 1924.—Precio en rústica, 4 pesetas.—Segunda edición.

«El mal paso», título del libro, forma uno de los episodios fantásticos del contenido. Es protagonista Francisco, joven pintor, que en una de sus excursiones de verano en busca de motivos para sus cuadros, pasa por el Olivete, castillo del Sr. Olivier, viejo de fino gusto, que se constituye en mentor del aficionado Francisco. Casi desde el principio aparece también la simpática figura de Magdalena, inseparable amiga de la misteriosa hada Bertrada, amiga esta de los niños y de los pájaros, cuya ignorada procedencia no se descubre hasta el fin de la novela. Es de todos los personajes que aparecen, el que más se graba en la memoria del lector.

La historia de Bertrada, y la no menos misteriosa de los dueños del Olivete, añadidas a la fantasía del mal paso, dan a la obra un tinte vaporoso, con que parece que ni siquiera la acción principal se realiza en este mundo. No falta alguna escena impertinente, aunque incidental, y sin unidad con el resto, como la del capítulo V; en que Magdalena, reservada para Francisco, es requerida por un extraño, incapaz de hacerla feliz.

En conjunto la novela es entretenida, sin tropiezo, en que abunda lo fantástico sobre lo real, y en que a vuelta de sus 16 capítulos, se deduce alguna buena enseñanza, envuelta en emocionantes episodios y arreboles de leyenda.



Al M. R. P. General de la Compañía de Jesús

WLADIMIRO LEDÓCHOWSKI

"PAGINAS ESCOLARES"

Páginas Escolares

REVISTA DE LOS ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS DEL COLEGIO DE LA INMACULADA

Con licencia eclesiástica.—Gijón, Apartado, 32

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Razón del número

DESDE la celebración de las fiestas religiosas, que tuvieron lugar en Gijón durante el tríduo de inauguración de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, concebimos la idea de publicar en nuestra revista algunos trabajos, que explicaran y dieran a conocer el mérito del nuevo templo que tal admiración excitaba, e ilustrar el texto con grabados adecuados.

He aquí lo que nos proponemos con el presente número, todo él dedicado al monumento: ofrecer al público asturiano y en especial al gijonés una explicación ilustrada de esta joya artística, huyendo de toda ostentación vana en ponderar excesivamente lo propio, y de toda pretensión de dar a nadie lecciones de cultura artística.

Sea a la vez el presente número de nuestra modesta revista un sencillo obsequio, ya que más no podemos, a los bienhechores, que con tanta caridad y liberalidad han contribuido a la glorificación del Sagrado Corazón de Jesús en nuestra ciudad y una muestra de agradecimiento al pueblo asturiano que de tantas maneras ha manifestado sus simpatías por este monumento.

LA REDACCIÓN

UN POCO DE HISTORIA

VENIDA DE LOS PADRES JESUITAS

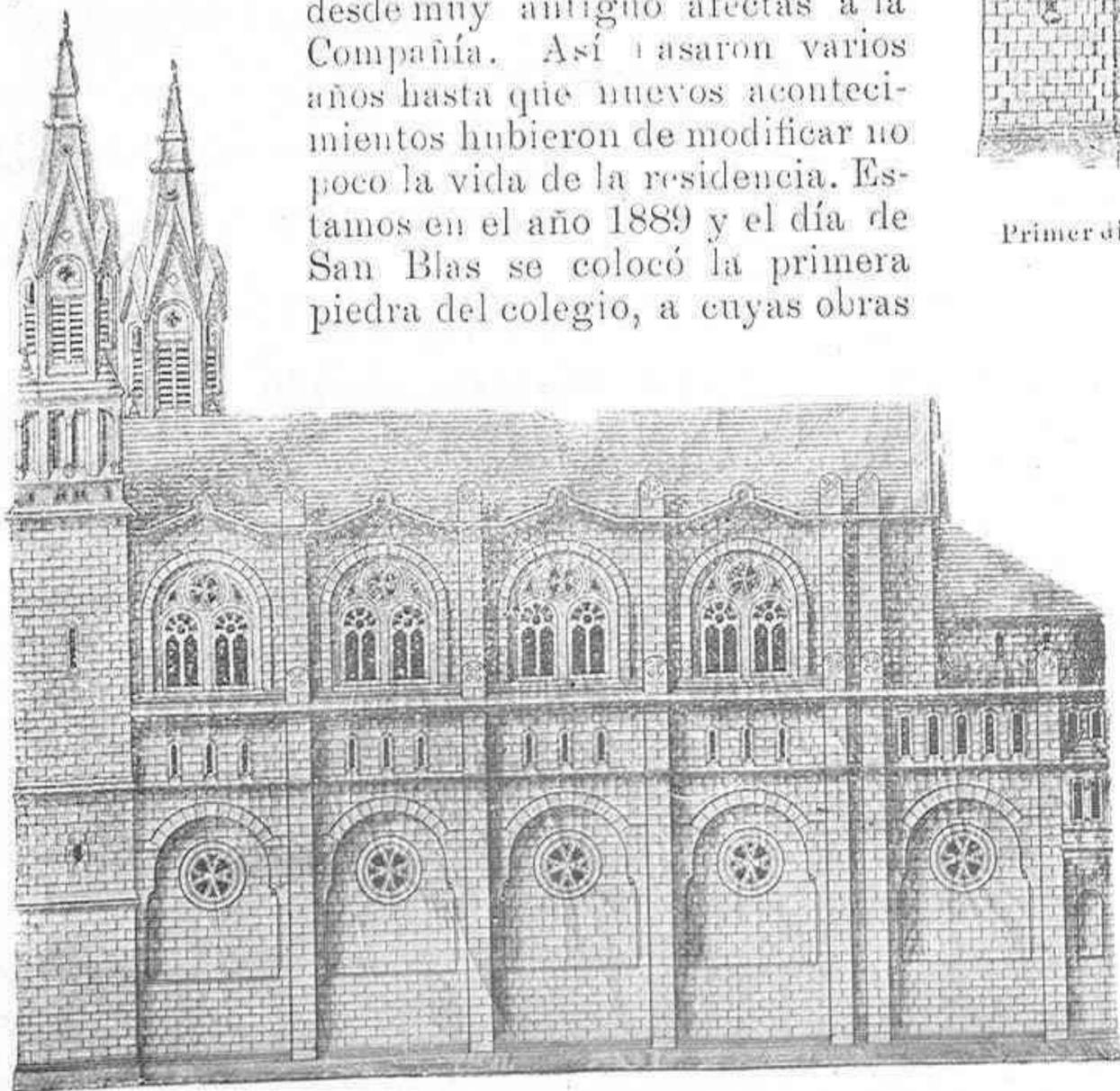


Se fundó la residencia de los PP. Jesuitas de Gijón en el año 1882, y su primer superior lo fué el P. Doncel, de paso para Loyola desde Vigo, cuya residencia cerró por junio del mismo año. La venida de los PP. fué recibida con aplauso por parte del vecindario. Era tanta la indiferencia religiosa, que el musgo se desarrollaba en los confesionarios, como lo prueba el hecho, tantas veces repetido, de que cuando alguno de los fieles quería confesarse para cumplir con pascua, él mismo se encargaba de pasar aviso con algunos días de anticipación.

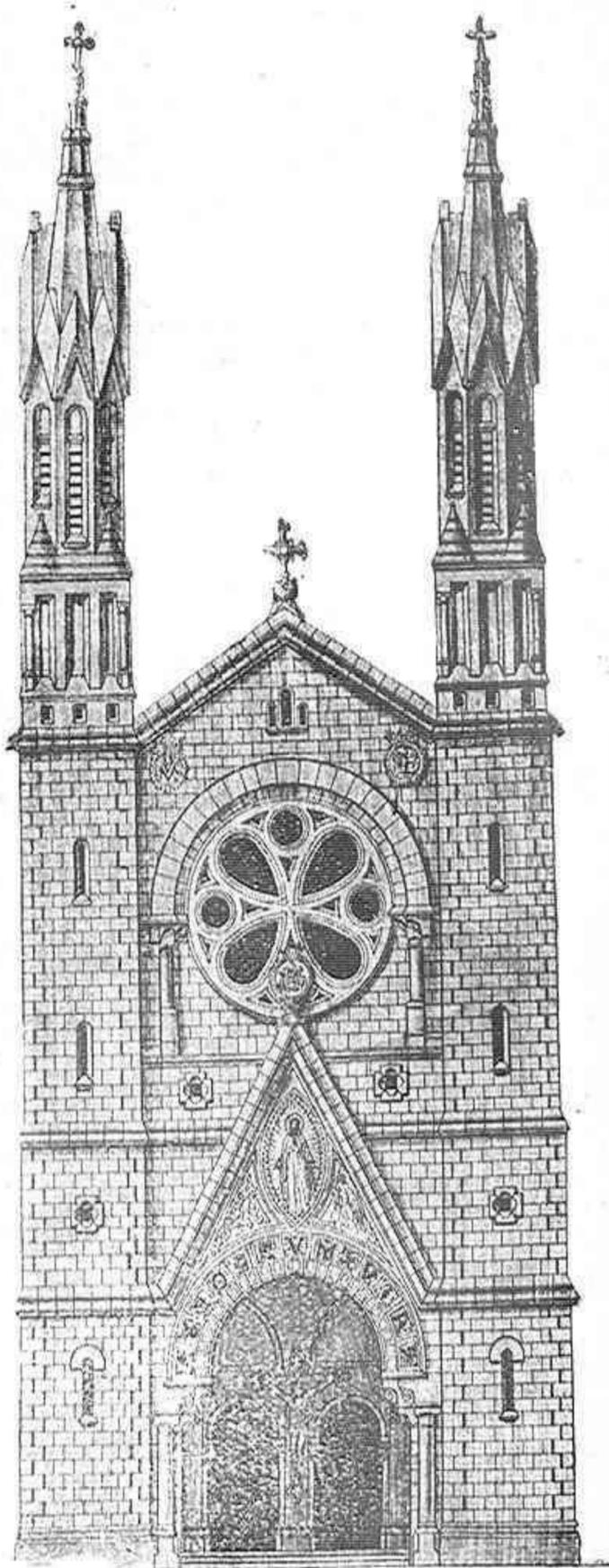
No había congregaciones de religiosos y el clero aunque celoso era escaso; por eso los PP. Obieta y Santiago Garay hallaron ancho campo en que ejercitar su celo. No había más parroquia que la de San Pedro para toda la población, y el párroco D. José Frades Sierra, que lo fué desde el año 1829 hasta 1892, se encontraba ya naturalmente en extremo decrepito.

EN LA IGLESIA DE LAS AGUSTINAS

Desde un principio empezaron los PP. a ejercer sus ministerios en la iglesia de las MM. Agustinas, desde muy antiguo afectas a la Compañía. Así pasaron varios años hasta que nuevos acontecimientos hubieron de modificar no poco la vida de la residencia. Estamos en el año 1889 y el día de San Blas se colocó la primera piedra del colegio, a cuyas obras



Costado del Este de la iglesia según el primer diseño



Primer diseño de la fachada principal

se dió tal actividad, que pudo ser habitado en el verano del año siguiente y se inauguró el 26 de setiembre de 1890. Al día siguiente se trasladaban a él los PP. y Hermanos de la residencia, que hasta entonces habían vivido en la casa que corresponde ahora al número 102 de San Bernardo, entonces número 26 de la de los Morales. Los ministerios sin embargo los siguieron ejercitando en la iglesia del Convento.

Con el cambio de do-

micilio sucedió lo que necesariamente tenía que suceder, dada la distancia e incomodidades del camino; el perjuicio que por esta causa tenían que sufrir los ministerios, pues entre idas y venidas se iba la mayor parte del tiempo; por lo cual los PP. en octubre de 1896 se trasladaron a la calle del Convento, a pocos metros de la iglesia de las Agustinas.

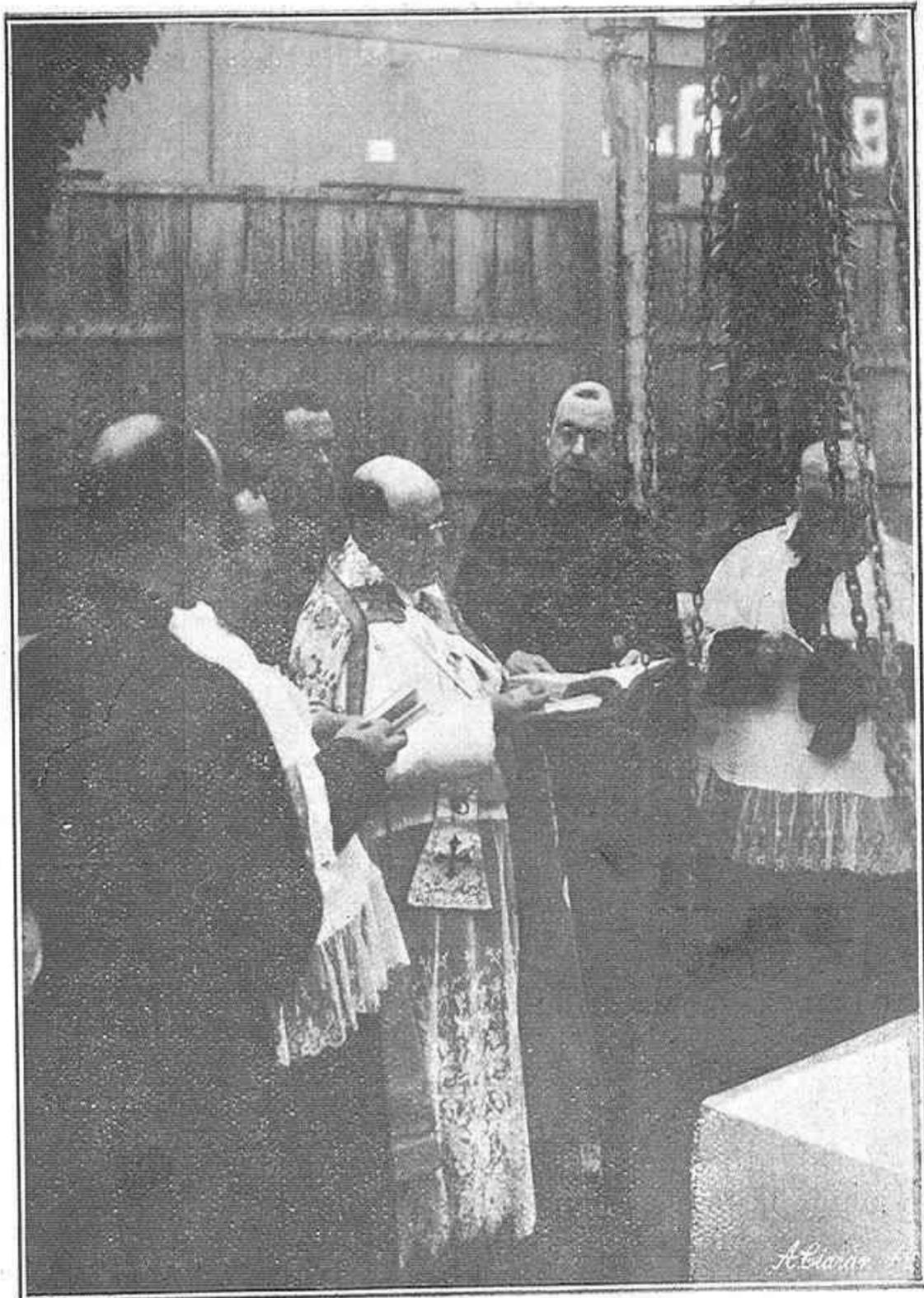
NUEVAS ETAPAS. — EN SAN LORENZO

Cuando a raíz del desastre de Filipinas los PP. Agustinos trataron de establecerse en Gijón, naturalmente para ejercitar sus ministerios pusieron los ojos en la iglesia de sus hermanas de religión, las Agustinas. Entonces los PP. Jesuitas, aunque estaban en posesión de la iglesia y contaban con el beneplácito de las monjas y del Sr. Obispo Fray Vigil, creyeron conveniente ceder de su derecho y ofrecieron la iglesia a los PP. Agustinos, que aceptaron la oferta a fines del año 1898, yendo los PP. Jesuitas a vivir a la calle de la Merced, ejercitando sus ministerios en la contigua iglesia de la Colegiata, cedida para este fin a los Padres por el Sr. Conde de Revillagigedo, padre del que tan desgraciadamente murió hace poco en Madrid.

Efímero fué también el paso por la Colegiata, pues aunque los Padres comenzaron a ejercer allí con fruto sus ministerios, y hasta con gusto propio y del popular barrio de Cimadevilla, todavía y ante la esperanza de mayor fruto espiritual se vieron precisados a trocársela por el magnífico templo de San Lorenzo, cuando este se inauguró el 10 de agosto de 1901. En cuanto a la casa residencia quedó definitivamente establecida en la calle del Instituto desde julio del mismo año.

PROYECTOS DE NUEVA IGLESIA

Proyectos de nueva iglesia y residencia siempre los ha habido en Gijón. El ancho campo que se ofrecía para el cultivo espiritual, la incomodidad de andar a cada paso cambiando de casa y de iglesia y más que



Colocación de la primera piedra, 7 nov. 1913

todo la dificultad por no decir imposibilidad de desarrollar todo el programa en iglesia ajena, contribuía a mantener siempre vivos los deseos de adquirirla propia.

Para ello la insigne bienhechora doña Barbarina Valdés Hevia, la fundadora del Centro de Acción social católica de la calle de Cabrales, ofreció su finca de la calle del Carmen, mas los Padres desistieron del proyecto, porque la proximidad de la nueva capilla a la iglesia de San José hubiera implicado la disminución de los cultos en la vecina parroquia. Vayan estas líneas a título de gratitud para con D.^a Barbarina, fallecida santamente en febrero de 1919, próxima a cumplir los 90 años.

LA NUEVA IGLESIA Y RESIDENCIA

Frustrados los deseos de D.^a Barbarina, otra insigne bienhechora suscitó el Señor, para la erección del templo del Sagrado Corazón, que se alza en la calle de Jovellanos.

Forma la posesión un rectángulo de 68 metros por 17 de ancho, con luz a tres calles, la del Instituto, la de Begoña, paralela a la anterior y Jovellanos, de mayor tránsito y más importante que las anteriores; la superficie es de 1.156 metros cuadrados y se halla en uno de los puntos más céntricos de la población.

Allanadas las casas para la nueva construcción, se pidió por instancia al ayuntamiento de Gijón la alineación de las calles, y con ella a la vista levantó los planos el arquitecto barcelonés D. Juan Rubió.

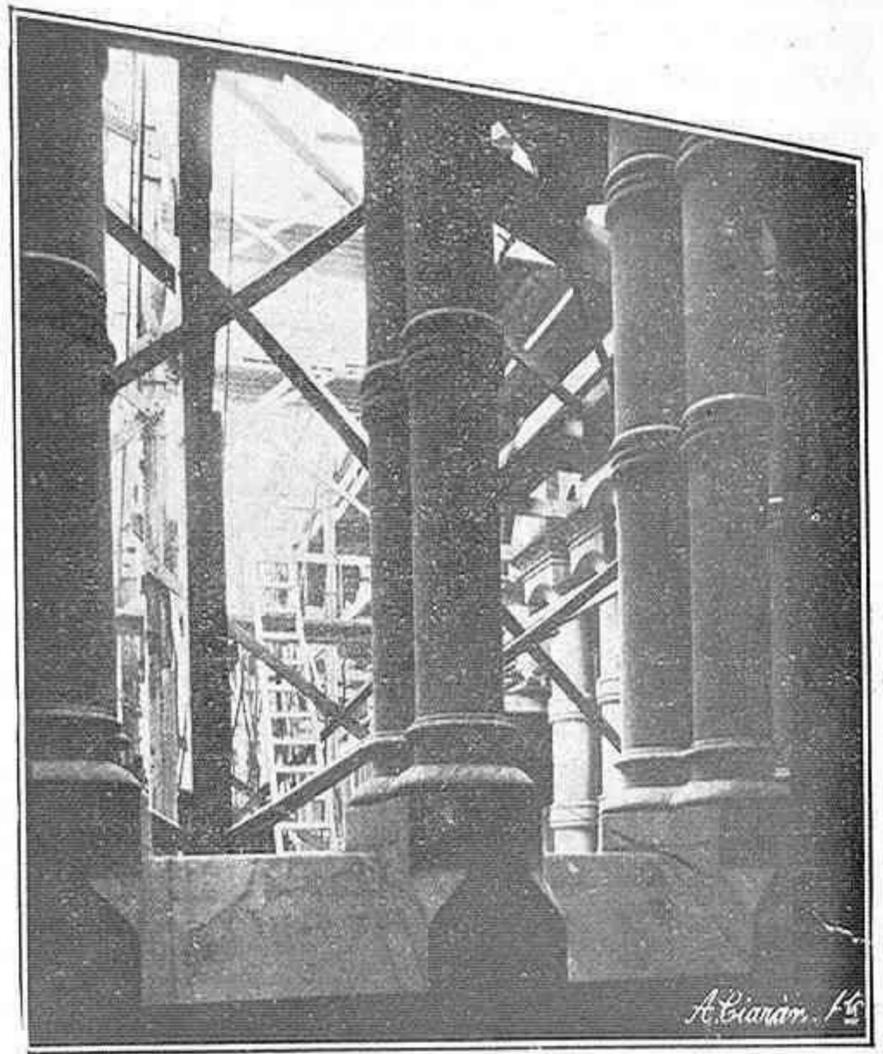
Dada la vecindad de las calles laterales que impedían el desarrollo del edificio, aun el de los imprescindibles estribos de los arcos de la iglesia, estos hubieron de planearse conforme a una escala de altura tal, que poco menos que suprimiera los empujes laterales de las bóvedas. A eso obedece la forma ovalada de los arcos, escuela Gaudí, quien la adopta en la mayoría de sus obras monumentales.

PRIMERA PIEDRA.—LAS OBRAS

Se empezó por la difícil tarea de cimentar bien el lado de la fachada, y se empezaron a levantar las paredes de esta y las laterales. Iban estas bastante adelantadas cuando se procedió a la ceremonia de colocación de la primera piedra. Para ello se fijó el 7 de noviembre de 1913, y por ausencia del Sr. Obispo, que se hallaba en Sada, su pueblo natal, actuó de ministro de la ceremonia D. José Alvarez Miranda, penitenciario de la catedral de Oviedo, entonces obispo electo de León, asistido por los PP. La Rúa y González Nemesio, veteranos de la residencia.

Lentamente prosiguieron las obras, ya que no se cerraron las bóvedas hasta principios de 1919; a fines de año se terminaba el campanario y el 4 de enero de 1920 se inauguraba solemnemente la colosal estatua que corona el monumento; en los meses siguientes se echó el tejado a la iglesia, que con esto se pudo dar por terminada en cuanto a su parte arquitectónica. Las paredes son de piedra de las canteras del Naranco.

Varias fueron las modificaciones introducidas en los primeros planos como puede verse en los grabados. También se cerraron las ventanas que iban en la parte superior



La iglesia en obras. Columnas del trasaltar

del ábside con objeto de dar mayor desahogo al cuadro del juicio final.

Gracias a Dios no hubo desgracia alguna durante la construcción del edificio, si bien en dos ocasiones se vió palmariamente la mano de la divina providencia. Desde un andamio próximo a la bóveda vino al suelo en una ocasión un obrero, que casualmente cayó sobre la lechada de cal que había preparada junto lo que ahora es el altar mayor; gracias a lo mullido del lecho afortunadamente no se hizo más daño que las salpicaduras de la cal. Cuando subían una de las enormes piedras de la estatua de San Pablo que hay en la fachada, se rompió el eje de la polea, que vino al suelo, precisamente en medio del grupo de obreros que desde abajo, en el estrecho espacio entre la cerca de tabla y la pared de la iglesia, tiraban de las cadenas. Instintivamente se hicieron todos a la vez a un lado, y la polea cayó a sus pies en medio del grupo, sin hacer daño a nadie. Una distracción de fracciones de segundo, y varios obreros hubieran pagado quizá con la vida aquel incidente.

N. G.





En la construcción de esta estatua se emplearon 25 metros cúbicos de marmol blanco de Carrara, y pesó labrada ya, 32 toneladas. Después de la del Cerro de los Angeles de 9 metros y de la reciente de la catedral de Valladolid de 8 metros, esta es la mayor de España. La fotografía está sacada en el mismo taller del escultor, Sr. Basterra.

En cuanto al monumento mismo, sobre el que descansa la estatua, el del Cerro es de poca altura; el de Valladolid es la misma torre de la catedral con sus 60 metros de elevación; el gijonés aunque 17 metros más bajo que el anterior ofrece en cambio más carácter de monumento.

LA DECORACION DEL TEMPLO



GRAN fortuna fué para el P. Ibero una vez terminada la obra encontrar providencialmente unos pintores especializados en la pintura religiosa, y de alma artista, prontos y fieles en comprender y realizar la idea general que diera unidad al conjunto del decorado, en consonancia con las vidrieras y las diversas partes arquitectónicas del edificio.

Frustrado el designio de encomendar la decoración a artistas españoles, se pensó en los hermanos Immenkamp, pintores alemanes, de los que sin embargo solo se sabía por el Sr. Melcher constructor del órgano de la iglesia, que eran dos pintores alemanes a quienes él en distintas ocasiones, pero en los años anteriores a la guerra había encontrado en el extranjero decorando algún templo, a la vez que él instalaba el órgano.

El mismo organero se encargó de preguntar en la Gaceta de Colonia por el paradero de dichos artistas, no sin resultado. Al poco tiempo recibía carta de uno de ellos, fechada en Munich, y ambos hermanos varios meses después se presentaban en Gijón el 24 de diciembre de 1920, para ver por sí mismos el proyecto sobre el terreno.

Hechos en los meses siguientes los bocetos preliminares según el plan preconcebido por el fundador, se presentaron de nuevo en Gijón el 21 de junio de 1922, para empen-

der definitivamente la obra decorativa; hasta fines de agosto trabajaron en el boceto del gran cuadro, cuya ejecución dieron por terminada el 2 de febrero del año siguiente, después de cinco meses.

En la pintura de las otras cuatro bóvedas invirtieron próximamente un año, y cuatro meses más en el decorado de las paredes laterales, incluso los medallones de los santos de la Compañía.

El mérito de la decoración, la piedad que respiran las figuras,

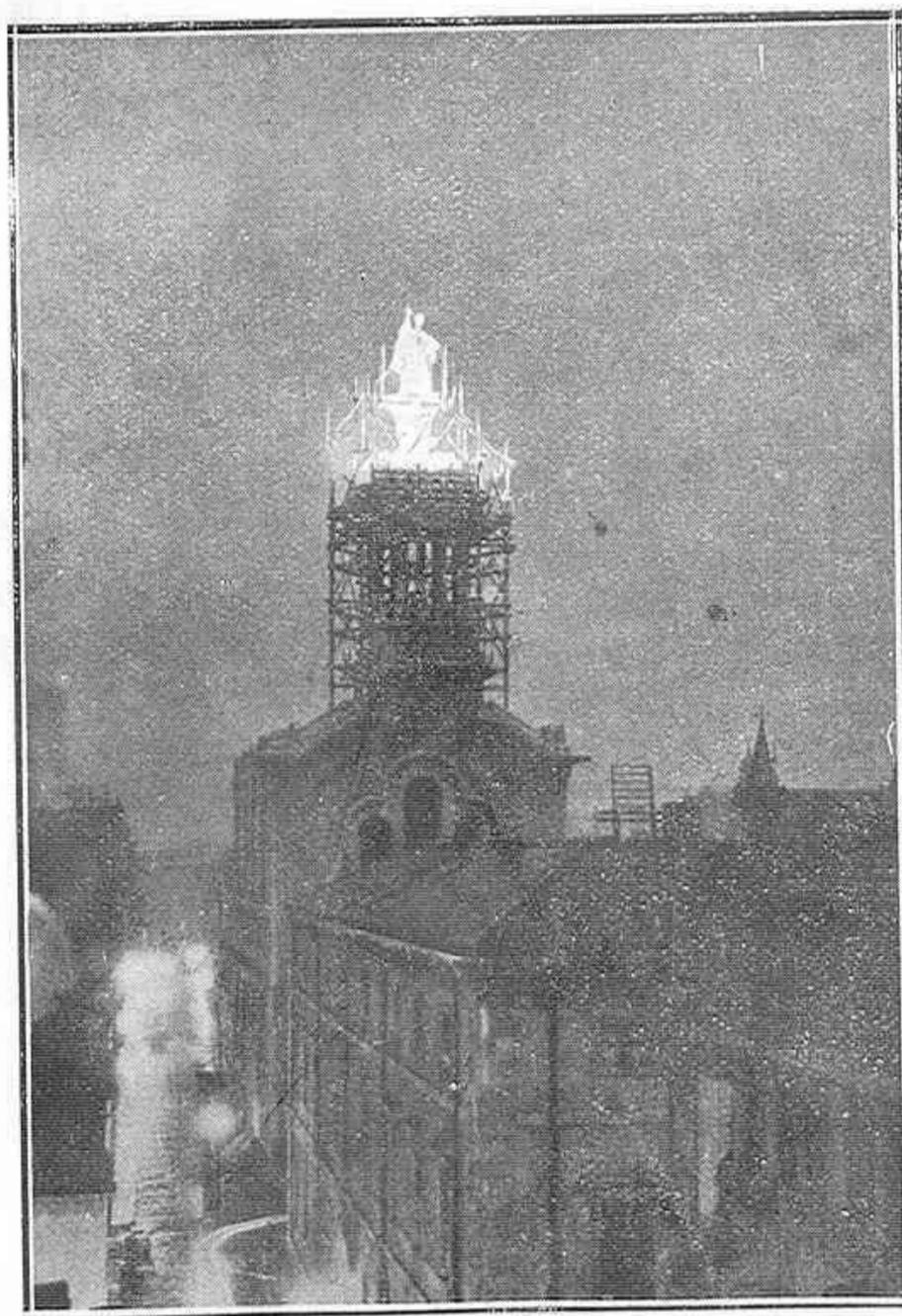
la disposición de los elementos, la viveza y combinación de los colores, la interpretación adecuada de la idea alegórica, la exactitud anatómica de los miembros de los personajes, son cualidades que están a la vista de todos los especialistas que visitan la iglesia. Pasan de 200 las figuras o cabezas completas del cuadro del juicio, y de 600 las figuras o cabezas indicadas: todas ellas distribuidas con arte, desahogo y gradación en un espacio de 140 m.²

La gran pintura del ábside

En el cuadro del juicio final los artistas, prescindiendo de la parte trágica, condenación de los réprobos, so-

lamente han querido representar el momento en que los predestinados, a la voz del Salvador que los bendice, se congregan en torno de él y comienzan a gozar de las dulzuras reservadas a los moradores de la ciudad eterna.

Visto de noche con iluminación artificial, mediante unos focos invisibles al ob-



El monumento iluminado en su inauguración

servador, el tal cuadro es de un efecto sorprendente; las figuras parecen dotadas de vida y que se salen del plano, el arco superior inmediato que le sirve de contorno parece de cristal, el fondo hace el efecto de una parte del cielo; del trono de la divinidad se desgarran torrentes de luz que se extienden sobre los diversos coros de bienaventurados, participantes ya de los destellos de la luz increada.

Viniendo a la descripción y disposición de las figuras, es fácil con el grabado a la vista formarse idea de la distribución general. Jesucristo, juez de vivos y muertos en el centro del cuadro, abre sus divinos brazos para recibir a los bienaventurados; a su derecha está la Santísima Virgen y San José, y luego un grupo de apóstoles, empezando por S. Juan y Santiago el menor, (el pariente próximo de Jesús, como se significa por semejanza de ambos rostros) y terminando por San Andrés de venerable semblante.

A la izquierda de Jesucristo se ve a San Juan Bautista y otro grupo de apóstoles; en primer término Santo Tomás en actitud de exclamar «Señor mío y Dios mío». Entre los demás se destaca San Pablo, que apoya sus manos en la espada. Detrás de ambos grupos se divisan las legiones angélicas que en incontable número se pierden a lo lejos. Esta es la parte superior del cuadro.

En la parte inferior aparece la innumerable multitud que vió San Juan, gente de todas las razas, de todas las lenguas y de todas las edades, que probados por la tribulación lavaron sus almas en la sangre del cordero. Figuras o cabezas completas se destacan unas ochenta a cada lado, pero detrás de las primeras se adivina y aun se ve en parte la multitud cuyos contornos se van esfumando hasta perderse de vista. Entre ambos grupos media un espacio aprovechado por los artistas para pintar en él un ángel, aquel cuya trompeta dió la señal para la resurrección, y que colocado ahora en medio de la multitud beatífica parece cobijarla con sus potentes alas, mientras la anima con su diestra a acercarse al trono de la divinidad, que se divisa en la altura. Es la figura más valiente del cuadro, y vista desde la entrada del templo parece desprendida del fondo pintado, para volar libre entre el cortejo de los santos o quedar fija en el aire sobre el tabernáculo.

En los rostros llenos de vida de los predestinados se reflejan los afectos sobrenaturales de aquel momento solemne. Unos como San Ignacio, Santo Tomás de Aquino, Santa Cecilia, se abisman en la contemplación de la divinidad; otros como San Carlos

Borromeo, San Francisco de Asís, expresan en la actitud su amor a Jesucristo al cual se sienten atraídos como a poderoso imán.

En torno de San Ignacio se congregan varios de sus primeros compañeros; detrás de San Javier están San Enrique y Santa Cunegunda, esposos, emperadores de Alemania; a su lado, delante aparecen los cuatro doctores de la iglesia latina; el traje del último, San Jerónimo, es de rojo vivo; los mantos de San Gregorio y San Agustín, ambos lujosísimos, son también de mucho detalle y gran mérito artístico. Más allá un grupo de monjas, atrae la mirada del curioso, y sus blancas tocas dan variedad y luz al conjunto; delante de ellas hay un grupo más oscuro de cuatro figuras de religiosos con sus hábitos; entre ellos se conoce enseguida a San Francisco de Asís. A la derecha del Santo resucita otro grupo de tres figuras, una de las cuales ofrece en su pierna desnuda un verdadero estudio de anatomía.

Al lado opuesto llama la atención la arrogante figura de Santa Cecilia, con la corona de martir, el rico manto y los collares de perlas; mas adelante, hacia el centro de las figuras de aquel lado, los artistas, dejando a un lado el boceto, retrataron según idea e inspiración propia al fundador del templo y Superior de la residencia. A su derecha está Santo Tomás de Aquino, cuya poderosa inteligencia recibe tesoros de sabiduría a la vista del Verbo y a su izquierda y algo debajo San Carlos Borromeo con traje de rojo vivo, que extiende los brazos hacia el Señor. Algo más allá San Alonso Rodríguez, venerable anciano, tiene el rosario en la mano; junto a él hay otros religiosos de la misma Orden, entre los que se reconoce a San Luis Gonzaga de roquete y arrodillado. A la derecha de éste, San Fernando rey de Castilla y León, con las manos juntas, la corona y el manto real, bordado con el escudo de sus reinos.

Los personajes históricos, casi todos santos canonizados, que han quedado pintados en la parte inferior del cuadro del ábside, son unos 50. Nada decimos de los 16 medallones en que se representan Santos y beatos jesuítas, ni de la decoración de las paredes. Cuando esto escribimos, aún no está terminada la decoración del altar del Santo Cristo, y solo se halla en boceto la del altar opuesto. A estos trabajos habrá que añadir en lo sucesivo el Viacrucis que irá pintado en el muro; solo entonces quedará completa la obra decorativa de este monumento, en que los hermanos Immenkamp han legado su fama a la posteridad.

LA FORMA EN UN TEMPLO CRISTIANO



UN GRAN templo no es el resultado de un silogismo. Cuanto más grande, más extenso, más magníficamente monumental, es también más ilógico. No hay modo de demostrar que aquellas formidables acumulaciones de materiales, que se llaman Santa Sofía de Constantinopla, o la catedral de Colonia o San Pedro del Vaticano son cosas ilógicas. ¡Y no hablemos de Karnak o de la gran pirámide! Lo lógico, lo estrictamente lógico en una construcción destinada a servir para usos religiosos, sería algo parecido a una basílica latina, cubierta con madera; unas paredes, unas filas de pilares o columnas y una buena cubierta. Es decir lo que llenaría suficiente y dignamente la necesidad, teniendo en cuenta el elevado fin de su uso.

Pero el espíritu de las multitudes pide algo más trascendental; en la edificación del templo intervienen otros factores de más alta significación y la lógica queda un poco en segundo término. La casa de Dios deja de ser una construcción vulgar y el fin eminentísimo que con ella se intenta hace que se aparte de lo corriente, de lo estrictamente humano; diríase que todos los que intervienen en la edificación del gran templo, abandonando todos los cálculos de la humana prudencia, son víctimas de un ataque de locura; y se adoptan, sin pensarlo mucho ni poco, las más extremadas tendencias estéticas y los más escabrosos y difíciles caminos constructivos.

No es extraño; este hecho tiene su lógica, tiene también su silogismo, con la diferencia de que esta lógica y estos silogismos son sobrehumanos; pertenecen a un sector de la actividad humana que no está ni estará nunca limitado. Sus límites no se perciben, porque allá donde deberían acabar, empieza el reino de lo infinito y de su bello ideal humano. Claro es que la clase de lógica que regula estos hechos tiene sus pies apoyados en el suelo, como también en el suelo tiene apoyados sus cimientos el monumento; pero es también una lógica que a medida que se eleva y se desarrolla, también se desvanece y acaba por perderse en los dilatadísimos espacios de la fantasía.

Y porque el sector de la actividad humana, que actúa en la edificación de la arquitectura religiosa monumental, pertenece a un campo sin límites visibles, en el cual la lógica poca cosa tiene que ligar y ordenar, por eso muchos de los factores de las formas propias de este arte monumental son de un género absolutamente irregular y a menudo contradictorio.

En efecto; el conflicto siempre vivo entre la *materia* que sirve para levantar el templo y la *forma* que se le ha de dar para que verdaderamente resulte un templo, es uno de los innumerables aspectos que presenta el conflicto entre la materia muerta y el espíritu que ha de vivificarla. Parece que en este sector de la batalla, el espíritu sería quien triunfara, y la materia quien se sujetara a la forma que se le quisiera dar, en vista del uso y de la función a la cual en el templo está destinada. Mas como aquí el terreno que pisamos vacila, y en este eterno conflicto arquitectónico no reina lo rigurosamente racional y lógico, nos encontramos con que el espíritu no es ya el señor absoluto e incondicional de la casa. El resultado de la lucha ha de ser una obra de arte, y por tanto una obra en la cual entran no los dos solos factores materia y espíritu, naturaleza y hombre, sino que entra también un tercero, y este es de procedencia y realidad infinitas. Esta excelsa intervención todo lo trastorna. Ante lo infinito todo vacila, nada vive por razón de su propio ser, y nos encontramos que las formas del monumento que han de tender a lo ideal, a lo infinito, son de materia y la materia manda en muchos, en casi todos los aspectos del conflicto que existe entre ella y el espíritu edificador de la obra.

En la obra monumental, gran parte del éxito, proviene de la mutua compenetración y buena armonía entre la dirección y fuerza del soplo espiritual que ha de vivificar la materia muerta y las condiciones y exigencias físicas de esta materia. Al fin y al cabo el templo es un hecho material; nada pues más justo que la voluntad humana se doble y acomode a lo que exige la materia en todo aquello que sea compatible con la dignidad de la obra que va a emprender. La interven-

ción del constructor del templo, no ha de ser una intervención inconsiderada y voluntariosa. No puede él servirse de los materiales al capricho de su voluntad.

Y en el arte monumental para lograr que las piedras canten, es necesario no olvidar que son piedras, y que han de conservar el oficio y la forma de tales. Por lo mismo que son piedras, porque tienen *masa* y *opacidad*, porque tienen *tenacidad* y *dureza*, el templo cristiano es tal cual es y fundamentalmente no será jamás otra cosa. Y porque son piedras, existen en él los fundamentos, los pilares y las bóvedas, cada cosa colocada en el lugar que le corresponde, ni más a la derecha ni más a la izquierda, ni más alta ni más baja, conservando cada una su forma y dimensiones propias, según el peso y la medida convenientemente estudiadas, teniendo en cuenta todas las tristísimas, miserabilísimas exigencias de la *masa* y del *peso* de donde derivan todos los difíciles problemas del equilibrio.

Y porque son piedras y opacas, existen en el templo todos los elementos que guardan y cierran (paredes y cubiertas) y se plantea entonces el problema materialísimo de la existencia de los altos ventanales y el consiguiente de una hermosa iluminación; problema que tardó siglos en ser resuelto satisfactoriamente, con ser este conflicto el campo de acción de luchas inacabables. Y porque son piedras, por que tienen dureza y tenacidad, es menester trabajarlas con un número infinito de martillazos, para darlas aquellas formas que su *masa*, su *opacidad* y su *tenacidad* exigen imperiosamente, planteándose aquí toda la inmensa cantidad de problemas de construcción y molduraje de una complejidad materialista espantable.

Y cuando el espíritu constructivo, luchando un siglo tras otro contra todas las ruines exigencias de la materia, y después de hacer pasar todas y cada una de las piedras por ese alambicado y tortuoso camino (en que el *peso*, la *opacidad*, la *dureza* y la *tenacidad* estorban y detienen), logra colocarlas en obra de modo que todos los siglos posteriores aprecien su colocación estética y ordenada, sin que puedan cambiar de situación, ni de medida ni de forma, dejando creado un estilo, podemos bien creer que la humanidad ha ganado una ruda y áspera batalla.

Por todo lo dicho creo que se puede afirmar que en el arte monumental religioso cristiano la forma es generalmente hija y consecuencia de la materia. En esto es también diferente la arquitectura cristiana de las arquitecturas que la han precedido. En ellas

la forma era generalmente concebida prescindiendo de las exigencias de la materia.

No hay necesidad de referirnos a las arquitecturas antiguas del extremo oriente en las que se crearon incluso las formas más fantásticas, pero en el antiguo Egipto y en la Grecia clásica, también las formas se resintieron mucho de la falta de sumisión a las leyes físicas a las cuales está sujeta la materia. Opinión es de toda la literatura arquitectónica, que la forma del templo griego es una forma de piedra, imitando una construcción de madera. Esta afirmación no es otra cosa que la voz del sentido común, proclamando que el arte monumental griego está fundamentado en este falso principio de la superioridad de la forma prescindiendo de las exigencias de la materia.

Y ¡observación llena de enseñanzas! toda la supervivencia del genio arquitectural griego, fundado todo él en el falso principio de que la forma es sustancial al arte arquitectónico y la materia no es sino su sirvienta, vino a convertirse merced a la corriente de los siglos en un tema simplemente ornamentado, tema puramente de forma, adherido a las inmensas construcciones romanas y del renacimiento. Y todo aquel aparato compuesto de basamentos, columnas, dinteles y cornisas, precisamente por razón de su aparato simplemente ornamental, en el que la forma lo era casi todo y la materia no era casi nada, el sentido común de las generaciones, que perdura a través de los tiempos, acabó por aplicarlo a usos puramente ornamentales en los cuales la forma lo es casi todo y la materia poca cosa significa.

El genio cristiano, al considerar y reservar a la materia todos sus derechos y privilegios, limitando la acción de la voluntad del artista a lo lícito o a lo que no contradice a la naturaleza misma de la piedra empleada, se ha colocado en el justo medio, llegando a alturas inconmensurablemente mayores que las de las civilizaciones egipcias y griegas. ¡Se habla con amorosa fruición de las suavísimas perfecciones del templo dedicado a Minerva, situado en la acrópolis de Atenas, y todos los tratadistas de estética arquitectónica agotan los más encomiásticos adjetivos para alabarle. Y a pesar de todo sus perfecciones fundamentales y genéricas, son insignificantes, comparadas con la más humilde de las iglesias románicas y góticas, perdida en un arrinconado valle de los Pirineos.

Y el trabajo de dar forma al monumento cristiano ha sido ejecutado con tanta constancia y bajo la influencia y guía de un ideal

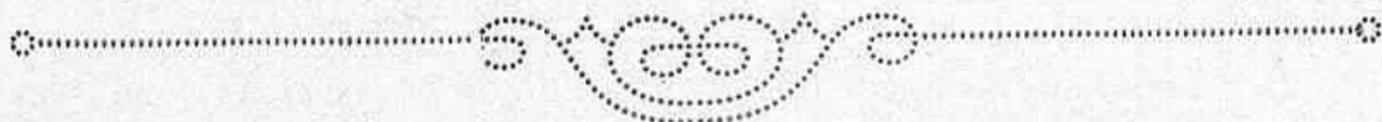


D. Juan Rubió y Bellver, arquitecto de la iglesia

tan iluminador, que ha logrado hacer verdaderas maravillas. Porque cuando se considera una inmensa catedral gótica, compuesta de un incontable número de piedras y se reflexiona que se ha podido lograr el éxito estético, orgánico, mecánico y constructivo que ella representa, sin que ni una sola de las innumerables piedras que la integran esté colocada fuera de su sitio o de un modo poco conforme con las exigencias de su naturaleza física; y que si no existieran causas externas a la existencia del monumento, que poco a poco le van destruyendo,

esas piedras estarían allí satisfactoriamente hasta el fin de los siglos, se maravilla uno de que haya sido posible llegar a resolver un problema de tanta complejidad, y resolverlo con un resultado dignísimo y hermosísimo, lleno de una gloria y majestad que es la admiración de todas las generaciones que en la catedral van entrando, para asistir a los divinos oficios; donde estos se celebran como en su lugar propio, donde mora la majestad de Dios como en rico palacio y el pueblo cristiano como en su misma casa.

Juan Rubió y Bellver
Arquitecto.





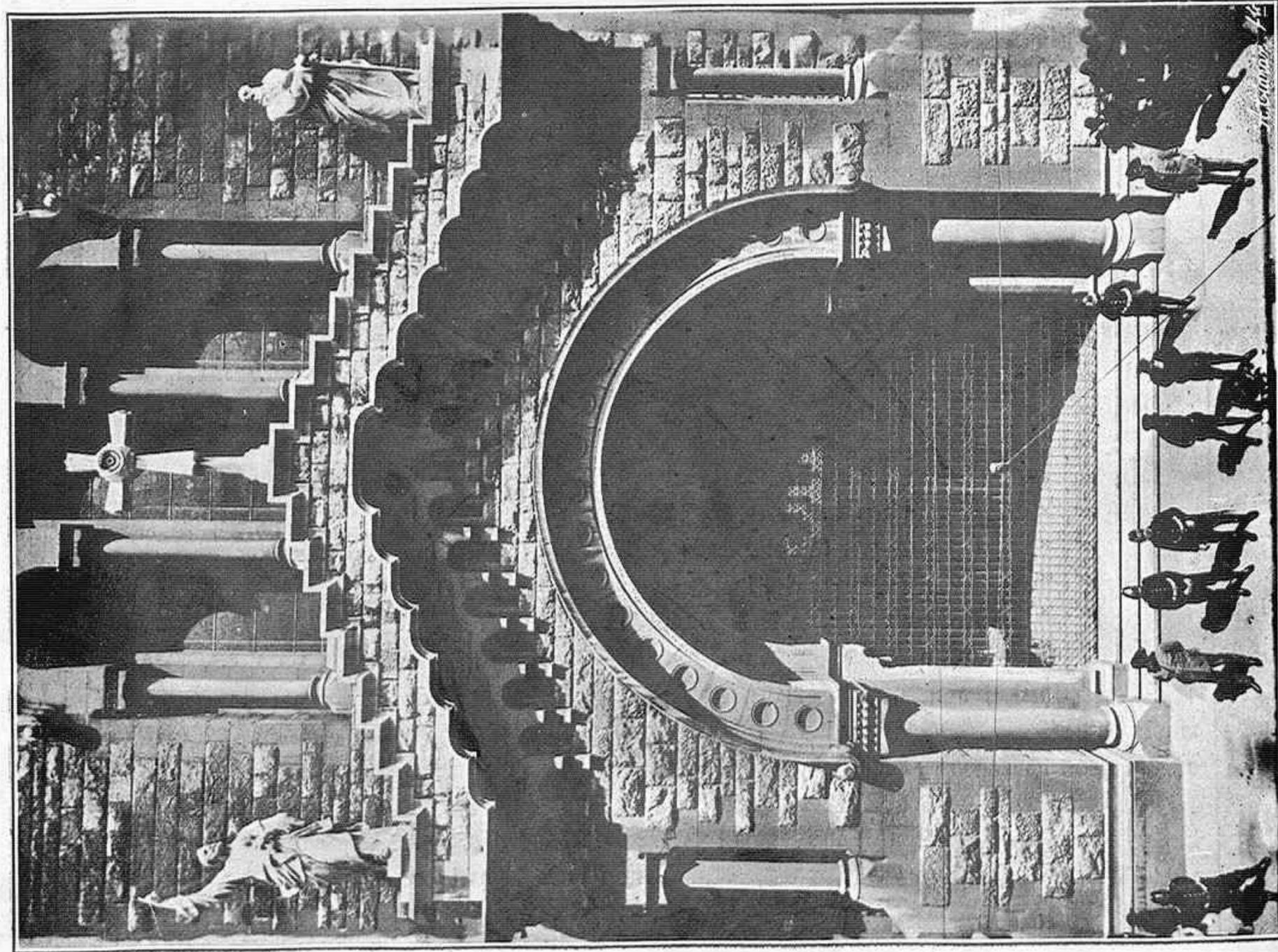
(Fot. Peinado)

Dimensiones de la iglesia. Las del solar ocupado por la iglesia son, según datos suministrados por el maestro de obras, D. Claudio Alsina:

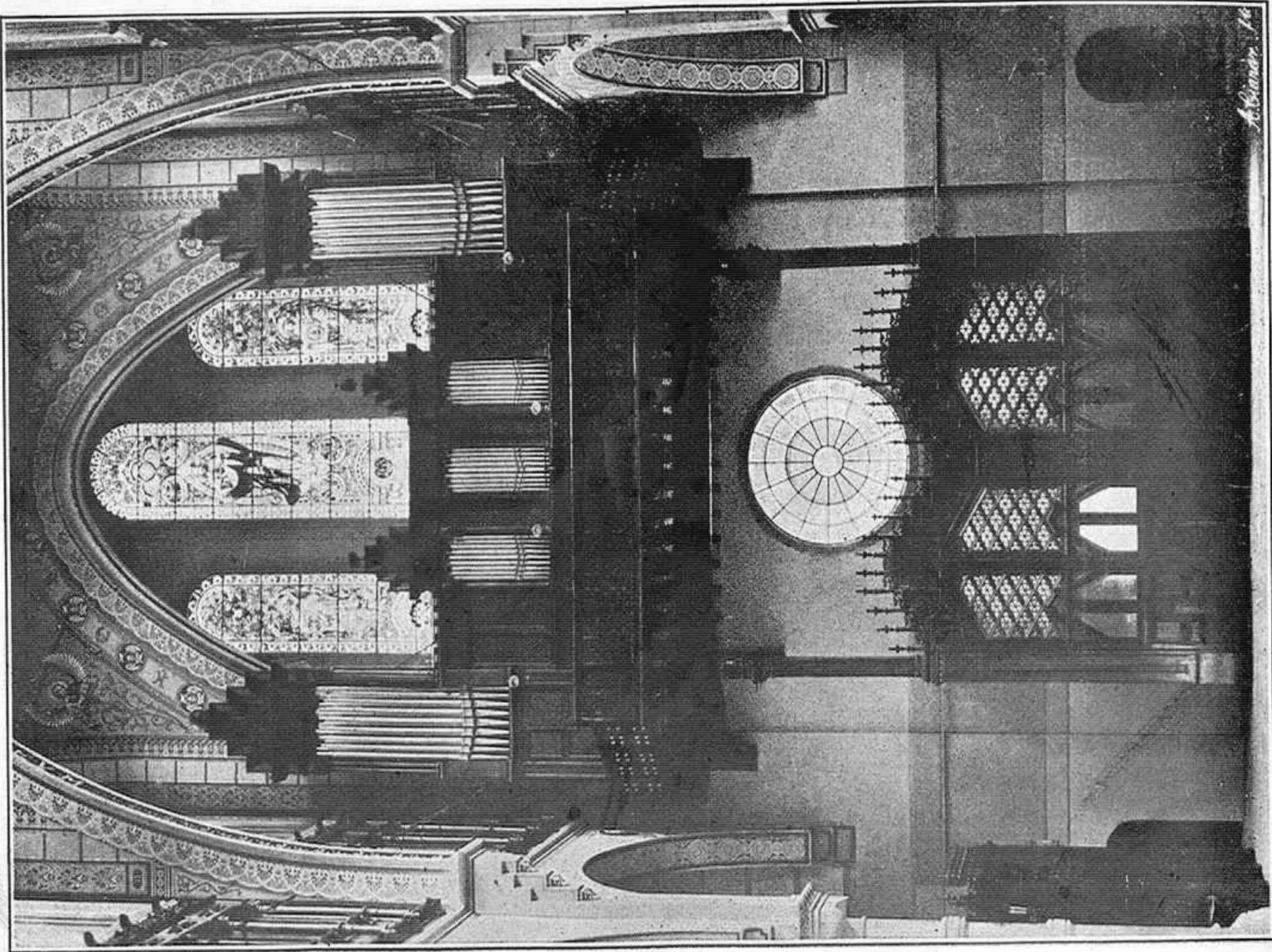
Largura por la calle de Begoña	=	45,90 metros
» por la del Instituto	=	45,60 »
Anchura tomada en la fachada	=	17,45 »
» junto a la residencia	=	16,55 »

Siendo de 0,75 centímetros el grosor de las paredes del templo, su anchura interior media es de unos 15,15 metros y 41,50 la longitud, incluyendo el presbiterio y trasaltar, que suman unos 15 metros y excluyendo el pórtico de entrada que tiene unos 4 metros de fondo.

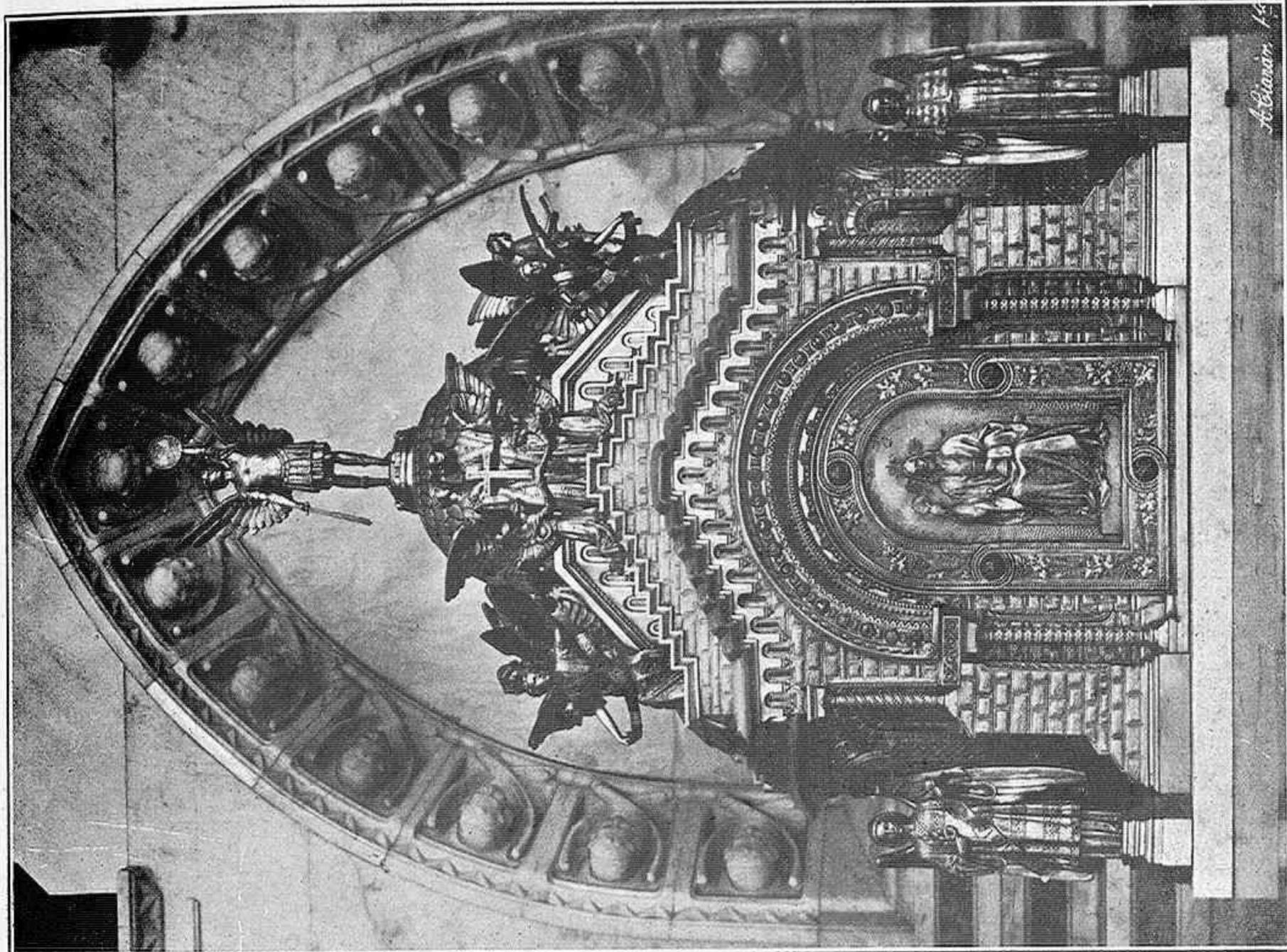
Las tribunas corridas sobre los arcos laterales bajos, reminiscencias del triforio, se hallan a la mitad de altura de la iglesia, que tiene 27 metros desde el pavimento hasta lo más alto del intradós de las bóvedas; éstas tienen 11×10 metros.



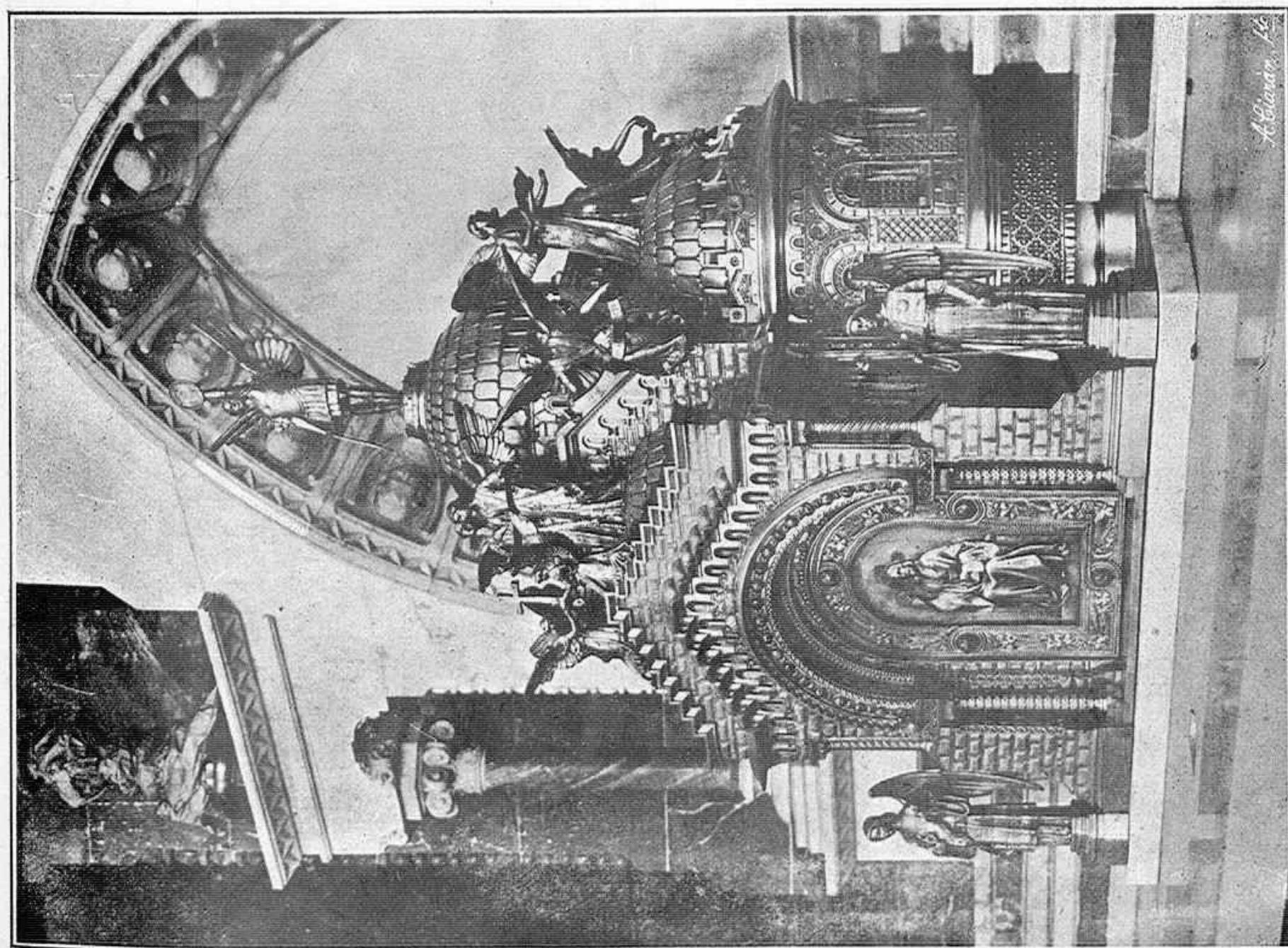
Monumental arco de entrada y cortina plegable de hierro (Fot. Peinado)



Puerta de entrada y órgano (Fot. Peinado)



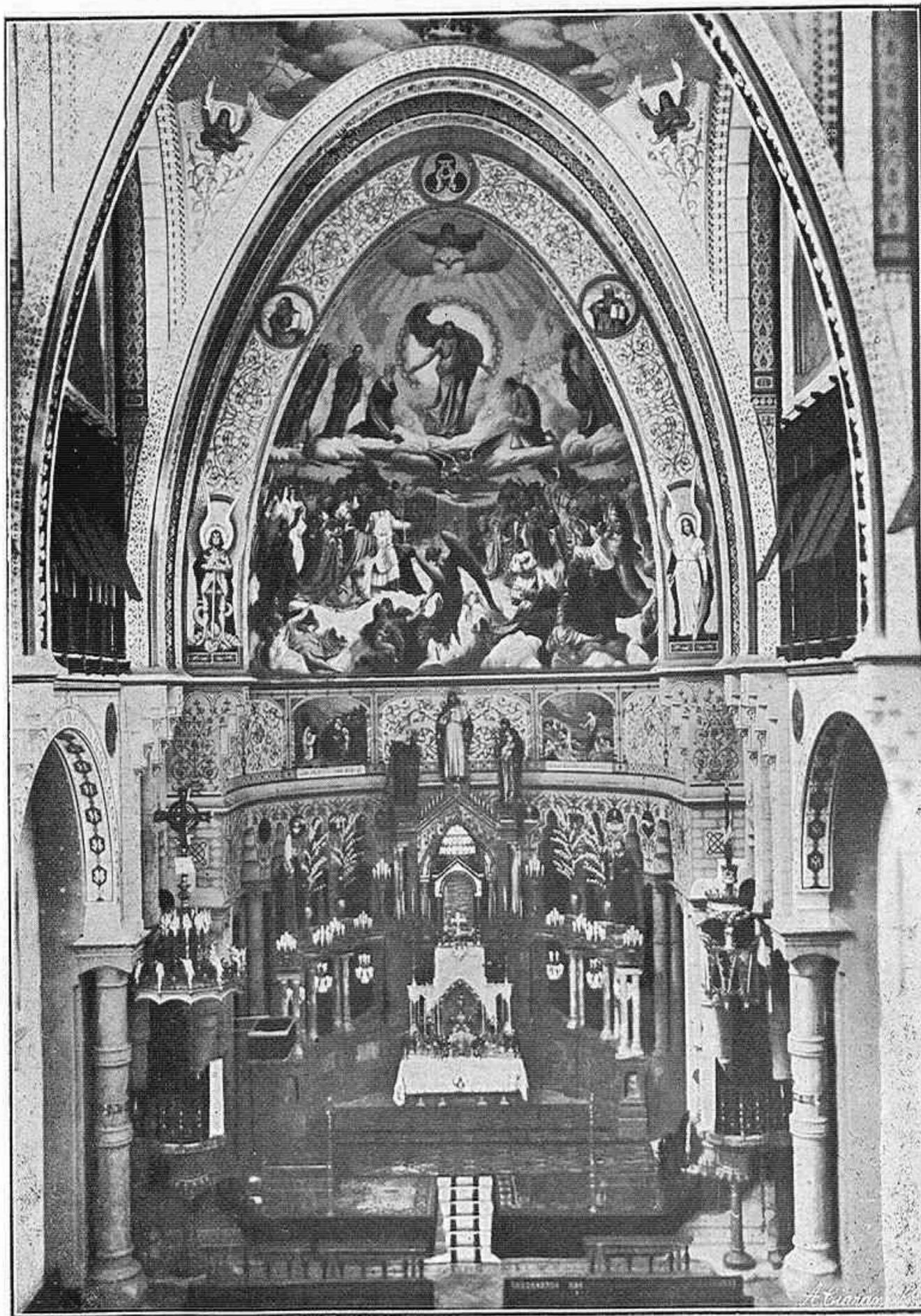
Artístico y monumental sagrario de plata y maderas preciosas (Fot. Peinado)



El sagrario visto de costado (Fot. Peinado)

A. Giarán, f.º

A. Giarán, f.º



Portada inferior La misma del interior

(Fot. Peinado)

Interior de la iglesia. Es de una sola nave con cuatro bóvedas, mas el casquete absidal, sostenido por 10 columnas pareadas, detrás de las cuales corre la girola. Los arcos transversales son de forma oval, y de medio punto los arcos formeros altos y bajos; sobre estos a ambos lados van las tribunas.



Vista del interior Gran cuadro del ábside (Fot. Peinado)

El triunfo de los justos. Gran cuadro al óleo de los hermanos Immenkamp. En el friso que corre bajo el cuadro se ven dos preciosos frescos; la profecía de Ezequiel y la resurrección de Lázaro. Más abajo aparece la arcada del trasaltar, decorada con los símbolos de los sacramentos.



Detalle del juicio final Lado izquierdo

(Fot. Peinado)

- 1 San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.
- 2 San Francisco de Borja, duque de Gandia.
- 3 Beato Pedro Canisio, apóstol de Alemania.
- 4 San Francisco Javier.
- 5 San Lorenzo, diácono y mártir.
- 6 San Enrique, emperador de Alemania.
- 7 San Gregorio el Grande, papa y doctor de la Iglesia.
- 8 San Ambrosio, obispo de Milán, doctor de la Iglesia.
- 9 San Agustín, obispo de Hipona, doctor de la Iglesia.
- 10 San Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia.
- 11 Santa Catalina de Sena.
- 12 Santa Teresa de Jesús.



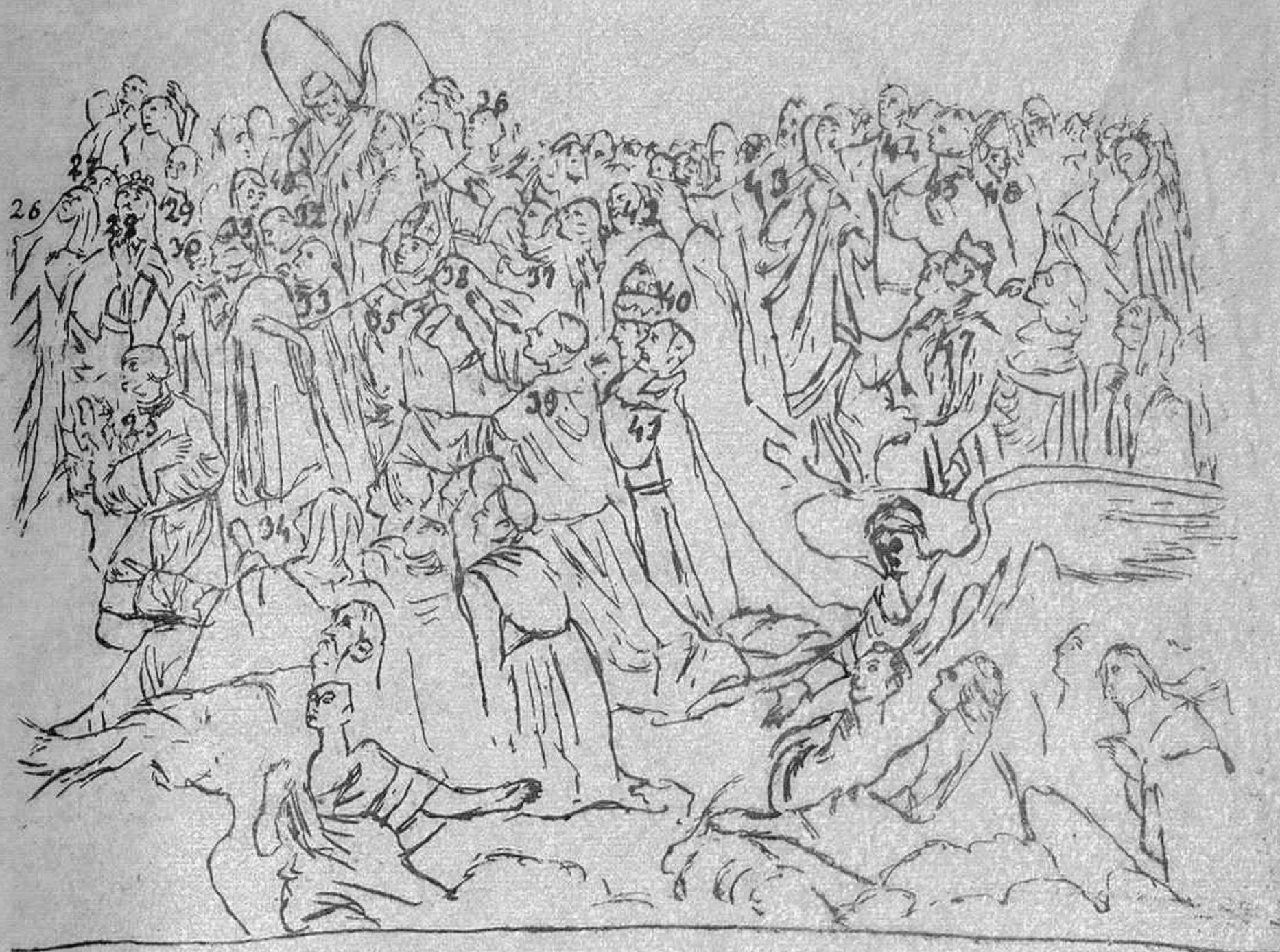
- 13 Santa Rosa de Lima.
- 14 Santa Isabel, hija del rey de Hungría.
- 15 Santa Margarita, Maris de Alacoune.
- 16 San Bonifacio, obispo, mártir y apóstol de Alemania.
- 17 San Benito, abad, patriarca de los monjes de oriente.
- 18 San Francisco de Asís, fundador de la Orden seráfica.
- 19 San Antonio de Pádua, religioso de la Orden seráfica.
- 20 San Estanislao de Kostka, patrono de la juventud.
- 21 Beato Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio.
- 22 San Juan Francisco de Regis, de la Compañía de Jesús.
- 23 Cristóbal Colón.
- 24 Santa Cnsegunda, esposa de San Enrique emperador.

- 1 San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.
- 2 San Francisco de Borja, duque de Gandía.
- 3 Beato Pedro Canisio, apóstol de Alemania.
- 4 San Francisco Javier.
- 5 San Lorenzo, diácono y mártir.
- 6 San Enrique, emperador de Alemania.
- 7 San Gregorio el Grande, papa y doctor de la Iglesia.
- 8 San Ambrosio, obispo de Milán, doctor de la Iglesia.
- 9 San Agustín, obispo de Hipona, doctor de la Iglesia.
- 10 San Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia.
- 11 Santa Catalina de Sena.
- 12 Santa Teresa de Jesús.



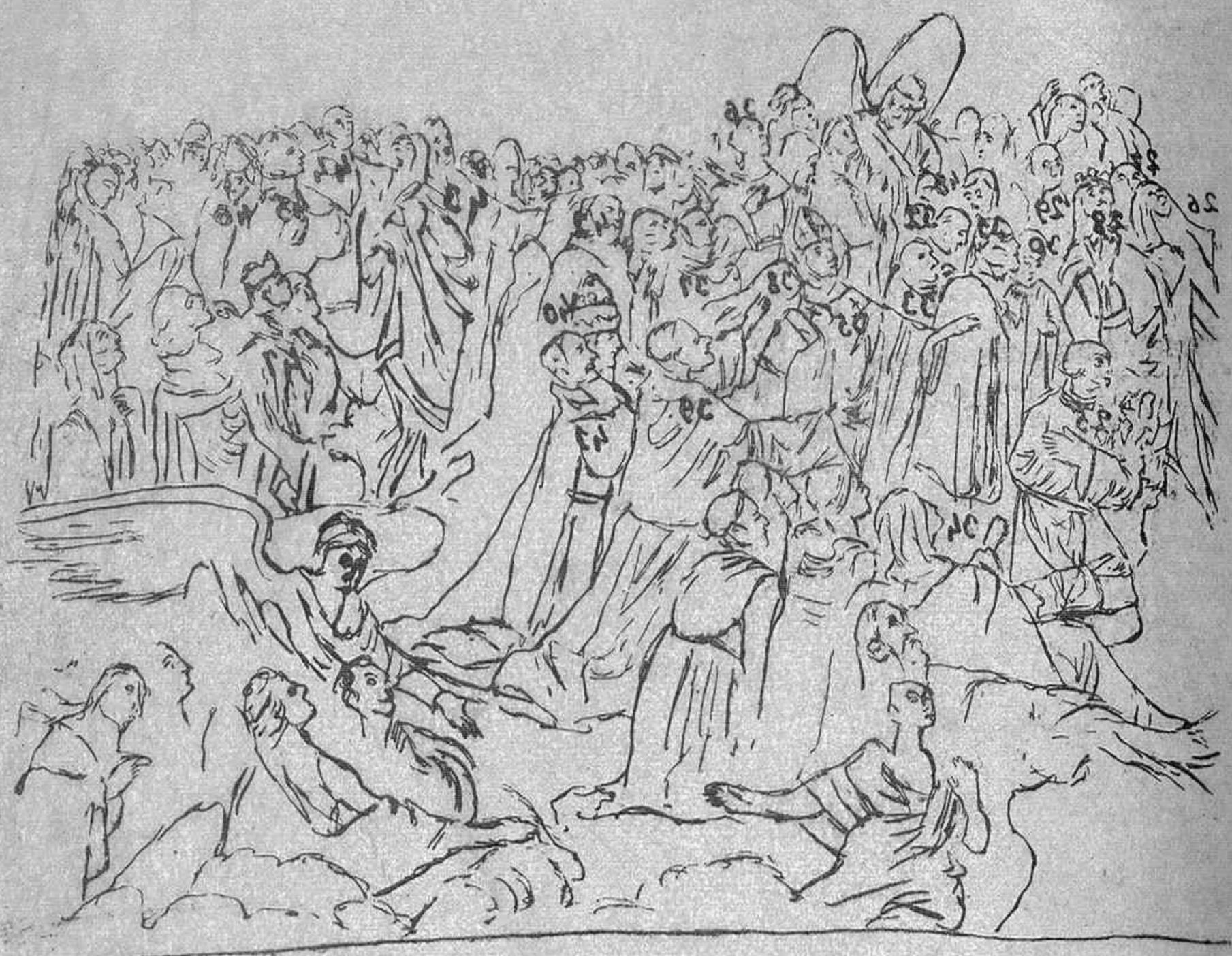
- 13 Santa Rosa de Lima.
- 14 Santa Isabel, hija del rey de Hungría.
- 15 Santa Margarita, María de Alacoque.
- 16 San Bonifacio, obispo, mártir y apóstol de Alemania.
- 17 San Benito, abad, patriarca de los monjes de oriente.
- 18 San Francisco de Asís, fundador de la Orden seráfica.
- 19 San Antonio de Pádua, religioso de la Orden seráfica.
- 20 San Estanislao de Kostka, patrono de la juventud.
- 21 Beato Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio.
- 22 San Juan Francisco de Regis, de la Compañía de Jesús.
- 23 Cristóbal Colón.
- 24 Santa Cunegunda, esposa de San Enrique emperador.

- 25 San Luis Gonzaga, patrono de la juventud.
- 26 Santa Bárbara, virgen y mártir.
- 27 San Vicente de Paul, confesor y fundador.
- 28 San Fernando, rey de Castilla y León.
- 29 San Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia.
- 30 San Francisco de Jerónimo, de la Compañía de Jesús.
- 31 San Alonso Rodríguez, Hermano de la Compañía de Jesús.
- 32 San Juan Berchmans, patrono de la juventud.
- 33 San Pedro Claver, apóstol de los negros.
- 34 Santa Elena, madre del emperador Constantino.
- 35 San Alfonso María de Ligorio, obispo, doctor y fundador.
- 36 Santo Tomás de Aquino, ángel de las escuelas católicas.

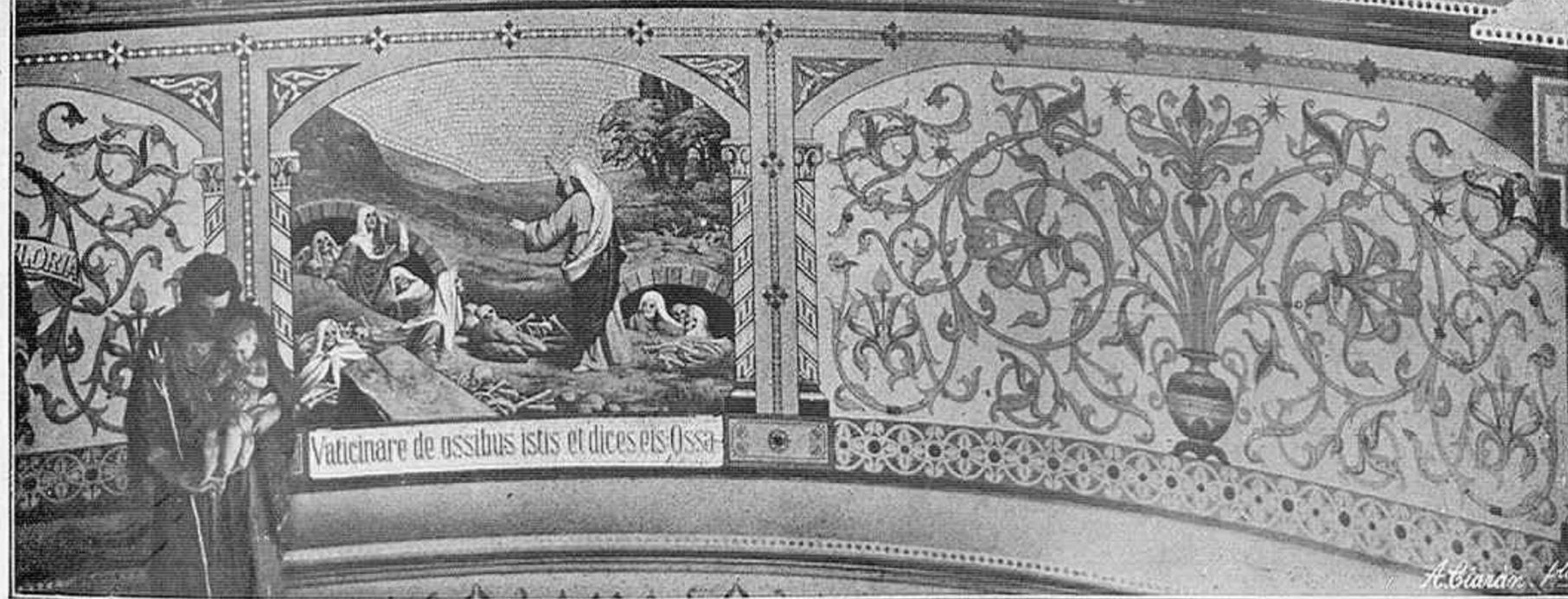
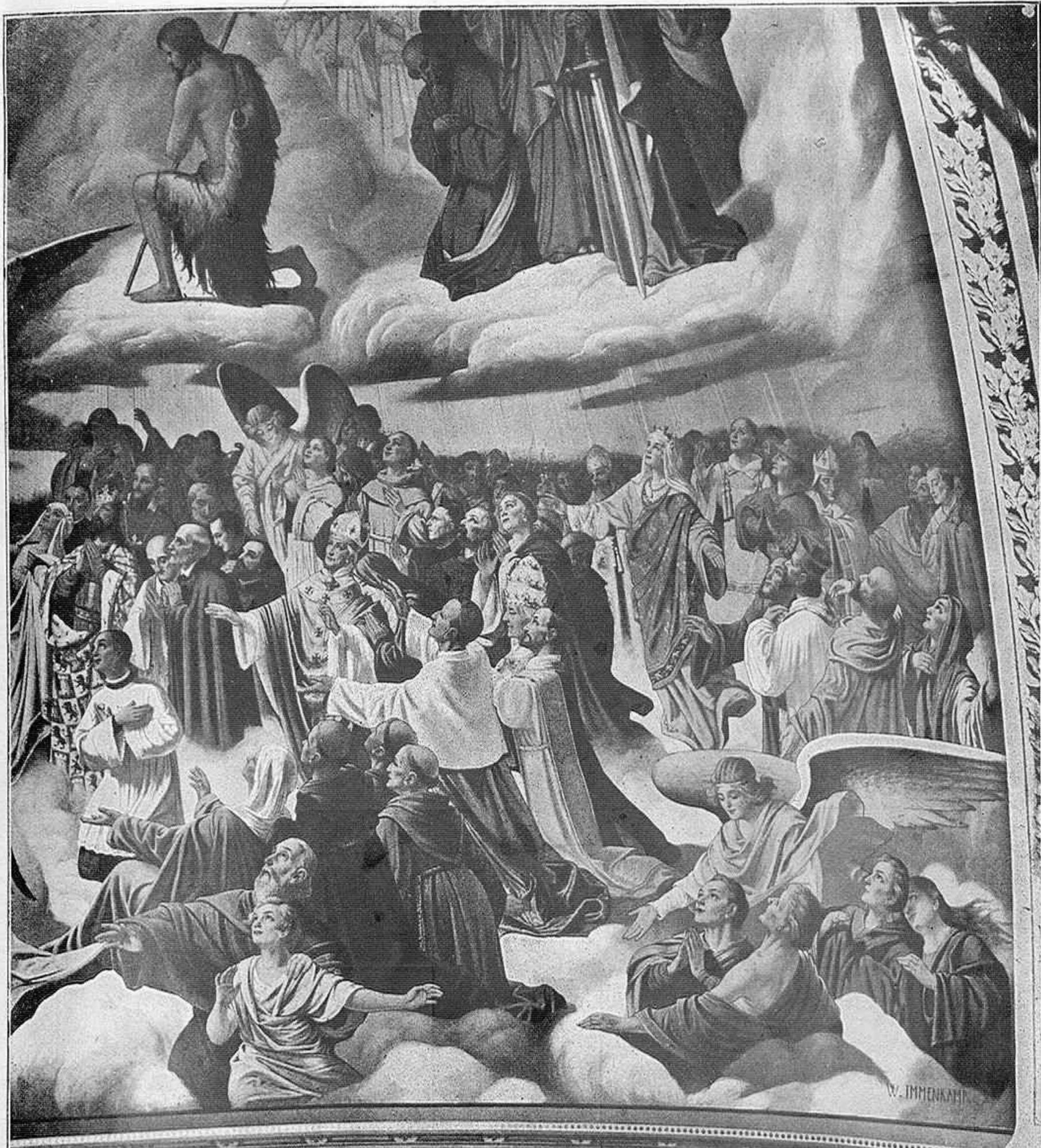


- 37 Retrato del fundador del templo.
- 38 Santa Gertrudis, religiosa benedictina de Sajonia.
- 39 San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán.
- 40 San León el Grande, papa y doctor de la Iglesia.
- 41 Beato Marcos Crisino, mártir, canónigo de Estrigonia.
- 42 Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden dominicana.
- 43 Santa Cecilia, virgen y mártir.
- 44 San Esteban, primer mártir de la Iglesia.
- 45 San Roberto, patrono de los cazadores.
- 46 San Germán, obispo de París.
- 47 San Juan Nepomuceno, mártir del sigilo sacramental.
- 48 Beato Andrés Bobola, apóstol y mártir de Lituania.

36 Santo Tomás de Aquino, ángel de las escuelas católicas.
 35 San Alonso María de Liguori, obispo, doctor y fundador.
 34 Santa Elena, madre del emperador Constantino.
 33 San Pedro Claver, apóstol de los negros.
 32 San Juan Berchmans, patrono de la juventud.
 31 San Alonso Rodríguez, Hermano de la Compañía de Jesús.
 30 San Francisco de Jerónimo, de la Compañía de Jesús.
 29 San Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia.
 28 San Fernando, rey de Castilla y León.
 27 San Vicente de Paul, confesor y fundador.
 26 Santa Bárbara, virgen y mártir.
 25 San Luis Gonzaga, patrono de la juventud.

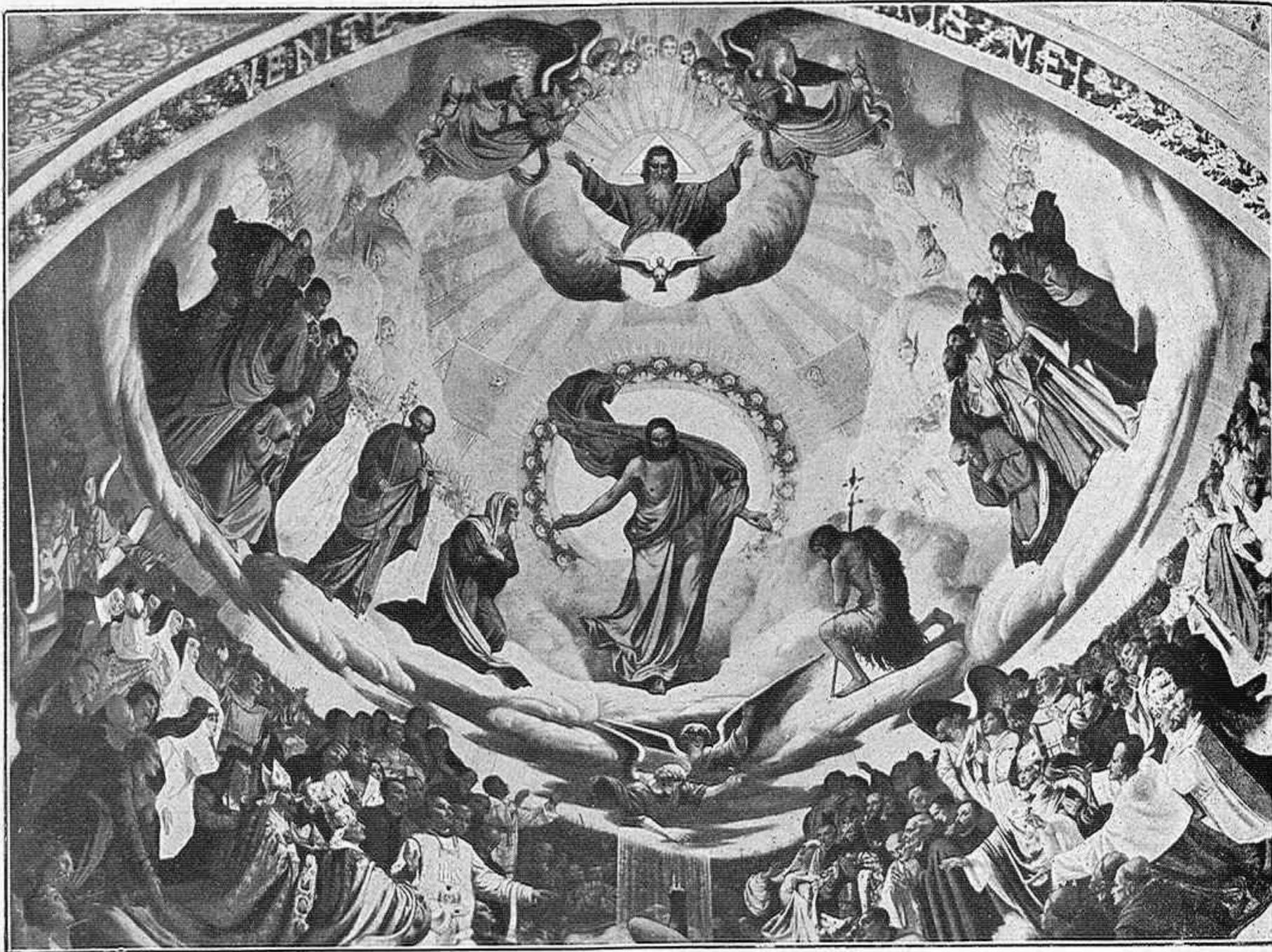


48 Beato Andrés Bóbola, apóstol y mártir de Lituania.
 47 San Juan Nepomuceno, mártir del siglo sacramental.
 46 San Germán, obispo de Paris.
 45 San Roberto, patrono de los cazadores.
 44 San Esteban, primer mártir de la Iglesia.
 43 Santa Cecilia, virgen y mártir.
 42 Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden dominicana.
 41 Beato Marcos Crisino, mártir, canónigo de Patriconia.
 40 San León el Grande, papa y doctor de la Iglesia.
 39 San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán.
 38 Santa Gertrudis, religiosa benedictina de Sajonia.
 37 Retrato del fundador del templo.



Detalle del juicio final Lado derecho

(Fot. Pelnado)

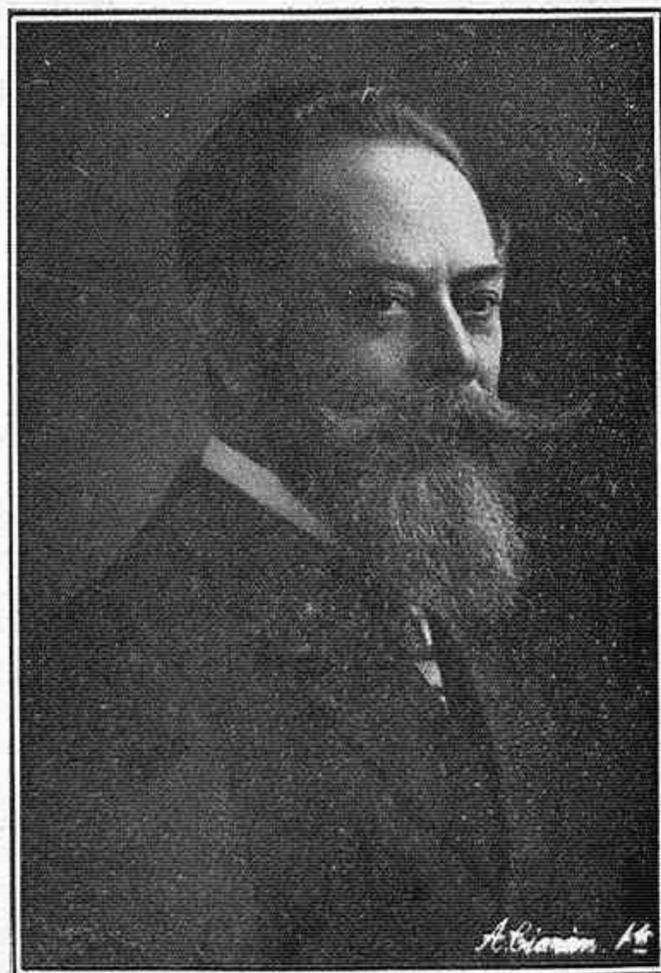


Detalle superior del gran cuadro "Triunfo de los justos"

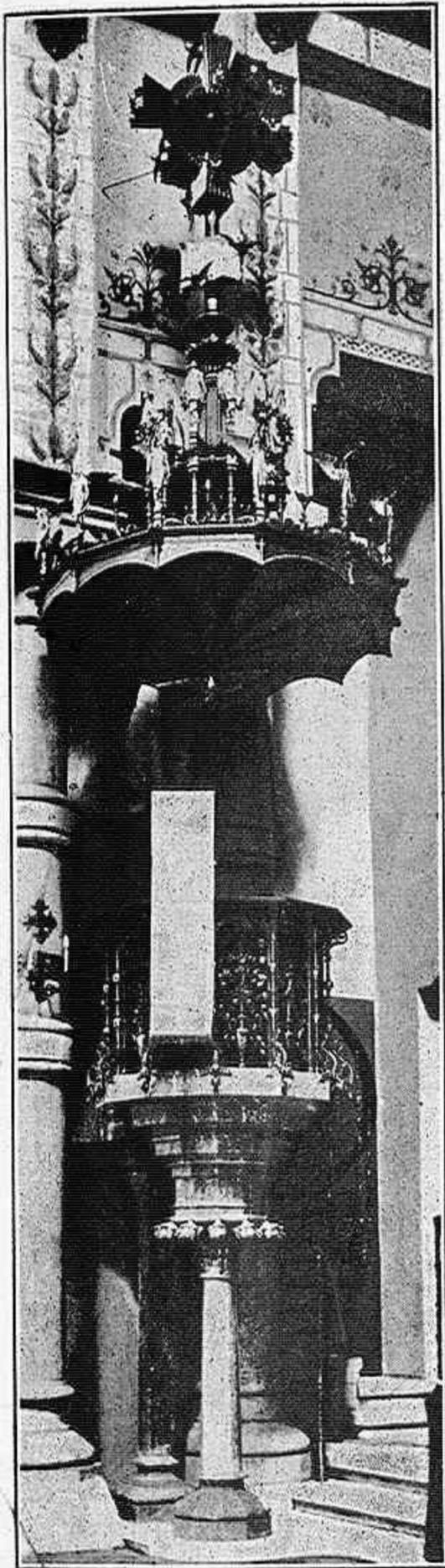
(Fot. Peinado)



D. Enrique Immenkamp

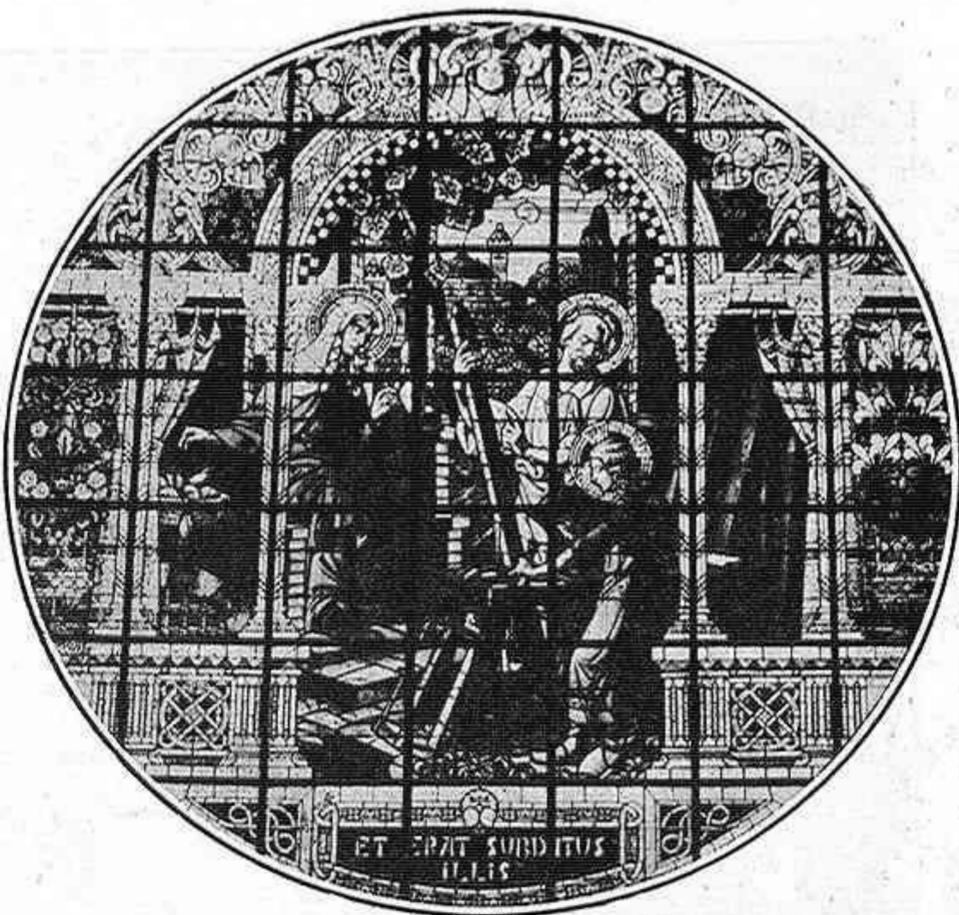


D. Guillermo Immenkamp

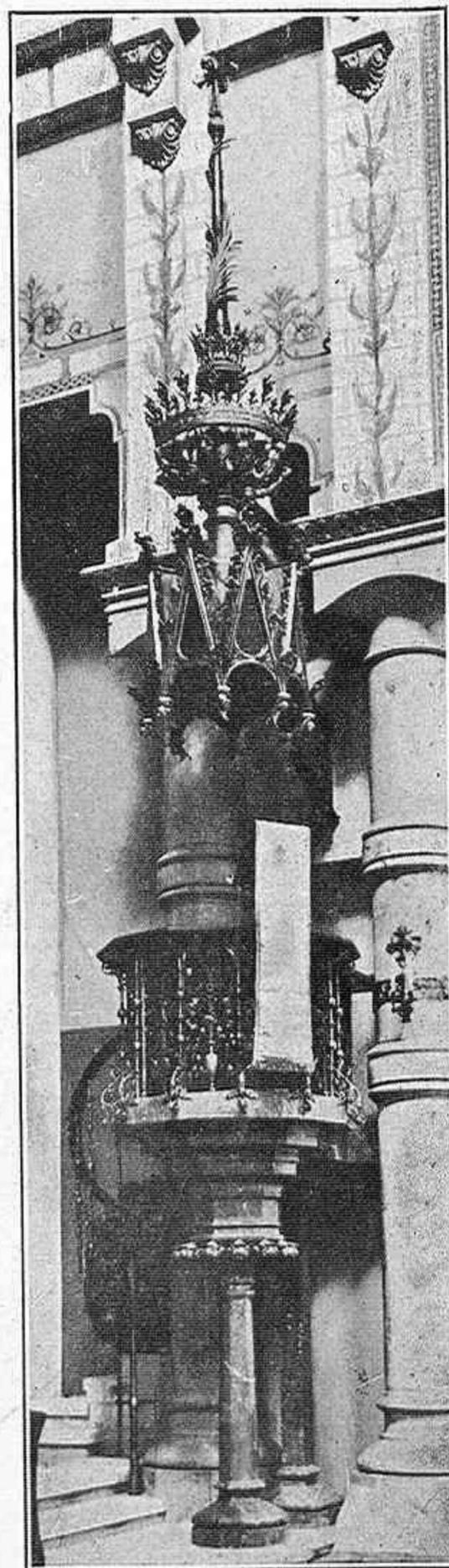


Púlpito lado del evangelio

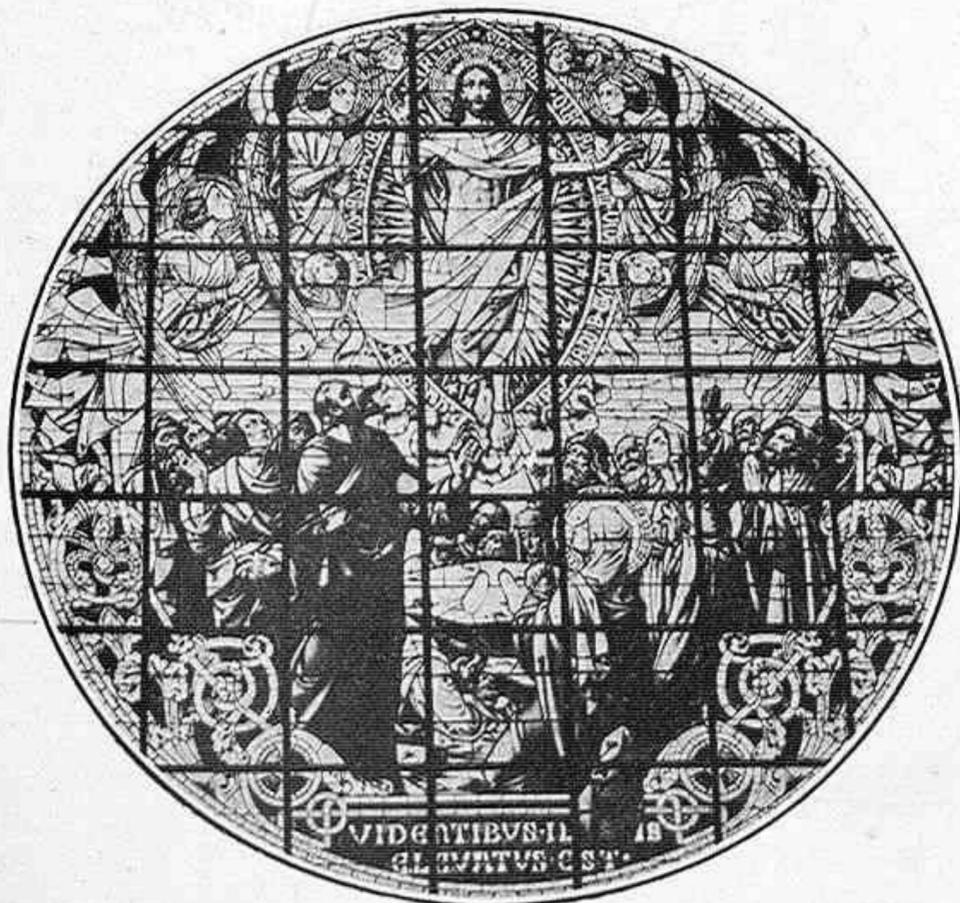
Segunda vidriera Taller de Nazaret



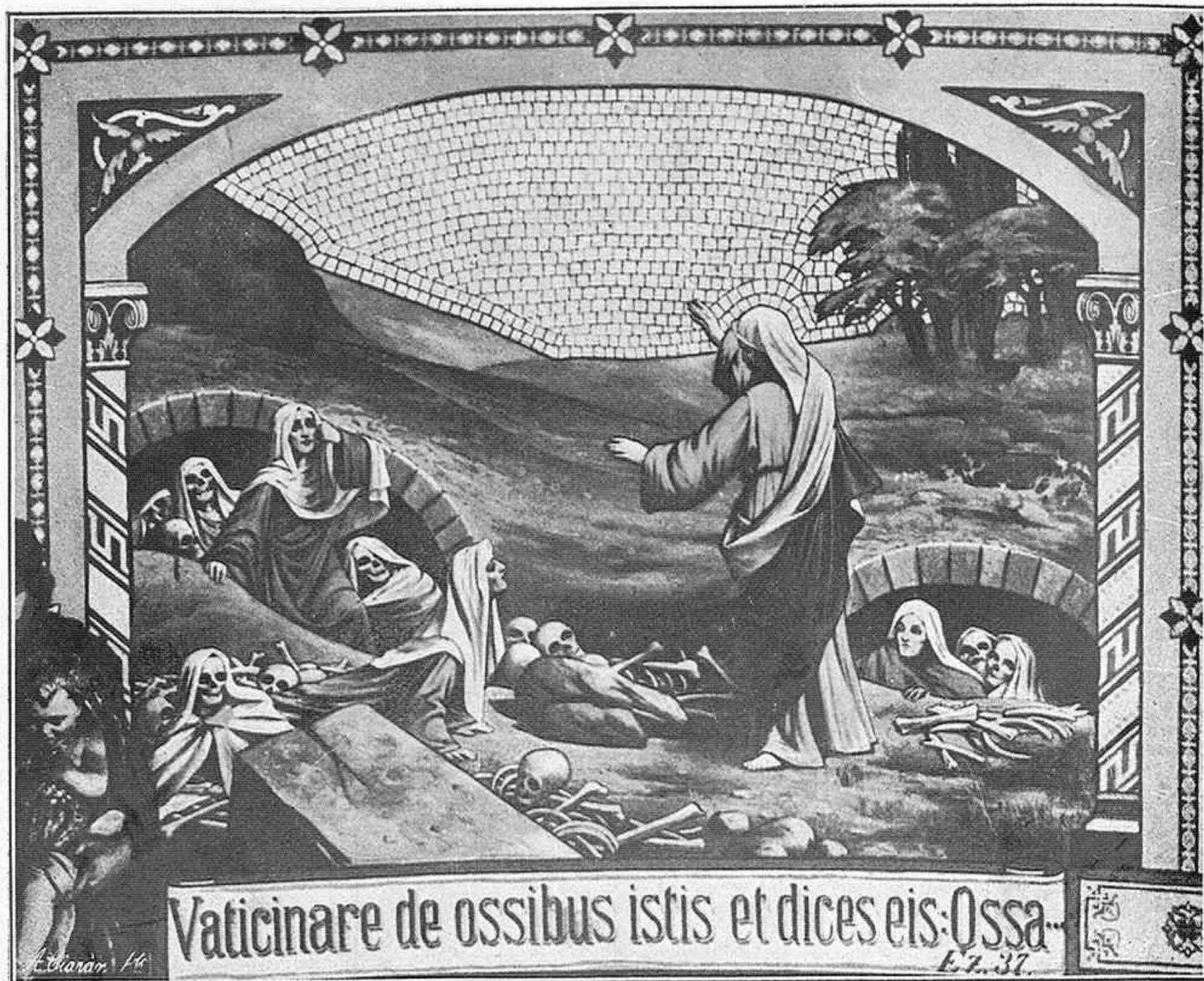
(Fot. Peinado)



Púlpito lado de la epístola



Octava vidriera La Ascensión



Detalle del juicio final Visión de Ezequiel

(Fot. Peinado)



Primera vidriera Adoración de los magos (Fot. Peinado)



Detalle del juicio final — Resurrección de Lázaro

(Fot. Peinado)



Tercera vidriera — El bautismo (Fot. Peinado)



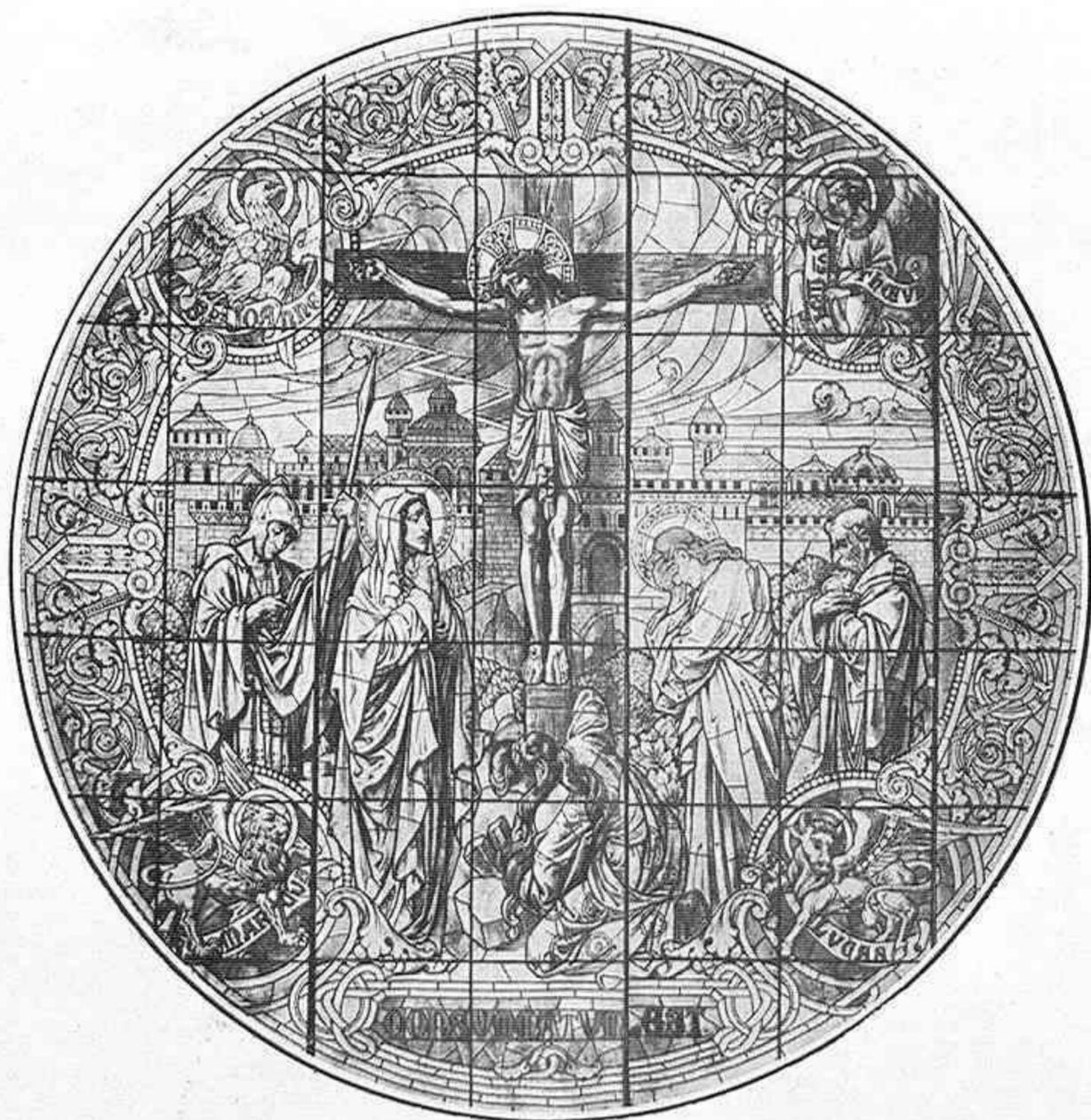
Cuarta vidriera Las bienaventuranzas (Fot. Peinado)



Quinta vidriera Sagrada Eucaristia (Fot. Peinado)



Sexta vidriera Oración del huerto (Fot. Peinado)

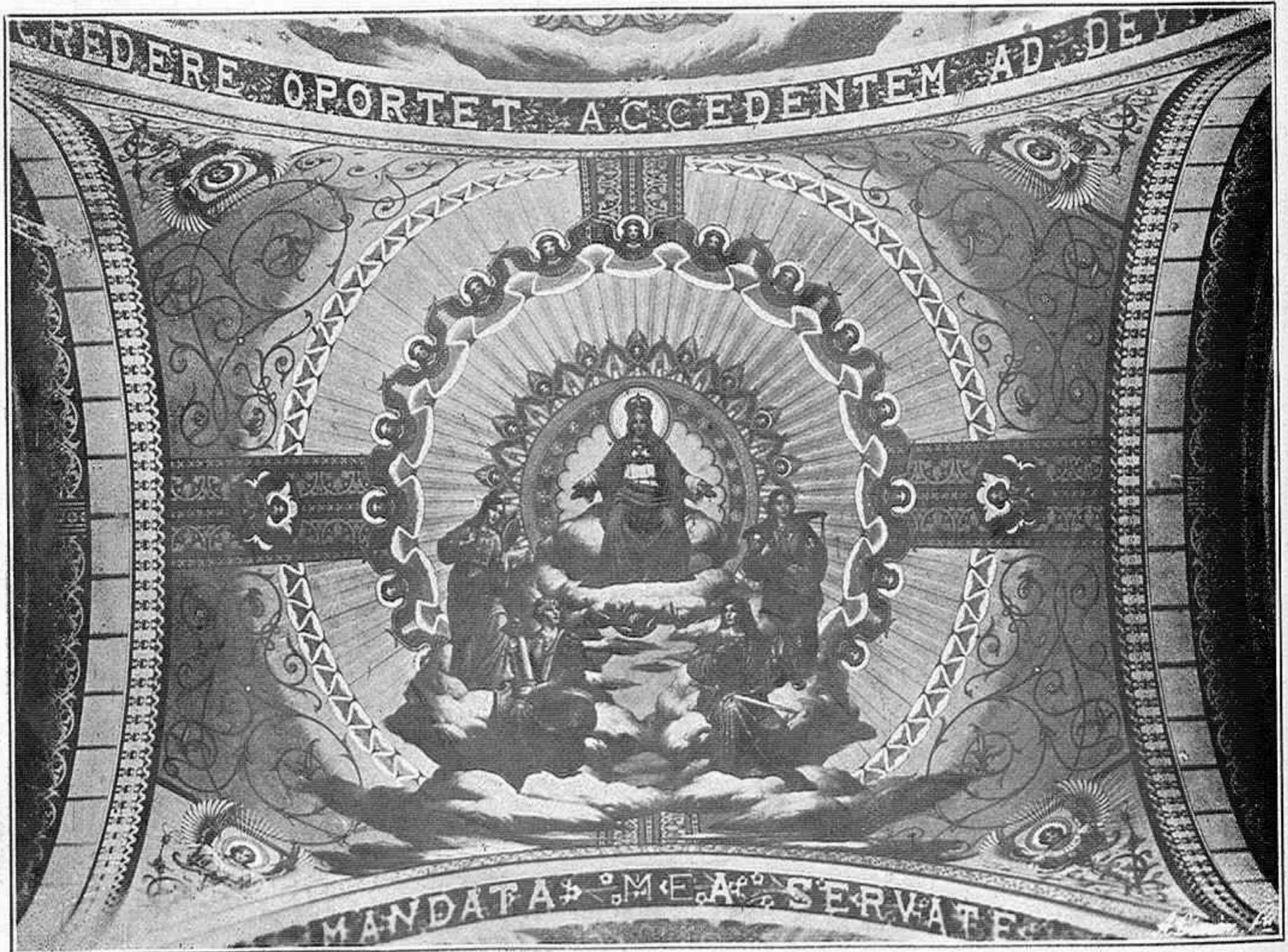


Sétima vidriera Crucifixión (Fot. Peinado)



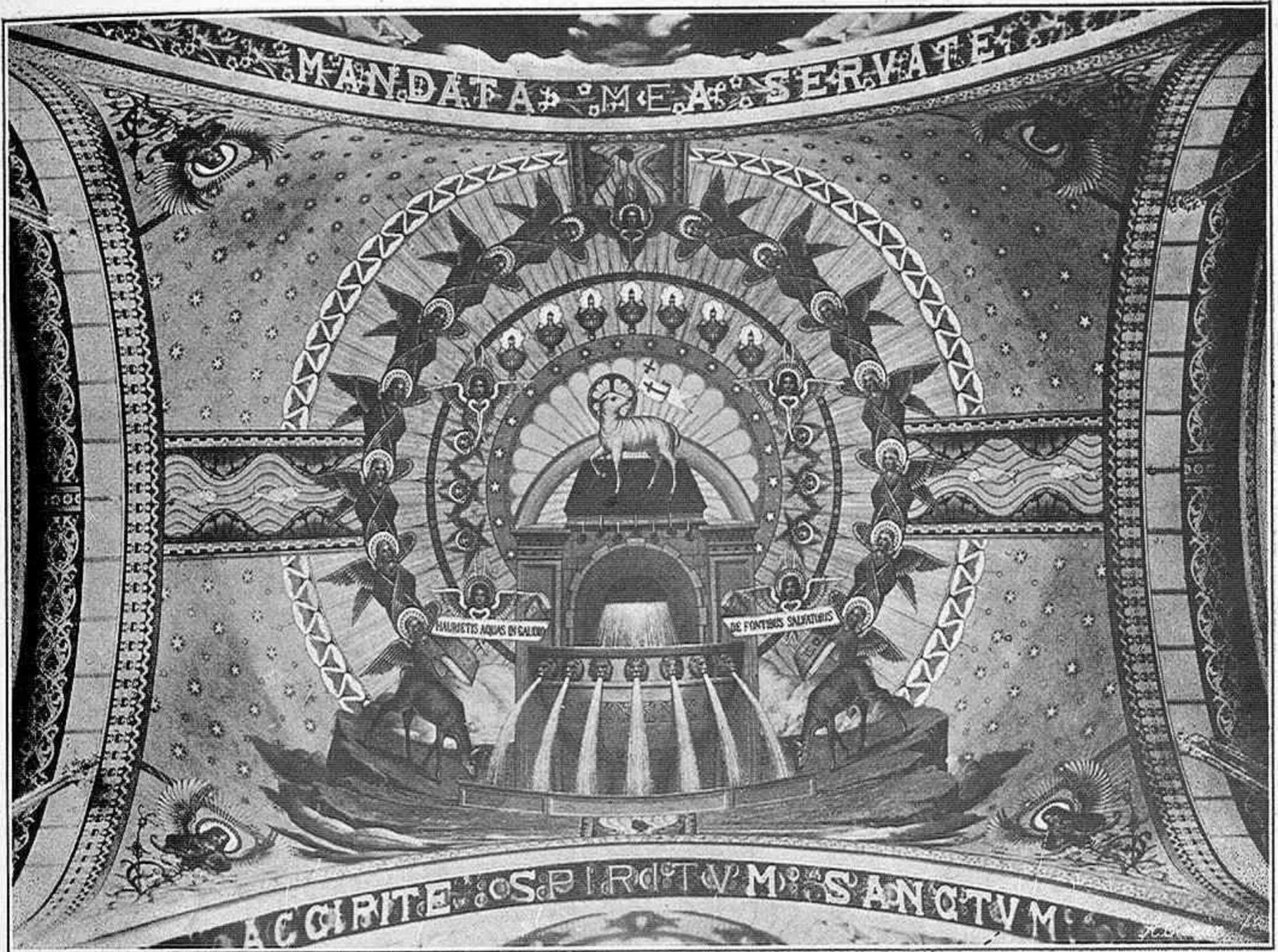
Primera bóveda La Fe

(Fot. Peinado)



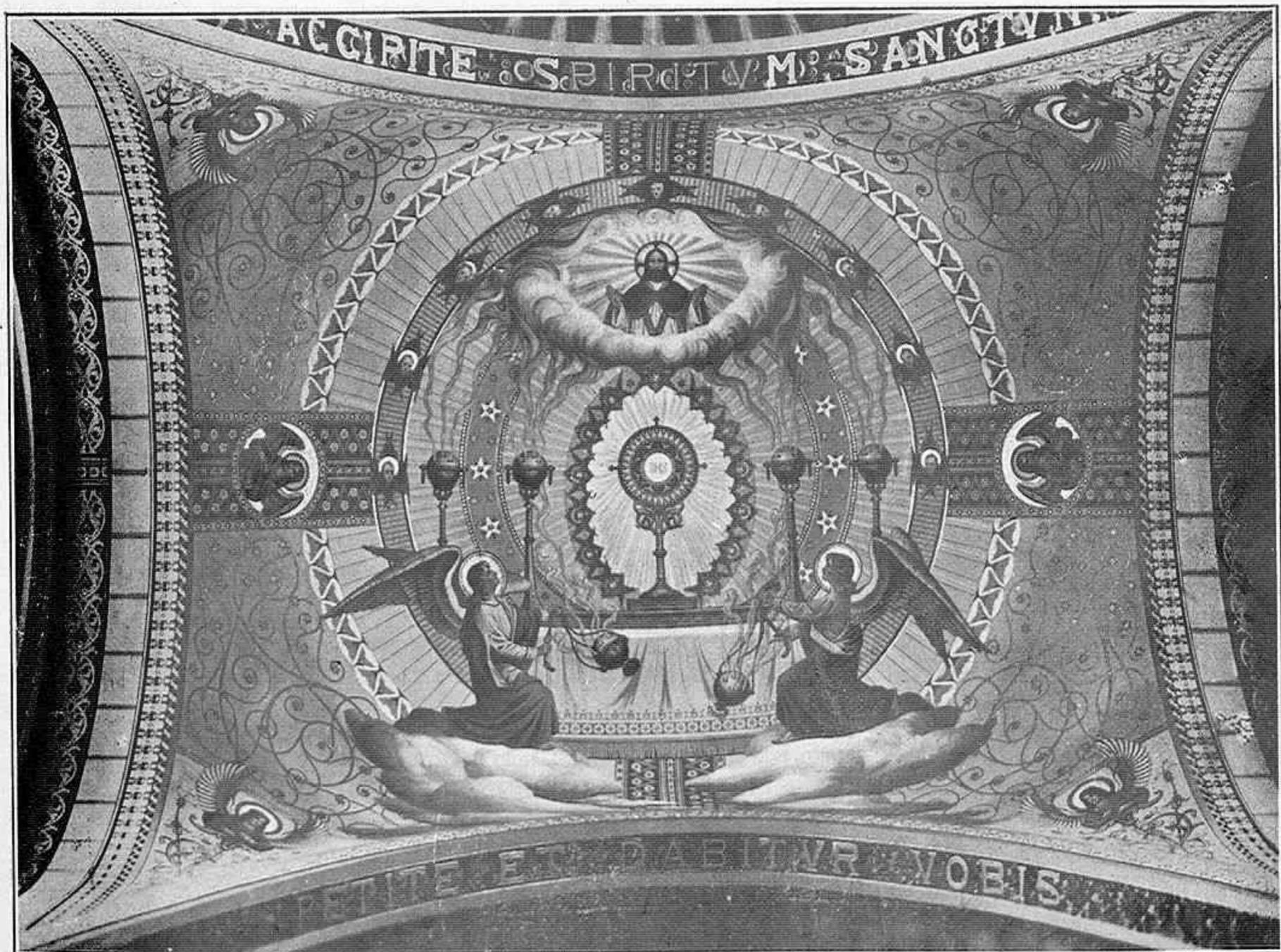
Segunda bóveda Las obras

(Fot. Peinado)



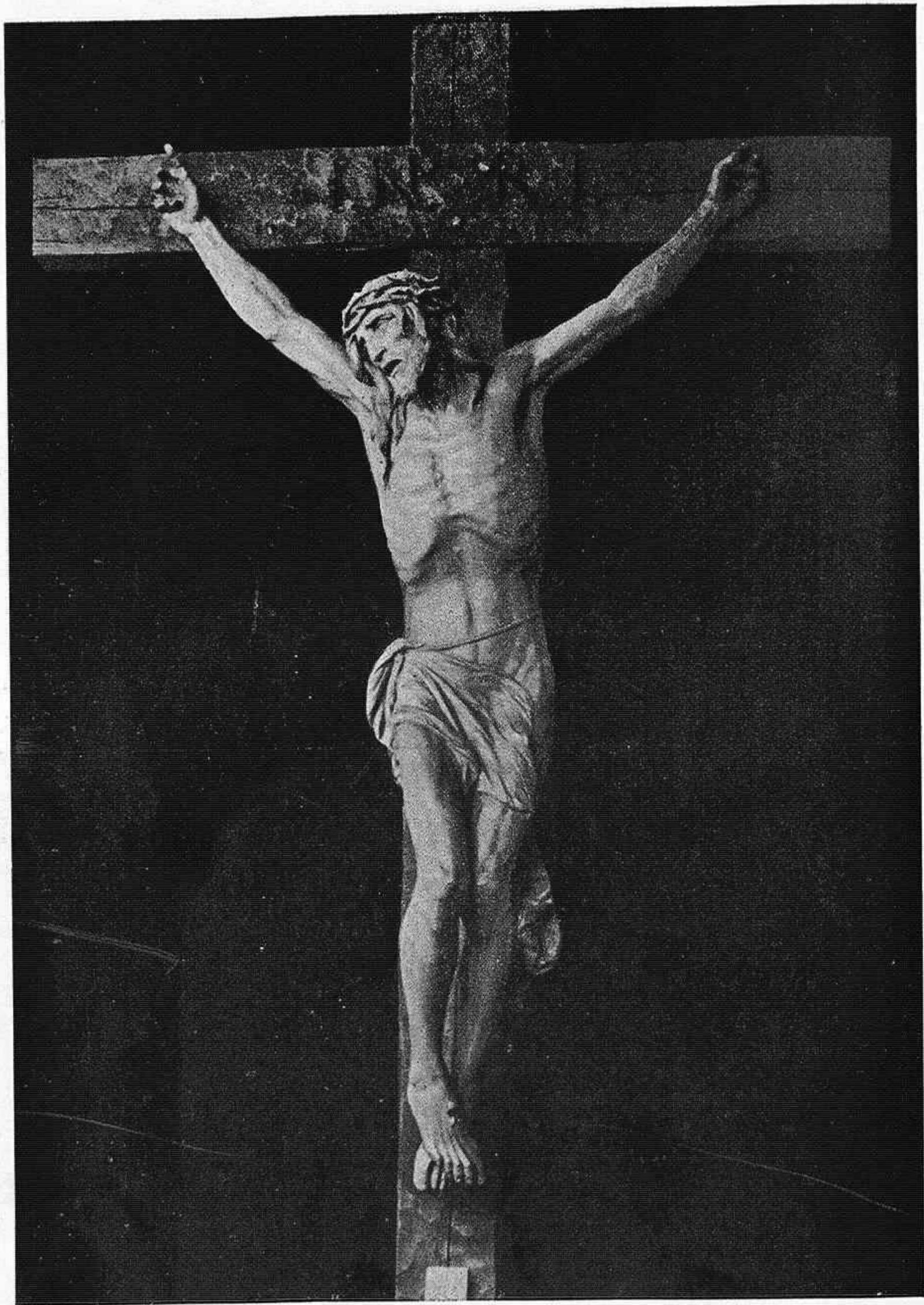
Tercera bóveda La gracia

(Fot. Peinado)



Cuarta bóveda La oración

(Fot. Peinado)



Santo Cristo de la paz, del altar lateral, lado del evangelio.
Escultura en madera, obra del afamado artista, D. Miguel Blay. (Fot. Peinado)

A Jesucristo Crucificado

SOLILOQUIOS

Manso Cordero ofendido
puesto en una cruz por mí,
que mil veces os vendí
después que fuiste vendido;

Dadme licencia, Señor,
para que deshecho en llanto
pueda en vuestro rostro santo
llorar lágrimas de amor.

Tengo por dolor más fuerte
que el veros muerto por mí,
el saber que os ofendí,
cuando supe vuestra muerte.

Lejos anduve de Vos,
Hermosura celestial;
lejos y lleno de mal,
como quien vive sin Dios.

Mas no me haber acercado
antes de ahora, sería
ver que seguro os tenía,
porque estábaes clavado.

No miréis mis desconciertos,
que ya no podéis negarme
que queréis los brazos darne,
pues que los tenéis abiertos.

No me escondáis vuestra cara,
Cristo, Juez soberano,
clavada tenéis la mano,
y a las espaldas la vara.

Cuanto mi pecado admira,
templa el ser Vos el remedio;
poned vuestra cruz en medio
de mi culpa y vuestra ira.

Si estáis, mi vida, enojado
y sois fuerte como Dios,
dejadme esconder de Vos
en vuestro mismo costado.

Mas dejadme entrar allí,
que si allí me halláis, mi Dios,
lastimaros fuera a Vos
el no perdonarme a mí.

Ay, Dios, si os amara yo
al paso que os ofendí;

mi amor me dice que sí,
y mis pecados que no.

Cuando en esa cruz os miro,
puesto que tantas se os ven,
no tenéis llaga, mi Bien,
que no me cueste un suspiro.

Para llorar he pensado,
oh celestial Hermosura,
que no hay mejor coyuntura
que veros descoyuntado.

Muerto estáis, por eso os pido
el corazón descubierto,
para perdonar despierto,
para castigar dormido.

Y aunque él se duerma, Señor,
el amor vive despierto,
que no es el amor el muerto;
Vos sois el muerto de amor.

Prestadme, fuentes y ríos
vuestras eternas corrientes;
aunque en estas cinco fuentes
las hallan los ojos míos.

Pésame de no tener
gran caudal para llorar;
por mí de puro pesar,
por vos de puro placer.

Y cuando del llanto en calma
por falta de humor quedase,
¡quién por de dentro llorase
desde los ojos del alma!

Causáis amor tan profundo
muerto de amores, mi Dios,
que envidio a los que por 'Vos
parecen locos al mundo.

Pero ya que me provooco
con veros a tal dolor,
harto os he dicho, Señor,
dejadme llorar un poco.

Lope de Vega.

EL SANTO CRISTO

DE MIGUEL BLAY



HA CE diez años, desde la colocación de la primera piedra, venía Don Miguel Blay trabajando esta obra con el fervor y empeño de sus comienzos de imaginero religioso y con la supremacía técnica de su magistral competencia adquirida con los años. Expuesta en uno de los salones de la Sociedad de Amigos del Arte en Madrid, no bien estuvo terminada, mereció el aplauso unánime y la admiración del culto público madrileño. Es de madera y proporciones mayores que el natural.

Modelo plástico de insuperable valor e íntimo sentimiento religioso este Cristo representa en la obra total de Miguel Blay uno de sus más felices aciertos. Porque en él el gran escultor, resucitando los modelos de nuestra escultura clásica, la de Gregorio Hernández y Martínez Montañés, ha dado muerte definitiva a la escuela de la frialdad estatuaría, abriendo nuevos horizontes a los futuros *artistas del sentimiento*, que verán en esta obra maestra la inspirada unión de una extraordinaria perfección factual con la viva emoción y sensibilidad religiosa; del verdadero y tradicional realismo con el sentimiento y expresión íntima, exenta de toda afectación teatral.

Sobre una tosca cruz, hecha con la madera apenas descortezada a golpes de hacha, enclava el insigne escultor su admirable talla.

No ha eludido el más pequeño detalle anatómico, no ha sorteado una sola dificultad a su gubia. Al contrario, el cuerpo del Señor está minuciosa y genialmente interpretado. Se le adivina el sufrimiento de los últimos momentos; cómo el aire va faltando a su pecho, cómo la muerte va invadiendo sus miembros, cómo los músculos se endurecen en el calambre supremo.

Véase la extraordinaria amargura del rostro, levemente inclinado sobre el hombro con el ansia del descanso de la muerte, y como abrumado no menos por el peso de los pecados que por las angustias del postrer instante. Es una de las más bellas y conmovedoras expresiones de sufrimiento, que ha realizado la escultura religiosa de nuestros días y uno de los mejores ejemplos de belleza viril, idealizada por el arte en la aspiración de reflejar la divinidad.

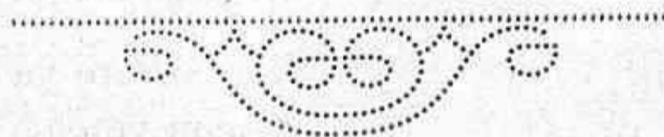
El tipo de Cristo crucificado está creado hace mucho tiempo, y con ligeras variantes es el mismo en todos los artistas, salvo aquellos que siguen modernamente interpretaciones personalísimas, ajenas al concepto tradicional, e incapaces de llegar a lo hondo del sentimiento colectivo. Y este último es precisamente el que refleja la imagen a la que nos referimos. Nada en él adolece de extranjerismo. La severidad clásica de Leoni, el genio apasionado de Juni, se han juntado en Blay como en otro Gregorio Hernández a quien ha robado la naturalidad y sentido de la vida, para darnos esa concepción humana y viril, españolísima y soberanamente bella del Salvador, en que se aduna el extraordinario conocimiento de la forma propio de nuestra época, con la virtualidad emotiva y el sano realismo viviente de los que fueron maestros de la estatuaria procesional española.

Miguel Blay ve a Jesucristo como los grandes artistas del pasado; al hombre Dios consumido por la fiebre, por el amor y las privaciones físicas, no a la manera de otras creaciones modernas que le dan aspecto ajeno en absoluto al concepto de abnegación y sacrificio, de lucha por el triunfo de la doctrina humilde y divina sobre los errores y las pasiones humanas. El Cristo de Blay es el Nazareno de los pies llagados y el cuerpo enflaquecido por los ayunos y sufrimientos; el Cristo todo amor a la manera española, un poco áspero y un poco violento; pero de una entrañable dulzura en el fondo y de una sólida permanencia a través de los tiempos.

Nuestro arte escultórico del pasado siglo, dice P. Gamio, se había apartado del verdadero concepto de la escultura; frío, amanerado, antimonumental, semipictórico, falto de sentido *formal*. Blay introdujo en España la buena norma, el estudio concienzudo del natural, su análisis cuidadoso, el conocimiento pleno.

El Cristo de Blay es una lección de honradez y sinceridad artísticas poco comunes, lección que debieran aprovechar los escultores jóvenes, que ansiosos por dar cuerpo a sus concepciones, olvidan en general lo imprescindible que es el dominio absoluto del medio expresivo.

He aquí la obra destinada para uno de los altares laterales del nuevo templo, por espléndido donativo de un insigne asturiano.



Principio de la devoción al Corazón de Jesús en Gijón

El P. Pedro Calatayud, célebre misionero jesuíta, que misionó la mayor parte de España por espacio de 50 años (1718-1767) vino a dar misiones por el Principado el 1 de setiembre de 1736, empezando por la capital. A la de Oviedo siguió la misión de Gijón, empezada el 31 de octubre del mismo año, predicando en la plaza casi todos los días. «Este pueblo dócil y bueno por sí, dice el P. Calatayud, no tuvo mucho que hacer».

Predicó dos veces de la devoción al Corazón de Jesús con cuya advocación se fundaron cuatro congregaciones; primera en la iglesia de las Madres (Agustinas), protegida, y presidida y costeada su fiesta anual por el ayuntamiento, como lo acordó en sesión de 28 de noviembre; segunda, la del gremio de pescadores en la parroquia; tercera, la del gremio de zapateros; cuarta, la de carpinteros y otros.

De los pescadores dice el insigne misionero: «al otro día después de la misión empezó a asomar al muelle la sardina, asegurándome un pescador que en los siete años precedentes no les había Dios enviado tanta. Quísoles premiar la devoción con que asistieron a la misión y fundaron congregación en su parroquia.»



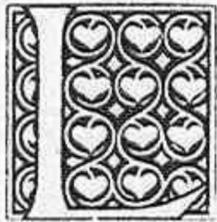
D. Lorenzo Coullaut Valera, autor de las cinco estatuas del Altar Mayor



Fiestas del tríduo.—Sr. Obispo dimisionario de Oviedo, D. Javier Baztán y Urniza con las autoridades

SIMBOLISMO DE LA IGLESIA DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



A explicación simbólica del templo, merece capítulo aparte, como que apenas hay en él elemento alguno importante que no tenga su representación simbólica, en orden a expresar la estrecha relación entre Jesucristo y su iglesia, idea que da unidad y vida a los elementos más variados del edificio.

Lo primero que se divisa de él y lo primero de todo Gijón es la estatua del Sagrado Corazón, corona y fundamento del edificio, recordando el texto de San Pablo (1.^a Cor. 3,11) *Nadie puede poner otro fundamento que el que está ya puesto, Cristo Jesús*. Su imagen se eleva sobre un gran cuerpo o pedestal cuadrangular formado por doce columnas, representación de los doce apóstoles, que son a su vez el fundamento inmediato de la Iglesia, según el mismo San Pablo a los fieles (Eph. 2,20) «edificados sobre el cimiento de los apóstoles, en la piedra angular Cristo Jesús». Esos fieles o esa iglesia de santos, queda representada por los Santos Ignacio y Luis Gonzaga de un lado, Francisco Javier y San Estanislao del otro.

«Venga a nos el tu reino», es el clamor que todos los días sale de los labios de los cristianos; este letrero aparece en la fachada, sobre el vano central de tres ventanas, y al pie de los cuatro santos mencionados. A esta invocación responde el letrero que va en lo más alto, al pie de la estatua del Sagrado Corazón, y que llena los cuatro lados del entablamento: «*Cristo vence, reina, impera*». En efecto, su reinado sobre Gijón desde aquellas alturas, significa su imperio sobre los hombres.

En la parte baja de la fachada se adelanta el cuerpo de la puerta principal, sobre la cual a ambos lados se elevan las estatuas de San Pedro y San Pablo, que velan por la Iglesia y muestran su verdadera entrada a todas las gentes.

Entremos nosotros. La primera impresión no es para descrita; las bóvedas y las vidrieras, el cuadro frontal del juicio final

que atrae a sí irresistiblemente la mirada; todo tiene su significación, en torno de una concepción teológica y genial que da unidad al conjunto.

Cada una de las cuatro bóvedas simboliza una de las cuatro partes del catecismo.

En el seno de la iglesia se entra por la Fe sobrenatural; he ahí el argumento que en el lenguaje del arte expresa la pintura de la primera bóveda. «*Credere oportet accedentem ad Deum;*» se lee en el arco superior correspondiente a esta bóveda, que representa el Vaticano, como centro de las irradiaciones de la fe que derraman luz por todas partes; un angel señala con su diestra ese divino sol y parece decir «he ahí la verdadera luz que debe alumbrar a todos los hombres». Otro ángel aparece en actitud sumisa de aceptación y acatamiento, símbolo del vasallaje y pleitesía que a la divina revelación presta la Iglesia.

Las verdades de la fe se contienen en los santos evangelios, cuyos autores están representados por las cuatro figuras ya conocidas que se ven también aquí grabadas bajo la fachada de San Pedro. Al lado de esta aparecen dos escudos representativos de la sagrada jerarquía.

No basta creer, es necesario obrar, nos predica en el mismo lenguaje la segunda bóveda, que si sobra en la iglesia protestante, es esencial en el catolicismo; «*mandata mea servate*» se lee en la inscripción del segundo arco. Entre las virtudes que ha de practicar el cristiano, ocupa el puesto principal la reina de ellas, la caridad, que se ve rodeada de otras cuatro matronas, que son las virtudes cardinales; de izquierda a derecha para el observador en este orden: Prudencia, Fortaleza, Justicia, Templanza.

El alma y principio de la vida en el orden sobrenatural es la gracia, que se difunde en el alma por el Espíritu Santo; «*Accipite Spiritum Sanctum*» se dice en el tercer arco. En esta bóveda está el Cordero de Dios, sobre el libro de los siete sellos, el que vió San Juan en el Apocalipsis, que nadie podía abrir fuera del Cordero. De él

brota un torrente de agua viva, aquella que el Señor explicó a la Samaritana, y de la que dijo Isaías; (Is. 12,3) «*sacaréis agua en abundancia de las fuentes del Salvador*;» letrero que se lee en la misma bóveda. Esta agua, imagen de la gracia santificante, se reparte por siete caños, que son los siete sacramentos; a estas fuentes acuden sedientas las almas, al modo que «los ciervos buscan en la fuente el agua que apague su sed». (Ps. 41) Las figuras de peces que se ven a ambos extremos nos recuerdan los símbolos con que los primitivos cristianos significaban algunos sacramentos.

Finalmente en el arco siguiente aparece el letrero «*petite et dabitur vobis*» — Pedid y se os dará. Delante del Señor, que aparece en el busto superior y va también representado en el Santísimo Sacramento que ocupa el centro, dos ángeles con incensarios ofrecen las oraciones de los justos. El color verde que domina en esta bóveda es símbolo de la esperanza, que acompaña a la oración de los santos. Este cuadro a la vez que nos recuerda la necesidad de la oración para salvarnos, trae a la memoria el pasaje del Apocalipsis c. 8. v. 3 y sig.; en que San Juan vió un ángel con un incensario de oro, lleno de incienso de las oraciones de los santos, con que incensaba el altar de oro que está ante el trono de Dios.

Con lo que vemos significando en las cuatro bóvedas ha cumplido el cristiano la voluntad de Jesucristo dentro de su iglesia. No queda sino el triunfo final que comienza completo para el hombre en el día de la resurrección de la carne. He ahí el gran cuadro del ábside. El artista sorprende el momento en que Jesucristo, dirigiéndose a los justos les dice las palabras que se ven esculpidas en el intradós del gran arco: «*Venite, benedicti patris mei*», venid, benditos de mi padre. Las dos pinturas menores que están debajo del gran cuadro del juicio, son alusivas al mismo. Una de ellas se refiere a la resurrección de Lázaro, y la otra, a la visión de Ezequiel, cap. 27, en que vió un campo lleno de infinidad de huesos, que se cubrieron de carne y volvieron a la vida, en virtud de la palabra y mandato del Omnipotente. Del mismo misterio hablan los profetas Isaías y Joel, que aparecen en la parte superior al lado de Jesucristo, y ya fuera del cuadro. Dice el primero: (Cap. 26. v. 19). «*Resucitarán tus muertos: levantaos y alabad a Dios, los que os veis reducidos a polvo*». Y Joel exclama: (3. 2) «*Reuniré a todos los hombres, y los llevaré al valle de Josafat*»...

Ventanales.—Las ocho grandes vidrie-

ras circulares, cuatro de cada lado, representan otros tantos pasos de la vida del Señor, que llevan su texto respectivo. Nacimiento: *Christus natus est nobis, venite adoremus*.—Vida oculta: *Et erat subditus illis*.—Bautismo: *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi complacui*.—Predicación: *Aperiens os suus docebat eos dicens*.—Institución del Santísimo Sacramento: *Hoc facite in meam commemorationem*.—Oración del huerto: *Verumtamen non mea voluntas sed tua fiat*.—Crucifixión: *Consumatum est*.—Ascensión: *Videntibus illis elevatus est*. En ellos, pues, se ve compendiada la vida del Señor.

Los ventanales inferiores, que se ven en la zona baja, constan de 7 pequeñas vidrieras radiales en semicírculo, y debajo de ellas otras cuatro verticales.

El primer ventanal, el de la izquierda según se entra, nos representa la primera parte del catecismo; saber *lo que se ha de creer*.

En él se ven las figuras de Noé, Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, padres de la fe, en ambos Testamentos. Sobre ellos siete ángeles despliegan una divisa, que dice: «*Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit*». El ventanal frontero reproduce lo que se ha de pedir con el texto del Padrenuestro y los cuatro ancianos del Apocalipsis en actitud de orar.

El segundo ventanal de la izquierda, para enseñarnos *lo que se ha de obrar*, nos pone delante las cuatro virtudes cardinales en la parte inferior; en lo más alto las tres teologales; a ambos lados de estas de izquierda a derecha la oración, penitencia, paciencia y obediencia. En el ventanal opuesto se nos ofrece *lo que se ha de recibir*; en la corona de los siete ventanales la representación real de los siete sacramentos; en la parte inferior su representación simbolizada por el candelero de los siete brazos, el campo de las siete estrellas, el libro de los siete sellos, el haz de las siete espigas.

El tercer ventanal de la derecha está dedicado a San Ignacio; en la parte inferior se le ve cuando está herido; al escribir los Ejercicios; las Constituciones; cuando recibe de Paulo III la aprobación de su Orden. Los siete vidrios superiores desarrollan el conocido texto: *fidelis Deus per quem vocati estis in Societatem Filii ejus Jesu*, sostenido por el ángel tutelar de la Compañía en medio y otros seis ángeles a ambos lados. A San José está dedicado el ventanal contrario del lado del evangelio; con sus siete dolores y gozos en la parte superior, y los Santos patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y José en la

inferior, figuras que fueron del santo patriarca.

El ventanal cuarto del lado de la epístola es el coronamiento del que será altar de la Virgen y las Congregaciones Marianas. Debajo San Gabriel, San Joaquín, Santa Ana y San Miguel; arriba van desfilando un ángel, patriarca, profeta, apóstol, mártir, confesor y virgen; ya que María Santísima es reina de cada uno de los siete coros. El ventanal opuesto forma parte del altar del Cristo de la Paz; reproduce radialmente las siete palabras y abajo, la oración del huerto, flagelación, Ecce Homo y el Encuentro.

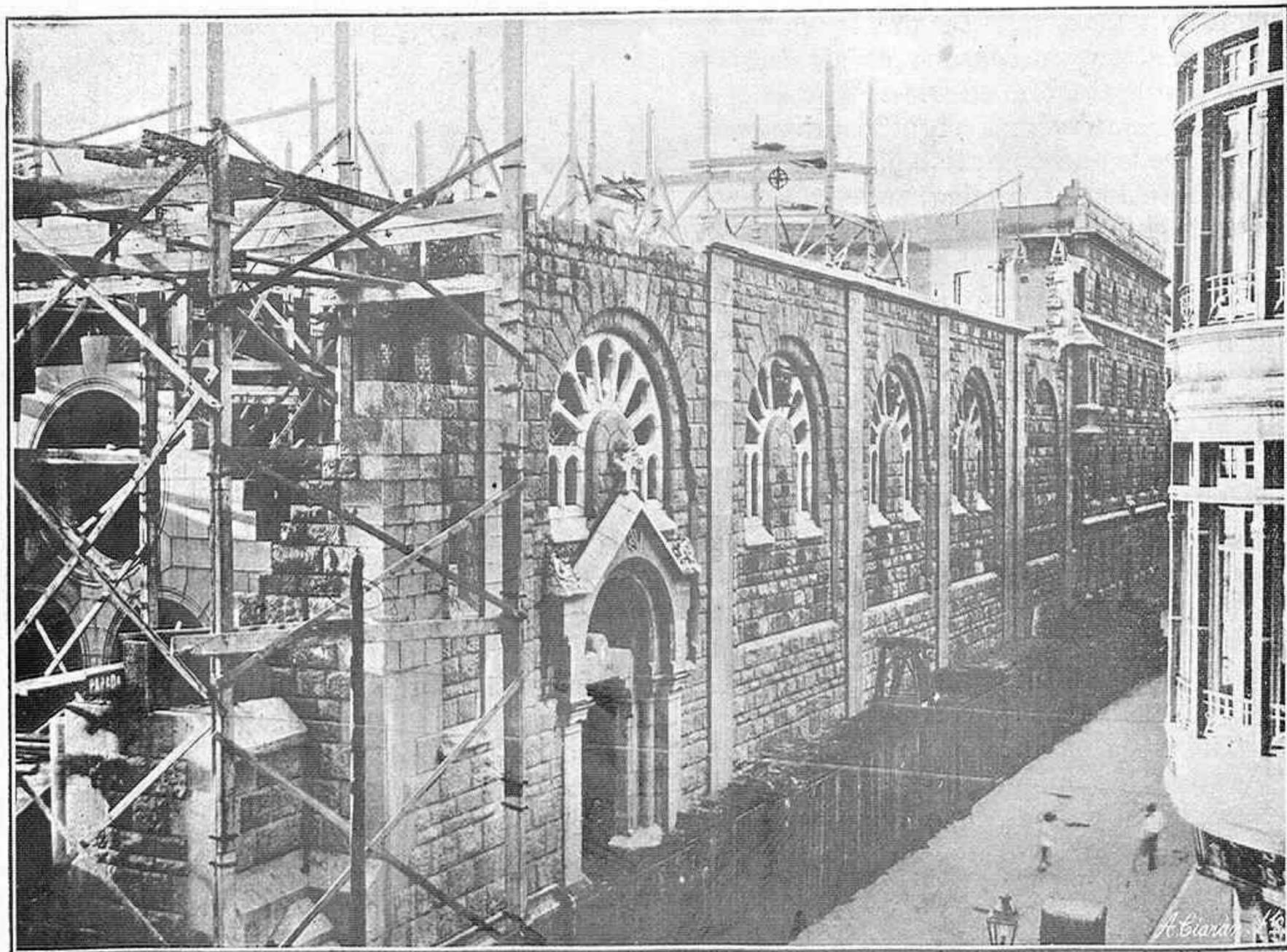
En las vidrieras de la fachada sobre el órgano se ve en la del medio al Sagrado Corazón de Jesús, rodeado de los símbolos de ambos testamentos; en las de los lados dos ángeles que haciendo la guardia a Jesucristo, tienen respectivamente el escudo del Apostolado y el de la Guardia de honor.

Sagrario.—Tiene la forma de la basílica románica, con fachada que es copia de la

propia de esta iglesia, como a primera vista se echa de ver, y es figura de la Iglesia católica. El arcángel San Miguel, sobre la cúpula central, la defiende de sus enemigos. En el arco de la puerta, sobre piedras de ágata se lee: *ecce ego vobiscum sum*. A ambos lados están la estatuita en plata de San Gabriel a la derecha, embajador encargado de los misterios que se refieren a la vida terrena del Señor, y San Rafael a la izquierda, compañero en nuestra peregrinación, que se retira a un lado para dejar este puesto al Señor, prisionero en sagrario, y cuya figura se ve en el centro de la puerta, con el Santísimo Sacramento, en que se nos da él mismo por viático durante nuestra vida.

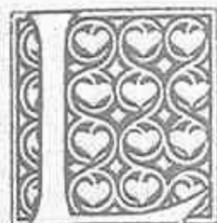
Solamente después de darse cuenta del simbolismo que llevan entrañadas todas sus partes, y su maravillosa realización, puede apreciarse el mérito que encierra el nuevo edificio religioso que se eleva en la calle de Jovellanos de Gijón.

E. A.



La iglesia en obras.—Fachada y costado derecho. En el fondo la residencia

DESCRIPCION DE LA IGLESIA



La fachada principal; consta de tres distintas zonas; la baja reproducida en la puerta del sagrario, va coronada por la cruz de la victoria y las estatuas de San

Pedro y San Pablo, de 5 metros de altura, talladas en piedra de Ondarroa (Vizcaya). Para cubrir el vano del gran arco de entrada, el de mayor luz entre los de su clase en España, (9,12 m.) se ha instalado una artística cortina de hierro de amplia malla que se corre y descorre mediante un torno especial y oculto. En el fondo del arco de entrada aparece la puerta interior del segundo muro, partida en ajimez y coronada por un rosetón formado por una reja de fusias de hierro forjado.

Sobre esta zona, más saliente que el resto del edificio, y bajo la cual está el pórtico de entrada, se eleva la segunda, con sus tres elegantes ventanales de 7 y 9 metros de altura que dan luz al coro. Los gigantescos pilares que a ambos lados limitan los vanos del centro, rematan no en las torres del primer proyecto, sino en dos grandes estatuas a cada lado, de cuatro metros de altura y siete toneladas de peso; representan varios Santos Jesuítas.

Por fin viene la parte superior, el monumento del Sagrado Corazón de Jesús. Tal como aparece desde cualquier punto de los alrededores de Gijón, es de efecto sorprendente, descollando todo él sobre los edificios inmediatos. Sin embargo visto desde la fachada misma y a la vista de todo el conjunto se echa pronto de ver que no armoniza con las líneas de los cuerpos inferiores de la portada, no dispuestos para el remate que actualmente lleva, el cual descansa directamente sobre vanos de gran luz, aunque sobradamente contrarrestados por los potentes estribos de las inconclusas torres de los flancos.

El airoso campanario de columnas contiene cuatro campanas de 5.000 kgs. Por un mecanismo eléctrico se puede tocar y voltear independientemente o a la vez, con solo dar a la llave eléctrica correspondiente, que está abajo a la puerta de la sacristía. El campanario sirve de pedestal a la estatua del Sagrado Corazón de 7,75 m. tallada por el escultor D. Serafin Basterra, autor de las otras estatuas de la fachada. Desde el piso de la calle de Jovellanos al extremo de la cabeza de la estatua hay la altura de 49,50 metros.

Altar mayor y sacristía. — Magnífico es el efecto de la serie de columnas dobles de piedra del Naranco, que forman la girola, y sobre las que descansa la pared del ábside. Delante de ellas, y dejando amplio sitio para una ancha escalera de subida al ostensorio, está el retablo del altar mayor, de piedra del Naranco pulimentada, y cuyo cuerpo superior descansa sobre seis doble columnas de alabastro, extraído de la excelente cantera descubierta no hace mucho cerca de Miranda de Ebro, de donde se sacaron también las planchas de onix que cubren ahora las paredes de la capilla de la conversión de Loyola. Con estos materiales alterna en el retablo el marmol de Carrara, de que está pavimentado el presbiterio; la mesa del altar es una gran losa del mismo marmol, de una sola pieza.

El sagrario, de colosales proporciones, pues cabe dentro desahogadamente un hombre, consta de una chapa de oro que recubre todo el interior; otra intermedia de ricas y olorosas maderas y de la superior, de pura plata artísticamente labrada al repujado con profusión de adornos y figuras de ángeles del mismo rico metal. Es obra de la casa



Sagrado Corazón del altar mayor

Tiestos de Barcelona, lo mismo que los púlpitos y demás trabajos de metal, como arañas, candelabros, brazos y diversas aplicaciones metálicas, incrustadas en los mármoles.

En la parte superior del retablo las estatuas del notable escultor Coullant Valera, talladas en cedro policromado, y de gran expresión, están sin embargo de tal modo colocadas, que dada la disposición general del retablo, más que elemento de culto parecen elemento meramente decorativo. Las tres del centro de más de dos metros de altura, son el Sagrado Corazón de Jesús, el Corazón de María y San José; de las otras solo hay la de San Ignacio y San Francisco Javier de dos metros cada una.

Toda la planta del templo con el trasaltar y la

de la fachada, son ocho circulares, cuatro a cada lado, en las que están pintados otros tantos pasos de la vida del Señor. De todos los elementos de la iglesia, son los que más pierden en la fotografía, que no puede suplir la transparencia y tonalidad de luz y colores; lo perfecto del dibujo y su acabada ejecución, unido a lo vistoso y bien combinado de los colores, son de mágico efecto, que se armoniza maravillosamente con las figuras y frescos del resto del templo. Por ellas se derrama en el interior un torrente de luz, que tamizada al través de los vidrios, no es escasa ni aun en los días lluvio-



San Francisco Javier.—Altar Mayor

sacristía está entarimada con parque de madera fina. La sacristía es original y suntuosa; todas sus cajonerías y armarios están tallados en maderas finas con amplios herrajes calados, según la traza y gusto de los arcones y vargüeños medioevales asturianos.

Las tribunas son de nogal con primoroso trabajo de talla; están hechas en el taller mecánico del contratista de la obra D. Claudio Alsina.

Vidrieras. — Se colocaron en febrero y marzo de 1920. Las superiores, prescindiendo de las

sos, pero quizá peca de excesiva en los despejados. No son menos artísticas las vidrieras correspondientes de los ventanales inferiores, que pueden verse en la fotografía general de la fachada. Todas ellas, obra de la acreditada casa Maumejean hermanos, son un alarde de buen gusto y del soberbio arte de las vidrieras policromadas.

El órgano.—Sistema Walker, construido por la casa Melcher y C.^a de Begoña (Bilbao) fué instalado a principios de 1923; consta de tres teclados de mano, con 61 notas cada uno, y un *pedalier* con

30 notas. Entre los cuatro tienen 1.860 flautas o tubos sonoros. Los registros son 34 y 11 los *acoplamientos*; 6 *combinaciones fijas*; (piano, mezzo-forte, forte, tutti, piano pedal automático y crescendo y diminuendo general; 4 *exclusiones* (general, de registros a mano, de lengüetas, de octavas); *mecanismos accesorios* (expresión del 2.º teclado, id. del 3.º teclado, trémolos del 2.º y 3.º teclado, electroventilador orgoblo. Los botones o registros para combinación libre son 64.

La fachada es de roble, y estilo en consonancia con el de la iglesia; de la misma materia es la consola, donde van teclados y registros; estos en forma de pequeñas básculas en sustitución de los antiguos pomos; el mecanismo es según el sistema electro-neumático, y la pulsación tan suave como la del mejor piano, y sin que la altere el cambio de juegos y acoplamientos, como no alteran su funcionamiento los cambios de temperatura, merced a la calidad y preparado de la madera en su mecanismo, secretos, expresión, fuelles y flautas que la llevan; las flautas metálicas son de aleaciones ar-



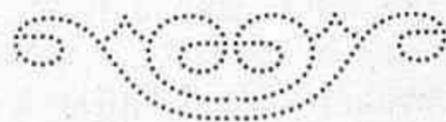
San Ignacio.—Altar Mayor



Purísimo Corazón de María. Altar Mayor

mónicas, con un 61 por 100 de estaño como mínimo, incluso las flautas metálicas de las octavas graves.

La producción del aire a presión se hace mediante el electroventilador orgoblo; el tamaño de los fuelles es sobrado para una alimentación abundante y tiene además los fuelles reguladores de presión necesarios, con el fin de evitar toda clase de sacudidas al producirse los sonidos. La ejecución de la armonización es artística, aplicándose todos los procedimientos de arte modernos (tallas, orejas, frenos armónicos, etc.), a fin de que cada juego tenga igualdad de intensidad y timbre y suene según su carácter peculiar.



Consagración de la Iglesia y Tríduo de fiestas religiosas

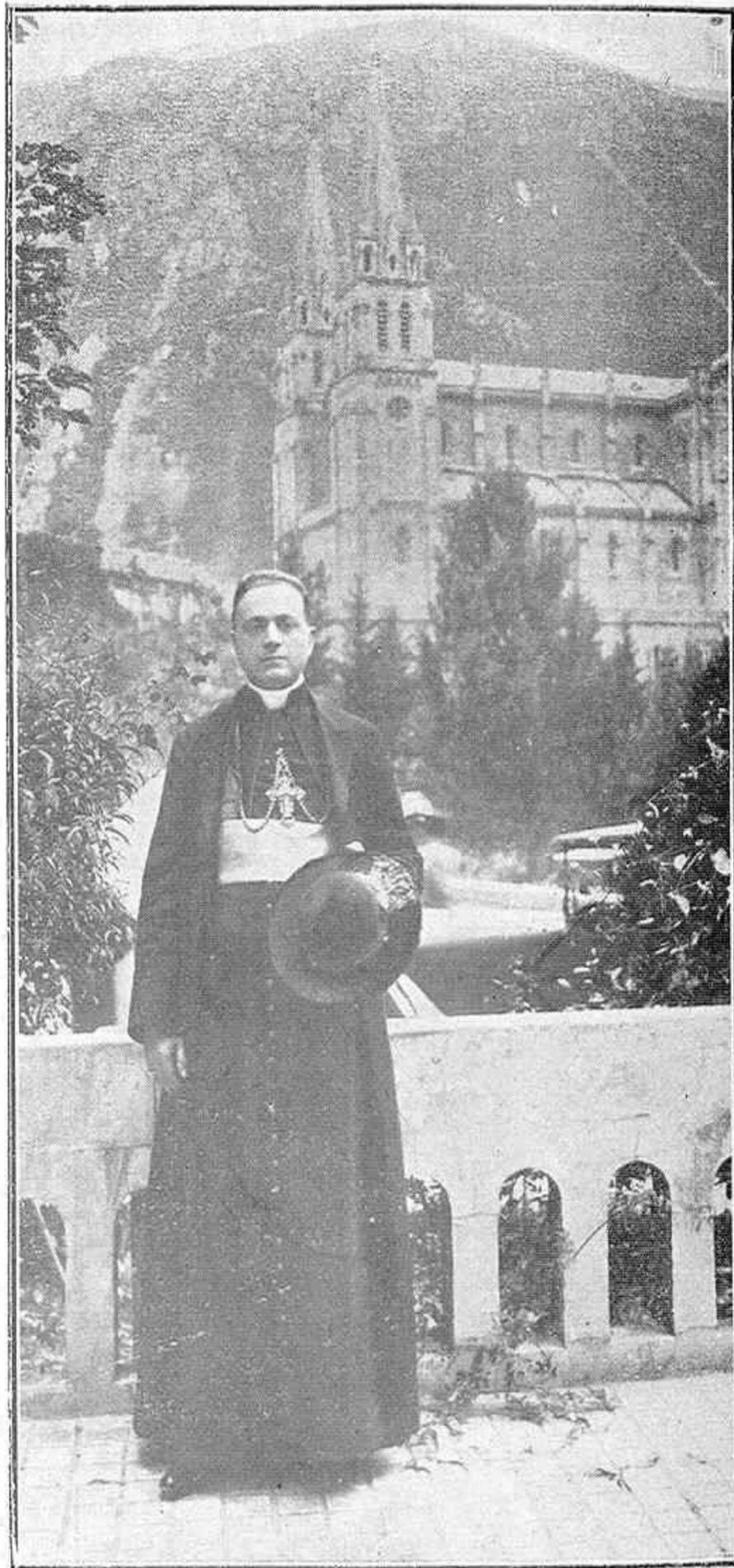
DESPUES de varias dilaciones se fijó definitivamente el tríduo del 30 de mayo a 1 de junio para las fiestas de inauguración del templo del Sagrado Corazón de Jesús. Como la capacidad del edificio no había de dar sino para una mínima parte de los que pretendieran asistir, se repartieron 4.000 programas, que si no daban derecho, eran condición precisa para la entrada.

No cabe duda que la asistencia de los prelados y sobre todo del Sr. Nuncio contribuyó grandemente al esplendor de la fiesta; pero también es cierto que ésta, dada la expectación reinante, parecía por aquellos días afectar a todo el vecindario. Con su presencia nos houraron además del Sr. Nuncio el Sr. Obispo dimisionario de Oviedo D. Francisco Javier Baztán, y el Ilustrísimo Sr. Obispo diocesano, D. Juan Bautista Luis Pérez.

El viaje de Monseñor Tedeschini, desde su salida de la corte, fué un reclamo para las fiestas; su paso por Asturias un verdadero paso triunfal y su recibimiento en Oviedo una imponente manifestación de adhesión de la capital a la Santa Sede y su representante en España. No es nuestro intento describirle, por ser de todos conocido, lo mismo que el recibimiento en Gijón, del que decía Su Exc. Revma. al Sr. Gobernador, que ni por asomo se había imaginado recibimiento tan entusiasta, y eso que por lo avanzado de la hora, no fué ni con mucho lo que se esperaba. Se hospedó en el colegio de la Inmaculada, donde se celebró la recepción.

Al día siguiente a la mañana el Sr. Obispo diocesano consagró la iglesia con toda solemnidad, ceremonia que duró tres horas. A continuación se permitió el acceso al numeroso público que se hallaba estacionado en la calle Jovellanos, y se celebró la primera misa.

Por la tarde a las 7 Dedicación al Corazón de Jesús del monumento de la fachada, Exposición, rosario, sermón, consagración al Sagrado Corazón con la misma fórmula leída por S. M. el rey en el Cerro, y bendición con el Santísimo, que dió El Sr. Nuncio de Su Santidad.



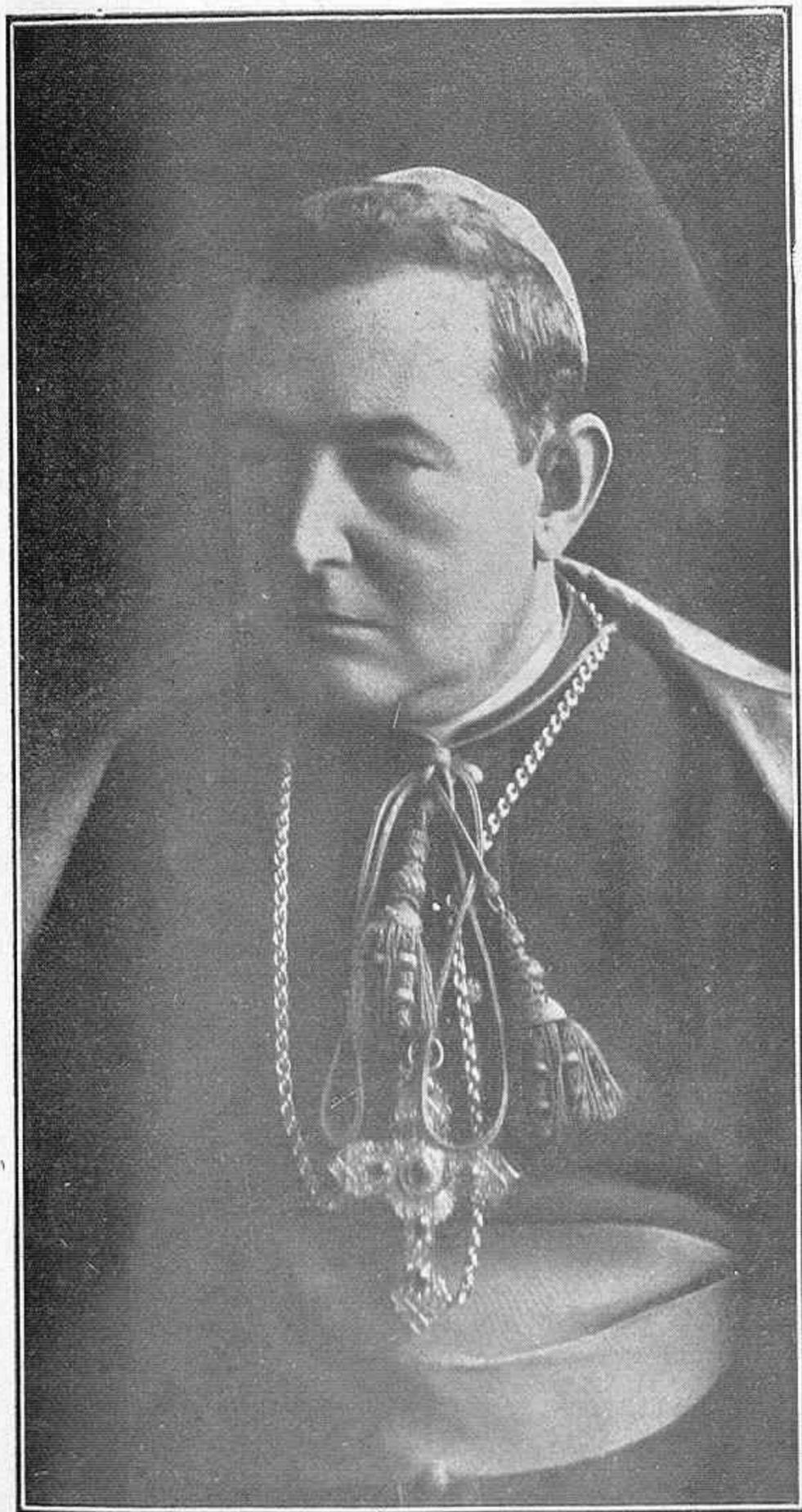
Monseñor Tedeschini en Asturias (Foto Merás)

El día 31 a la mañana misa pontifical del Excmo. Sr. Obispo de Oviedo. Tarde a las 7 función religiosa con Exposición, sermón y bendición con el Santísimo por el Ilmo. Sr. D. Francisco J. Baztán.

El 1 de junio, último día del tríduo a las 11 misa pontifical por el Sr. Nuncio y por la tarde como los días anteriores. La bendi-

ción con el Santísimo la dió el Sr. Obispo de Oviedo.

No nos detendremos en explicar cada uno de los actos celebrados. La dignidad de los que oficiaban, la variedad y abundancia de ministros del altar, lo excelso de las ceremonias, la riqueza de los ornamentos, la multitud y compostura de los asistentes, la decoración del templo, la magnificencia del altar, lo escogido y variado de los cánticos religiosos, la majestad avasalladora del órgano, la elocuencia de los predicadores, todo en fin, sobre atraer la atención] y las miradas del público, tenía suspensos los ánimos, siempre dispuestos a admirar lo grandioso y pocas veces frecuentado,



Sr. Obispo de Oviedo D. Juan Bautista Luis Pérez
consagrante del nuevo templo

El orador de los dos primeros días R. P. Torres, dice la revista *Covadonga*, no hace alarde de esa elocuencia que suele explotarse para halagar a las masas. Hombre de robustez de pensamiento, de lógica contundente, de palabra fácil y flúida, tiene la habilidad de sostener largo trecho y sin cansancio la atención del auditorio; la misma fuerza de la idea, cuando le domina le hace sin esfuerzo elocuente y sugestivo. Es notable por su pasmosa erudición escrituraria y teológica. Teniendo por tema de sus dos sermones la explicación simbólica del templo, materia de suyo refractaria a la elocuencia, tuvo la habilidad de concebirla con originalidad y profundidad de ideas, y exponerla con claridad y elocuencia inimitables.

El Sr. Camarasa nos habló el último día del culto al Corazón de Jesús; elegante, correcto, de maneras escogidas; de palabra vibrante, robusta en los momentos de emoción, expresiva y clara en la exposición didáctica de su pensamiento; insuperable por la forma galana; facilísimo en las alusiones y aplicaciones, es el Sr. Camarasa un verdadero artista de la palabra y un perfecto orador.

En cuanto a la concurrencia, puede decirse que solía haber durante los actos doble número de personas de las que buenamente pudiera llevar el local; tan apretadas estaban y tan en poco tenían las molestias a trueque de ganar un puesto aunque este fuera el último en la iglesia. Las parejas de seguridad encargadas de mantener el orden fuera, eran insuficientes a contener las muchedumbres, y solo obligándolas a guardar turno, pudieron contenerlas a raya. Para la función de la tarde solía empezar a formarse la cola unas 4 horas antes de la señalada para el acto.

Y lo más admirable es que los fieles permanecen gustosos, con recogimiento y fervor y aun después de terminada la función, todavía no se dan por despedidos, y siguen en su sitio hasta que termina el último canto o se apaga la última vela; ansiosos y nunca cansados de contemplar aquel cuadro del juicio que se extiende ante su vista. Esto que era muy de notar en los días del tríduo sigue sucediendo en las grandes solemnidades como el día de la procesión del Corazón de Jesús.

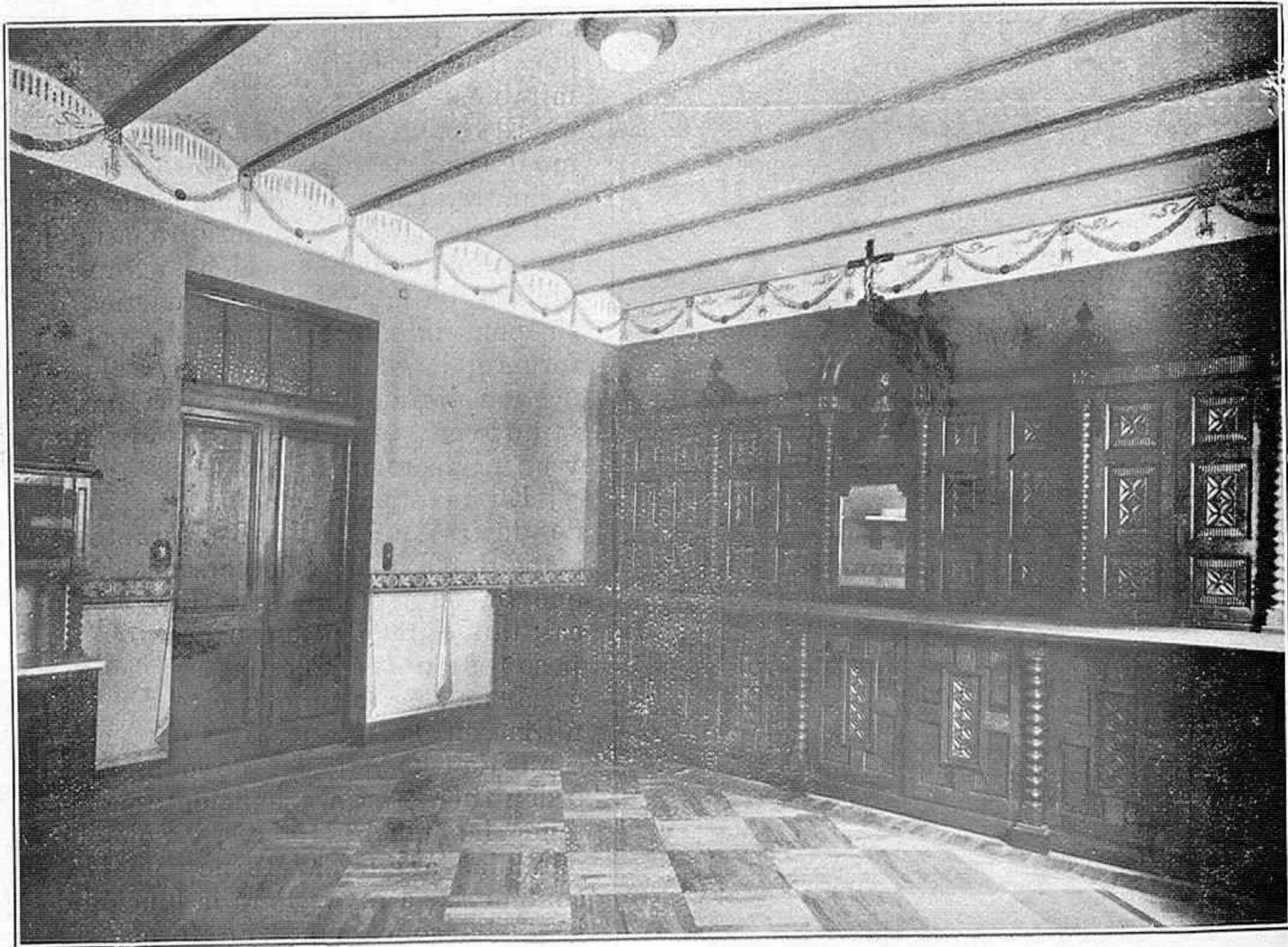
Asistió a las fiestas de inauguración el Sr. gobernador de la provincia,

el coronel del regimiento de Tarragona, el comandante de marina con todos los jefes y oficiales; asistieron los jueces y todo el elemento eclesiástico; el Sr. alcalde con la mayor parte de los concejales e innumerable público.

En cuanto al Sr. Nuncio fué gratisima la impresión que recibió de Gijón, y la que él a su vez dejó entre nosotros por su afabilidad y sencillez. En su visita al cuartel de Alfonso XII, en el Centro de la Acción so-

cial católica, y sobre todo en el Ayuntamiento tuvo sinceras frases de elogio para Asturias y ensalzó repetidas veces en su alocución la proverbial *caballerosidad española, no igualada por ningún otro pueblo.*

Quiera el Sagrado Corazón de Jesús que este su nuevo templo y monumento dedicado a su gloria sea una perpetua fuente de bendiciones que él derrame desde aquella altura sobre sus fieles gijoneses.



Sacristia con cajoneria de madera de castaño, y cuya talla es copia de los afligranados arcones de la antigua escuela asturiana